otro orden; y procediendo cronológicamente en cuanto el método nos lo permita, demos el primer lugar á las apariciones que pueden referirse con más corto relato.

Eutimio, en el título XX de la segunda parte de su *Panoplia*, menciona la aparición de una columna luminósa terminada por una Cruz, encima del Eufrates y lugar donde San Gregorio Taumaturgo acababa de bautizar con las aguas de dicho río á Tiridates, rey de Armenia, y muchos de sus vasallos, durante la persecución de Galerio. Quince mil neófitos entraron entonces en la Iglesia Católica; y este gran milagro, visible durante un día entero, fué ocasión de que se convirtiesen otros cuarenta mil infieles.

Según Sozomeno en el quinto libro de su *Historia Eclesiástica*, al entrar Juliano el Apóstata en la Iliria, fué sorprendido por una lluvia maravillosa, cada una de cuyas gotas imprimía una Cruz en los vestidos que tocaba, así en los de Juliano como en los de sus tropas. Muchas y varias interpretaciones se dieron al seceso; pero seguramente acertaron la verdadera aquellos que de lo acaecido dedujeron el breve tiempo que Juliano reinaría, y el triunfo definitivo de la Cruz, porque así sucedió.

San Próspero, en su libro de la *Predestinación*, p. 2. c. 34, dice lo siguiente acerca de otra aparición de la Cruz:

«Durante la persecución suscitada en Persia en nuestros días y bajo el imperio del muy religioso y cristiano príncipe Arcadio, que prefirió la guerra con los persas á entregarles los armenios refugiados bajo su amparo, aparecieron en los vestidos de los soldados unas cruces maravillosas, en el momento de empezar una batalla. Este suceso inspiró al príncipe, después de la gran victoria allí ganada, la idea de acuñar aquella moneda de oro con la efigie de la Cruz, que tiene curso en todo el universo y especialmente en Asia».

Pasemos al reinado del emperador Focas, de Constantinopla, un año solamente antes que el impuro

Mahoma levantase el estandarte del Corán en 610. Corría, pues, el año 609.

Tomás, Obispo de Constantinopla, supo que á la otra orilla del mar Negro, en Galacia, se pusieron en movimiento en las iglesias las cruces procesionales, de una manera extraña y sin que nadie las hubiera tocado. Alarmado por estas noticias, hizo ir á Constantinopla á San Teodoto Siceote, á quien preguntó la significación del prodigio.

«Pues que lo exigís, respondió el santo después de haberse resistido mucho, sabed que esta agitación de las cruces nos anuncia grandes males. Muchos abandonarán la verdadera religión; habrá incursiones de bárbaros, grande efusión de sangre, ruinas y sediciones por todo el mundo, y las iglesias serán abandonadas. Este momento terrible para el culto divino y el imperio se aproxima; no está muy lejos la llegada del enemigo. No os queda más recurso que pedir á Dios, como un buen pastor, que todos estos males sean mitigados por su misericordia».

Al año siguiente los persas, invadiendo el imperio, preludiaron las calamidades que preparaba Mahoma al Bajo Imperio y á los pueblos latinos del Occidente.

Los analistas y cronistas de la Edad Media refieren otras numerosísimas apariciones de Cruces en los aires y en los vestidos. Quizá alguna podría explicarse científicamente y alguna otra ser cosa de pura alucinación; pero no es posible formar de todas el mismo juicio, ni siquiera probable, mayormente considerando los sorprendentes efectos que siguieron casi á todas. La mayor parte fueron seguidas de pestes y mortandades como la que despobló á Constantinopla durante el imperio de Constantino Coprónimo, y que narraremos más abajo. Los estudiosos pueden hallar la descripción de las principales apariciones indicadas, en los anales de los Francos, año 781; Sigeberto, 786; Mariano Scoto, con ocasión del tercer viaje de Carlo-Magno á Italia; los Anales de Saint-Gall, años 784 y 956; Vitikin, en el reinado del emperador Otón; Ditmar, año 954; el continuador de Palmerius, años 1501

y 1503; Juan Biclarense, Hennio, Teófanes, Simón, Metafraste, Suidas, etc., etc.

Baronio cuenta también algunas de estas apariciones en sus *Anales eclesiásticos*. En el año 956 habla de una peste que hubo en las regiones del Norte de Francia, y dice tuvo por precursores unas Cruces misteriosas que repentinamente se vieron en los vestidos; *prodigiosis antea in vestibus crucibus apparentibus*. Estas Cruces aparecieron en Lorena, como se refiere en la vida de San Cauzlín, Obispo de Toul. Enrique, Arzobispo de Tréveris, se conmovió tanto de esto, que para perpetuar su memoria erigió á los dos años en su ciudad episcopal una Cruz, de la que el analista Brower, S. J., refiere la inscripción latina que traducimos:

«En memoria de los signos en forma de Cruz que hizo aparecer el cielo en los hombres, año de la Encarnación del Señor 958 y el segundo del episcopado de Enrique, arzobispo de Tréveris, éste la mandó erigir».

Añade el analista que estas Cruces fueron saludables á los creyentes y nocivas á los que las ponían en ridículo. Los creyentes, en efecto, oraron y se prepararon, mientras el azote iba sorprendiendo á los otros. Parécenos que la referida Cruz existe aún en Tréveris.

He aquí algunas otras apariciones relatadas como acontecimientos públicos por autores también contemporáneos de ellas.

Según el Abad de Usperg en su Crónica, á la muerte de Baduino, rey de Jerusalén, día de Pascua antes de amanecer, brillando la luna llena en todo su esplendor, el cielo pareció abrirse del lado meridional, y apareció una luz que eclipsó enteramente la luna durante más de una hora. En el seno de aquella luz, saliendo por la indicada abertura, vióse una gran Cruz, brillante como el oro y las piedras preciosas; de todo lo cual hay numerosos testigos.

Maffeï cuenta otra aparición con que fueron favo-

recidos Alburquerque y sus compañeros, durante una expedición al golfo Pérsico. A la vista de la Cruz, Alburquerque y sus gentes se prosternaron, rogando al cielo con extraordinario fervor que les fuese propicio, y derramando lágrimas de devoción. Alburquerque dió cuenta del suceso en carta que expresamente dirigió al rey D. Manuel.

Más extraordinario es lo que cuenta una *Vida* de San Luis IX, rey de Francia, escrita en latín.

«El año de gracia 1248, dice, mientras se predicaba la cruzada en Bedonfrise, población de la diócesis de Colonia, antevíspera de Pentecostés y en el mes de Mayo, viéronse en los aires tres Cruces; blancas las del norte y mediodía y obscura la del centro, en la cual se veía muy distintamente la efigie de un hombre crucificado y con la cabeza inclinada; los clavos de sus pies y manos se percibían con claridad».

Roger de Hoveden da testimonio de otra aparición semejante en Inglaterra, bajo el reinado de Enrique II.

«En Dustable, dice, á las tres de la tarde de un lunes víspera de San Lorenzo Mártir, abriéronse los cielos y millares de personas, así eclesiásticos como legos, vieron en el aire una Cruz de admirable grandeza en la que Jesucristo aparecía clavado y coronado de espinas. De las llagas de sus pies y manos, lo mismo que de su costado, manaba sangre en abundancia, pero las gotas no llegaban al suelo. Esta visión duró desde las tres hasta el crepúsculo».

Otras muchas apariciones de la Santa Cruz podríamos referir por el estilo de las anteriores, haciendo resaltar los castigos públicos ó ruidosísimas conversiones de pueblos enteros que siguieron á todas; pero sería alagarnos demasiado, por lo cual pasamos ya á otros acontecimientos que hallaron más eco en la historia.

XI

Aparición de la Cruz en tiempo de Constantino Coprónimo.

Cedreno refiere en su *Compendio de la historia*, que corriendo el tercer año (744) del imperio de Cons-

tantino Coprónimo, apareció en el cielo una Cruz hacia el Norte. Añade que durante una parte del sexto año del mismo reinado, los vestidos de los hombres y los ornamentos de las Iglesias aparecían súbitamente marcados de Cruces, que parecían pintadas al óleo, sin que pudiera comprenderse cómo se imprimían. Al primer suceso siguió una peste, y al segundo acompañó otra tan mortífera, que devastó gran parte del imperio y dejó desierta la ciudad de Constantinopla.

Teodoro Studita pinta este terrible azote con los más negros colores, ocupándose igualmente de las milagrosas Cruces.

«Habiendo la cólera del cielo, dice, descargado en esta época sobre el mundo con un peso formidable, no puedo menos de consagrar dos palabras al caso. El castigo, semejante á las plagas de Egipto, no se localizó en algunas ciudades ni provincias; se extendió por todas partes é hirió principalmente la capital del imperio, la infortunada Bizancio... Cruces de un color azul celeste aparecían súbitamente impresas en los vestidos y trazadas con tal regularidad, que hubieran parecido obra del más hábil artista, á no saber que las imprimía la mano de Dios.

»Los desgraciados que, á veces sin darse cuenta, eran marcados por estas señales, morían casi repentinamete; muchos que por la mañana conducían los cadáveres al cementerio, por la tarde eran ellos conducidos con otros, pues en un solo féretro iban muchos cadáveres juntos; las acémilas arrastraban carros llenos de muertos, y nunca llegaba el último carro. Ayes fúnebres y gritos lamentables se oían por doquiera; no había suficientes brazos para levantar y enterrar los muertos. Las casas quedaban vacías, los pueblos sin moradores; en el espacio de dos meses, Constantinopla, poco antes tan populosa y bulliciosa, quedó muda y deshabitada».

Los católicos atribuyeron este terrible azote á las impiedades de los iconoclastas, y especialmente á las de Constantino Coprónimo, que hacía á la Cruz una guerra encarnizada, y cuyo mote griego de Coprónimo recordaba su inmundicia de cuando recibió el bautismo, pues manchó con sus excrementos la sagrada pila.

El hecho de aquella epidemia es tan auténtico, que no hay medio de ponerlo en duda; y en cuanto á la impresión de las Cruces sobre los destinados á ser víctimas, imposible es explicarlo sin la intervención directa de la Divinidad airada. Si las marcas hubieran sido en la piel, quizá pudiera creerse que eran meros síntomas de una enfermedad fulminante; pero siendo en los vestidos, ¿quién podrá explicar naturalmente el fenómeno? Sabemos que la lepra atacaba á veces las casas y los vestidos de los judíos; mas esto no explica naturalmente lo otro, pues nadie, en el estado actual de nuestros acontecimientos, podrá demostrar que esta particularidad provenía de causas naturales. A idénticas observaciones se prestan otros acontecimientos que vamos á referir.

XII

La Cruz de Migné.

Esta cruz profética fué anunciada siete años antes por el venerable sacerdote Souffrant, cura de Maumusson, en la diócesis de Nantes. Después de celebrar un novenario por el triunfo de la Iglesia, con otras personas que se asociaron á sus oraciones, escribió, en 1820, una carta en que anunciaba un general trastorno, una revolución terrible, añadiendo que no habría sino un instante entre estos dos clamores: *todo está perdido*, y *todo se ha salvado;* después de lo cual se restablecería la calma. Para confirmar su predicción, acababa por estas palabras: «Aparecerá una cruz; y si esta cruz no aparece, que mi secreto muera conmigo». É hizo de esta cruz una descripción que pinta exactamente la de Migné.

He aquí el relato de la aparición de esta Cruz maravillosa, tal como se formuló en 28 de Febrero de 1827

por los miembros de la comisión encargada por el Obispo de Poitiers para formar el proceso oficial del acontecimiento. Copiamos el texto traducido de las *Voix prophetiques* del abate Curicque por el canónigo D. Pedro González de Villaumbrosia.

»El domingo 17 de Diciembre de 1826, día de clausura de una serie de ejercicios piadosos dados á la parroquia de Migné, con ocasión del jubileo, por el cura de San Porcario y capellán del real colegio (el Sr. Marcoull) en el momento de la plantación solemne de la cruz, y mientras que este último dirigía á un auditorio de cerca de tres mil almas un discurso sobre las grandezas de la cruz, en el cual acababa de recordar la aparición que tuvo lugar en otro tiempo en presencia del ejército de Constantino, se apercibió en los aires una cruz bien regular y de vasta dimensión. Ninguna señal sensible había precedido su manifestación, ningún rayo de luz hubo anunciado su presencia. Los que en un principio la apercibieron la mostraron á sus vecinos, y bien pronto fijó la misma la atención de una gran parte del auditorio, de tal modo, que el Sr. Cura de San Porcario, advertido por la gente, en medio de la cual se había colocado, creyó debía ir á interrumpir al predicador. Todos los ojos se dirigieron entonces hacia la cruz que había parecido desde luego exactamente formada y que se hallaba colocada horizontalmente, de manera que la extremidad del pie venía á caer sobre la puerta anterior de la Iglesia, y que la cabeza se inclinaba adelante en el mismo sentido que la dirección de esta iglesia hacia el Ponente. La traversa que formaba el brazo de la cruz cortaba el cuerpo principal en el ángulo derecho; cada uno de los brazos, igual á la parte superior, era cerca del cuarto de lo restante del tronco.

»Estas diversas partes eran por todos lados de una anchura manifiestamente igual, terminadas lateralmente por dos líneas bien derechas, bien claras y fuertemente pronunciadas y cortadas en cuadro á sus extremidades por líneas derechas é igualmente limpias.

»A juicio de varios testigos, estas piezas tenían un cierto espesor que las hacía ver como un poco redondeadas cuando se miraban bajo un ángulo oblicuo, y regularmente cuadradas cuando se acercaba á la vertical.

»Por lo demás, ningún accesorio parecía adherirse á esta cruz ni la acompañaba; todas sus formas eran puras y resaltaban muy distintamente sobre el azul del cielo. En manera alguna ofrecía á los ojos un brillo deslumbrador, pero sí un color por todas partes uniforme, y tal, que ningún testigo ha

podido definirlo de una manera precisa, ni encontrarle un objeto de justa comparación. Tan sólo se conforman muy generalmente á darle una idea como de un blanco plateado, pero variado de una lijera tintura de rosa.

»Resulta ciertamente del conjunto de las deposiciones, que esta cruz no se hallaba á una altura considerable, y hasta es probable que no se elevaba á doscientos pies sobre la tierra; pero sería difícil fijar nada de más preciso que este límite.

»El largo total del tronco podía ser de ciento cuarenta pies, y su ancho, á juzgar de él por los datos menos rigurosos, de tres á cuatro pies.

»Cuando se comenzó á percibir la cruz, se había puesto el sol, al menos hacía media hora; y conservó su posición, sus formas y toda la intimidad de su color durante cerca de media hora, hasta el momento en que los fieles volvieron á la iglesia para recibir la bendición del Santísimo Sacramento. Era entonces de noche y brillaban las estrellas con todo su esplendor. Los últimos que entraron vieron que la cruz perdía su color; en seguida algunas personas quedadas á fuera la vieron oscurecerse poco á poco, prrimero por el pie, y sucesivamente de más cerca en más cerca, de manera que presentó bien pronto cuatro ramas iguales, sin que ninguna de estas partes hubiese cambiado de sitio desde el primer momento de la aparición, y sin que los que habían desaparecido dejasen á sus alrededores la más ligera traza de su presencia.

»Parece que ningún observador se ha dedicado á seguir esta desaparición gradual hasta su último término; pero se sabe que se había terminado del todo cuando se salió de la iglesia inmediatamente después de la bendición.

»El día en que este suceso tuvo lugar fué muy hermoso, después de una continuación de algunos días de lluvia. En el momento de la aparición, se hallaba aún el tiempo sereno y la temperatura bastante suave, de modo que pocas personas se apercibieron de la frescura de la noche. El cielo se hallaba puro en todo la región en que se mostraba la cruz, y solamente se observaron algunas nubecillas en dos ó tres puntos lejanos de allí y próximos al horizonte. En fin, ninguna niebla se levantó de la tierra, ni sobre el río que corre á corta distancia.

»Ved ahí las circunstancias materiales del hecho. En cuanto á su influencia moral sobre los que de él fueron testigos, hemos observado que la mayor parte se vieron en el mismo instante sobrecogidos de admiración y de un religioso respeto. Vióse á unos postrarse espontáneamente delante de aquel signo de salud; otros tenían sus ojos humedecidos con las lágrimas; éstos manifiestan por vivas aclamaciones la emo-

ción de sus almas, aquéllos elevavan sus manos hacia el cielo invocando el nombre del Señor: apenas hubo alguno que no creyese ver allí un verdadero prodigio de la misericordia y del poder de Dios.

»Hemos también observado que algunas personas que se resistían á todo llamamiento de los ejércicios del jubileo, volvieron, en virtud de este suceso, á las prácticas de la religión, de las que se habían alejado hacía muchos años, y otros que por sus obras y sus discursos parecían anunciar haberse enteramente apagado la fe en sus corazones, la han sentido reanimarse de repente y han dado de ella señales no equívocas.

»En fin, la impresión producida por este espectáculo extraordinario ha sido tan viva y tan profunda, que ha arrancado lágrimas á algunos de los que deponían delante de nosotros, pasado cerca de un mes después del suceso.

»Antes de terminar esta relación, concluyen los miembros de la comisión, séanos permitido expresar los sentimientos que nos han sido inspirados á nosotros mismos por el conocimiento profundo que sobre este hecho hemos sido llamados á tomar.

»Si nos hemos visto sorprendidos de particularidades que conciernen á la existencia física del fenómeno, hemos admirado con mucha más ventaja los consejos adorables de la Providencia, que ha hecho concurrir este suceso con circunstancias tan propias á darles los felices resultados que ha tenido en efecto. Cuando se sabe que el acaso no es más que un nombre, que nada aquí bajo tiene lugar sin designio y sin una causa bien determinada, no puede uno menos de impresionarse vivamente al ver aparecer de repente, en medio de los aires, una Cruz tan manifiesta y tan regular, en el sitio y en el instante preciso en que un pueblo numeroco se reunía para celebrar el Triunfo de la Cruz por medio de una solemnidad imponente, é inmediatamente después que se acababa de hablar de una milagrosa aparición que fué en otro tiempo tan gloriosa al cristianismo: al ver que este fenómeno sorprendente conserva toda su integridad y la misma situación, mientras que la asamblea se ocupa en considerarla; y que se debilita á medida que ésta se retira y que desaparace en el instante en que uno de los actos más sagrados de la religión llama toda la atención de los fieles».

El hecho, según el abate Curicque, fué probado por otros personajes de gran autoridad en el orden civil y de ningún modo interesados en la cuestión. Citemos solamente el juicio que forma de él un dis-

tinguido miembro de la Academia de Ciencias, el ilustre astrónomo Cassini:

«Nos reimos de compasión, dice, de aquellos que quisieran comparar la cruz de Migné á un arco iris solar, así como de aquellos que la asimilan á un arco iris lunar. Es un efecto de refracción, han dicho algunos ignorantes; decid más bien de *reflexión*, han replicado otros un poco más sabios... Ea, señores, para explicar el fenómeno á vuestra manera, no os falta sino una cosa, pero indispensable: un rayo, sea de sol, sea de luna, que, hallándose desgraciadamente ausentes, no han podido dar lugar ni á reflexión, ni á refracción, ni al arco iris del cielo; tanto más que no había allí nubes, ni vapores, ni lluvia. Buscad, pues, alguna otra explicación de una aparición sobre la cual deponen tres mil testigos, quienes durante una media hora, y á una altura que excedía cien piés, viéronla subsistir sin movimiento, sin alteración, bajo formas claras y bien determinadas. Esto es lo que nos mueve á echar un reto á los que atribuyen tal fenómeno á una causa física natural; nuestra opinión sobre este punto está apoyada en la autoridad de algunos sabios, muy idóneos para pronunciarse en tal materia».

XIII

Cruz luminosa alrededor de la Luna.

La misericordia divina nos prepara las esperanzas en proporción de las cruces que nos impone su justicia, y hasta en las amenazas del Señor se descubre su amor. Tal es, á nuestro parecer, la significación de aquella cruz luminosa que apareció el 8 de Diciembre de 1870 alrededor de la luna llena, y que fué observada particularmente en la diócesis de Bayen y de Contances, tanto en tierra como en el mar, donde el espectáculo era magnífico.

Tomamos estos datos del Abate Curicque. He aquí el relato del prodigio, tal como lo escribió un profesor de Ciencias físicas, poco crédulo, en el periódico *L' Ordre et la Liberté*, á 23 de Diciembre de 1870.

—«El jueves 8 de Diciembre, á las cinco y cuarenta minutos de la tarde, los habitantes de la costa Norte de Calvados han sido testigos de un halo lunar muy notable. Por confesión de marinos que llevan ya treinta años de navegación, jamás apareció á sus ojos fenómeno semejante.

»Alrededor de la luna, enteramente en el sentido vertical y horizontal, apareció una Cruz luminosa de contornos y aristas vivas, detenidas geométricamente. En el centro de la Cruz se desprendía el disco brillante del astro perfectamente circular; la sombra de sus montañas figuraba maravillosamente la de una cabeza humana perceptiblemente inclinada hacía el Este. El planeta Júpiter brillaba con vivísimo esplendor encima de la cruz; una nube obscura, aislada, de bordes luminosos á franjas, parecía servirle de zócalo. Las olas del mar, en perfecta calma, reflejaban á lo largo de la orilla el fenómeno en espléndida imagen, reluciente y diamantina.

»La duración del fenómeno en todo su esplendor fué de treinta minutos. Los brazos de la cruz, debilitándose gradualmente desde la parte externa hasta la parte media, se resolvieron en una línea luminosa. En seguida desapareció de la misma manera el árbol vertical. La duración total del fenómeno fué de unos ciento cuarenta minutos.

»Se observó también el fenómeno en Bretteville-le-Rabet, distante treinta y cinco kilómetros del mar. Todos los habitantes de la costa pueden justificar nuestra descripción. Astronómicamente hablando, se produjo al Este de la constelación llamada *Bootes*. La Física proporciona una explicación racional del fenómeno, pero la fecha de su aparición no debe ser despreciada, por cuanto los cristianos, poniendo su fe antes que la ciencia humana, conservarán piadosamente la memoria de él».

Verificóse esta aparición el 8 de Diciembre, día consagrado á la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. En ese 8 de Diciembre de 1870, por una coincidencia misteriosa, llegaba la luna á su plenitud, y nos presentaba así la Imagen de la Reina de Angeles y de hombres; mostrábase María á los ojos mortales bajo el velo de uno de sus más graciosos símbolos, á fin de sacar á los hombres del fondo del abismo en que nos han sumergido nuestras infidelidades harto numerosas y harto criminales, para que emprendamos el solo camino que conduce á la paz y á la felicidad.

Sucedía esto, efectivamente, en el momento más calamitoso de la guerra franco-prusiana: de parte de la tierra se desvanecían las esperanzas una tras otra; no quedaba más que levantar los ojos al cielo...

¿Qué remedio nos señala la Madre de gracia y de misericordia? *¡La Cruz!* Ella proclama, ya en la tierra, ya en el mar, que debemos renunciarnos á nosotros mismos para escuchar á la Iglesia y aceptar, juntas las manos, en cada uno de los días de nuestra vida, la cruz militante del combate de las pasiones, siguiendo á su divino Hijo, cuya vida toda fué una larga cruz y un duro martirio que sufrió por nosotros. No hay, pues, otro medio de salud, hoy menos que nunca: ¡La Cruz!

XIV

Cruces en los cristales.

La primavera y el verano de 1872 señaláronse en las riberas del Rhin y en Alsacia y Lorena por la prodigiosa aparición de Cruces y otras figuras misteriosas en las vidrieras de casas particulares, y sobre todo de los establecimientos públicos. Todos los periódicos, cualquiera que fuera su opinión, dieron cuenta del suceso, bien que se limitaron muchos á consignarlo como efecto natural de la luz, todavía no explicado. Nosotros tomaremos de la ya citada obra del abate Curicque los datos que van á continuación; y desde luego dejaremos la palabra á los corresponsales de los periódicos religiosos.

Sucedía esto en plena Cuaresma, y mes de Marzo de 1872. Cruces, espadas, cabezas de muertos, etc., aparecían en las vidrieras por todo el país de Baden. Una carta del mismo Baden refiere así el principio del prodigio en el *Univers*, reproducida en el *Correo de Bruselas*, 16 de Junio de 1874:

«Sabéis que una ley reciente, adoptada por el parlamento

alemán, quita al clero la vigilancia de las escuelas. Después de la promulgación de esta ley, un maestro de escuela librepensador, de una villa del país de Baden próxima á Strasburgo, dirigió á sus discípulos un pequeño discurso para manifestarles que en adelante dejaría á Dios á un lado y no les hablaría más que de la gramática y de la aritmética. Y para comenzar descolgó un Crucifijo que había en la pared y lo retiró; mas los discípulos exclamaron á una voz:—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Ved otra vez la Cruz!—¿Dónde está?— Allí, en la vidriera. Y era verdad. Una Cruz aparecía muy claramente en uno de los cristales de la ventana. Esparcida la nueva, muchos curiosos acudieron á comprobar la maravilla. En otras muchas poblaciones se produjo el mismo hecho.

»Cito también una anécdota: Dirigiéndose algunos habitantes de cierto pueblo á una casa cuyas vidrieras tenían la marca milagrosa, un boticario, cabeza dura del lugar, hallábase en la entrada de la puerta, mofándose más ó menos graciosamente de tales peregrinos. Uno de ellos le dijo: ya que os reís, mirad, mirad vuestra delantera. Levanta él los ojos y ve el signo redentor en una de sus vidrieras. Corre en seguida á su oficina, trae no sé qué esencia y frota con ella el cristal, pero nada consigue; la imagen no se borra. Furioso, rompe el cristal de un puñetazo; más reaparece la Cruz instantáneamente en el cristal próximo.

»Tales son las anécdotas que corren en el país; pero no es esto todo. Algunos de estos cristales presentan, además de la Cruz, cabezas de muertos y huesos en aspa. Los habitantes deducen de aquí que estamos amenazados de nuevas y horribles desgracias y vienen en grandes grupos á Estrasburgo para confesarse y comulgar. Todo esto os lo puedo afirmar de una manera absoluta.

»Personas timoratas ven en esas marcas repetidas el anuncio de un castigo del cielo. Lo cierto es que todas las poblaciones de la ribera del Rhin temen mucho una nueva guerra, hasta el punto de que en gran número prefieren abandonar su país natal y emigran».

En otra carta fechada el 14 de Marzo de 1872 leemos lo que sigue:

«Hoy 14 de Marzo hay feria en Rastadt. Se ha renovado el mismo fenómeno, pero con mayor fuerza; aquí todo el mundo está consternado. Ayer tarde unas cruces negras aparecían en los cristales de la estación y en las ventanas de los vagones. Para evitar alborotos se pusieron otros cristales; mas apenas colocados, veíanse otra vez las mismas cosas: eran

cruces negras de dos dedos de anchas, cabezas de muertos, esqueletos, batallas, etc.

»También hoy se ha presentado el fenómeno en los cuarteles, en el palacio del Ayuntamiento y en más de setenta casas particulares. Rompían los cristales, se cerraban las ventanas, se empleaba el jabón, pero no se pudo hacer desaparecer lo que el dedo de Dios ha marcado. Al cerrar las ventanas aparecía la marca en otro sitio.

»Ciertamente, no se hablaba de otra cosa en la feria, y las gentes iban en masa á verla. Unos lloraban, otros se lamentaban, y muchos juraban é insultaban; en general, todos creen que esto es muy mal agüero. Se me han citado más de diez pueblos en el ducado de Baden ó en la proximidad donde se ven las mismas señales; y aun hay quien afirma que se han visto en todo el dicho ducado. Yo mismo he hablado á muchas personas que vieron el fenómeno, y era cosa de ver su cara despavorida: no se puede dudar del hecho. Además, centenares de personas venidas de Rastadt dicen lo mismo».

El prodigio pasó de Baden á la Alsacia, la invadió toda, llenó también la Lorena, y esto por tanto tiempo, que la prensa periódica tuvo espacio de hacer minuciosas informaciones y discutir los hechos, para acabar los católicos levantando los ojos al cielo y los incrédulos confundiéndose con enmarañadas y ridículas explicaciones que nada explicaron.

Aquellas apariciones parecían decir á unos: *confiad en Dios*; *esa guerra que pasó volverá y triunfaréis;* y á otros: *temblad; estas señales os anuncian que la cólera de Dios os visitará cuando llegue su hora*. Esta hora parece ya muy próxima. El pueblo lo entendió así, diciendo todos á una voz: «Esto sucede porque no nos hallamos aún al fin de nuestras pruebas: Dios nos avisa. ¿Podría hablarnos más claramente? ¿Tantos castigos y señales no aclaran el misterio?»—Vino enseguida la guerra civil en España, perdióla el ejército de la Tradición, y empezó el intervalo de treinta años, después del cual triunfará y pagarán Alemania y Francia su merecido.

CAPÍTULO XVIII

CRISTO REY, EL GRAN MONARCA Y NUESTROS TIEMPOS

CAPÍTULO XVIII

CRISTO REY, EL GRAN MONARCA Y NUESTROS TIEMPOS

I

Pasado, presente y futuro de España.

(Del cap. II del Profeta Daniel).

«Respondió Daniel al Rey Nabucodonosor, diciendo: El arcano que el rey desea descubrir *no se lo pueden declarar al rey los sabios*, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices; pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, y éste te ha mostrado, ¡oh rey Nabucodonosor!, *las cosas que sucederán en remotos tiempos*. Tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en la cama son las siguientes:

»Tú, oh rey, estando en tu cama, te pusiste á pensar en lo que sucederá *en los tiempos venideros;* y Aquel que revela los misterios te hizo ver *lo que ha de venir*. A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal; sino á fin de que el rey tuviese una clara interpretación, y para que reconociese los pensamientos de su espíritu.

»Tú, oh rey, tuviste una visión; y te parecía que veías como una grande estatua, y esta estatua grande y de elevada altura estaba derecha enfrente de ti, y su presencia era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro finísimo, el pecho y los brazos de plata, el vientre y muslos de cobre, las piernas de hierro, y la una parte de los piés era de hierro y la otra de barro.

»Así lo veías tú, cuando, sin que mano alguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus piés de hierro y de barro y los desmenuzó.

»Entonces se hicieron pedazos igualmente el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y quedaron reducidos á ser como el tamo de una era en el verano, que el viento esparce; y así, no quedó nada de ellos. Pero la piedra que había herido á la estatua, se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra».

«Tal es el sueño. Diremos también en tu presencia, oh rey, su significación. Todas las cosas ha puesto Dios bajo tu dominio: tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de tí se levantará otro reino menor que el tuyo, que será de plata, y luego otro tercer reino que será de cobre, el cual dominará toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro: al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino desmenuzará y domará todos los demás.

»En cuanto á lo que has visto que una parte de los piés y de los dedos era de barro de alfarero y la otra de hierro, es que el reino que tendrá origen de vena de hierro, será dividido, conforme lo que viste del hierro mezclado con el barro cocido. Y como los dedos de los piés son en parte de hierro y en parte de barro cocido, así este reino en parte será firme y en parte quebradizo. Y al modo que has visto el hierro mezclado con el barro, así se unirán por medio de parentelas, mas no formarán un cuerpo el uno con el otro, así como el hierro no puede aliarse con el barro.

»Pero en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que nunca será destruído; y este reino no pasará á otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos, y subsistirá eternamente, conforme viste tú que la piedra desprendida del monte sin concurso de hombre alguno, desmenuzó el barro, y el hierro, y el cobre, y la plata y el oro».

La estatua representaba el poder monárquico de todos los pueblos. La cabeza de oro significaba el imperio de los Caldeos, inmensamente rico, grande y poderoso. El pecho y brazos de plata era el imperio de los Persas, menos considerable que el anterior. El vientre y muslos de cobre eran imagen del imperio griego, ó de Alejandro Magno y sus descendientes. Las piernas de hierro aludían al imperio romano, que por su férrea dureza y valor redujo á polvo el poder de todos sus enemigos. Los piés de hierro y barro son las monarquías en que se dividió aquel imperio. La piedra que destroza todos estos reinos y crece hasta llenar el mundo es el imperio del Gran Monarca, cuya

monarquía será diferente de todas las pasadas en sus leyes y sistema de gobierno.

Son muchos los profetas de la Ley de gracia que llaman eterna á esta monarquía, lo mismo que Daniel, no porque haya de durar eternamente en el mundo, sino porque durará hasta el Anticristo, para perpetuarse luego con Cristo. Daniel mismo lo da á entender muy claramente en el capítulo VII, v. 18, diciendo que esta monarquía durará «hasta el fin del mundo», y «después por los siglos de los siglos».

Profetas hay también que anuncian la continuación temporal de dicha monarquía después del Anticristo hasta el fin del mundo. Alegóricamente, el imperio de la piedra que llena el mundo es el de Cristo en su Iglesia.

II

El Lugarteniente temporal de Jesucristo.

Conviene ampliar lo sentado acerca del imperio del Gran Monarca figurado por la piedra que cae del monte, destroza la estatua y llena después el mundo.

Los expositores, en general, entienden por esta figura profética el reinado de Jesucristo en su Iglesia, no extendiendo la significación temporal de las partes de la estatua sino á las grandes monarquías que hubo hasta Jesucristo. Las siguientes no están prefiguradas en la profecía de Daniel, pues el reinado de la misteriosa piedra dicen que es el del Mesías.

En nuestra humilde opinión, esto no puede ser así. El profeta intérprete indica por tres veces los tiempos remotos en que ha de reinar la piedra, y de todo el contexto se deduce claramente que habla de un reinado temporal como los otros, puesto que los destruye todos: el reinado espiritual de Cristo destruye el pecado, pero no los imperios temporales, antes bien

los purifica y da solidez, con dogmas acerca de los oficios y derechos de príncipes y vasallos. Cristo y su Iglesia dan «al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios».

Pues si el imperio de la piedra desprendida del monte ha de destruir los otros, tiene que ser temporal como ellos, so pena de que digamos, si no es así, que la Iglesia es enemiga de todos los poderes temporales ó quiere temporalmente dominarlos todos. Síguese, pues, claramente, que la piedra representa el imperio del Gran Monarca anunciado por muchos profetas canónicos y por la mayor parte de los profetas de la Ley de gracia.

Siendo así, quedan en todo su vigor la alegoría profética respecto del reinado de Cristo en las almas y otras alegorías contenidas en la visión de la piedra, que nos recuerda aquella otra Piedra sobre la cual fundó Jesucristo su Iglesia; y además tenemos lo que sin nuestra humilde interpretación no puede deducirse de la profecía, esto es, el reinado social de Jesucristo, su imperio en los tronos por medio del Gran Monarca, que será temporalmente su Lugarteniente ó Vicario, como espiritualmente lo es el Romano Pontífice. De esta suerte, Cristo será Rey en todos conceptos, desempeñando invisiblemente las dos Potestades por medio de sus dos Vicarios.

Yo ruego á todos los sabios versados en la Santa Escritura, que, si les parece descaminada esta interpretación, me lo adviertan por caridad, sea en privado, sea en la prensa ó del modo que mejor les parezca. Entretanto, aun hemos de fijar la consideración en otras particularidades notables que corroboran todo lo dicho.

El célebre orador Padre Vieyra dice sobre el personaje semejante al Hijo del Hombre de que habla Daniel, según veremos luego:

«Este texto no se entiende propiamente de la persona de

Cristo, sino de la persona de su segundo Vicario en el imperio temporal; el cual imperio se levantará después de vencida la potencia del Turco (1), con nombre, con dignidad, con majestad y con reconocimiento de Emperador universal del mundo... El Hijo del Hombre es Cristo; el como Hijo del Hombre, es el como Cristo, ó Vice-Cristo; de suerte que, así como el primer Vicario de Cristo, que es el Sumo Pontífice, se llama Vice-Cristo en el imperio espiritual, asimismo el segundo Vicario, por el dominio universal que tendrá sobre el mundo, se llamará también en el imperio temporal Vice-Cristo: *quasi Filius Hominis*».

Teniendo de nuestra parte autoridades como esta, bien podemos afirmarnos en la opinión expresada arriba y casi, casi, convertirla en tesis. Ahora sigamos con las particularidades de que hacíamos mérito:

«Se desprendió del monte una piedra sin que mano alguna la moviese».—¿Qué monte es éste? La Iglesia; de la Iglesia ha de nacer el reinado del Gran Monarca, aunque este reinado no ha de ser la Iglesia. Muchas autoridades de la Escritura podríamos aducir en prueba de que por monte se entiende la Iglesia, pero nos basta la de Isaías, que anunciando así la Iglesia como el imperio del Gran Monarca, dice en el cap. II:

«En los últimos tiempos, el monte en que se originará la Casa del Señor (como si dijera: el poder temporal en que se apoyará) tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes (en la Iglesia: apoyo recíproco) y se elevará sobre los collados, y todas las naciones acudirán á él».

De ese monte se desgaja la piedra sin que mano alguna la mueva. Obra de Dios será este prodigio, no de los hombres; pero no será sin el concurso de ellos, pues en beneficio de ellos se hará. Sólo á Dios debemos nuestra salvación; pero *non salvabit te si ne te*, dice San Agustín, esto es, «no te salvará si no cooperas». Sólo Jesucristo fundó su Iglesia; pero

(1) Antes será simple reinado; pero el turco empezará á ser vencido con Alemania en el corazón de Europa, según veremos en otra parte.

no fué sin la cooperación de sus Apóstoles y discípulos. Así será el establecimiento del imperio del Gran Monarca: se desgajará la piedra sin que la mueva la mano del hombre, y sin embargo, no triunfará sin el concurso del hombre.

«*Abscisus* est lapis de monte», dice Daniel. *Abscisus est* puede traducirse: quitado, separado, desgajado, rasgado, desprendido, arrancado, etc., y todo conviene al Gran Monarca en sus relaciones con la Iglesia, ora en cuanto miembro de su jerarquía, ora en cuanto afligido por ella, ya por ser pecador como dijo San Francisco de Paula, ya porque se le persiga merced á su celo contrario á los egoísmos de algunos príncipes de la Iglesia; y en fin, porque de tal modo obrará, que será verdaderamente Piedra, esto es, hijo fidelísimo de la Santa Sede, salido de la Iglesia docente ó desprendido de lo alto del monte. Es de recordar aquí á los buenos españoles, á los Españolistas, esta exhortación de Isaías: «Atended á la piedra de que fuisteis cortados: *attendite ad petram unde excissi estis*».

III

Intérprete y profeta.

Yerran los que reducen el alcance de las profecías *canónicas del Antiguo Testamento á los tiempos anteriores* á Cristo. Verdad es que la primera venida del Cristo, y por ella la segunda, era el principal objeto de todas, así como el de las del Nuevo Testamento, y particularmente del Apocalipsis, es la segunda venida del Redentor, y por ella la primera; pero del mismo modo que la primera fué preparada por los acontecimientos de cuarenta siglos, lo está siendo la segunda por todos los acontecimientos de los siglos cristianos. Por lo tanto, hállanse estos predichos en uno y otro

Testamento, de donde se sigue que la Santa Biblia no sólo es profecía de todos los tiempos, sino que sobrepujará los tiempos y en el cielo mismo hará una de las glorias accidentales de los Bienaventurados, pues sólo allí conoceremos todos los misterios que contiene el Libro de Dios. Esta opinión nuestra es firme; más bien merece llamarse convicción.

Tenemos por cierto que el Gran Monarca ha de poner fuera de toda duda la verdad de todo lo que afirmamos en este estudio, pues al parecer, ha de ser uno de los hombres más versados en Escritura y profecías, así como en otras ciencias. El venerable Sacerdote y gran profeta Bartolomé Holzhauser, dice terminantemente con otros profetas, que el Gran Monarca es el Angel del capítulo X del Apocalipsis, y comentando el verso 13, dice así:

«Sigue la otra persona que representa este Angel, cual es la de *nuncio celestial que revela los secretos divinos referentes á los acontecimientos de los últimos tiempos,* y la de Sumo Presidente, custodio y protector de aquel imperio que vió Daniel en el cap. 12, y que estaba sobre las aguas del río».

De este capítulo cúmplenos ahora copiar dos solos textos, con que se confirma lo dicho y se responde á las preguntas de muchos que no saben explicarse por qué las profecías concernientes al Gran Monarca han sido en general tan mal interpretadas y entre nosotros tan poco conocidas. Dice, pues, el Arcángel San Gabriel á Daniel Profeta.

«Ten guardadas estas palabras y sella el libro hasta el tiempo determinado: muchos lo recorrerán, y sacarán de él mucha doctrina.— Anda, Daniel, que estas son cosas recónditas y selladas hasta el tiempo determinado».

Con estos secretos se relaciona el de Isaías que dijo: *secretum meum mihi, secretum meum mihi.*

El taumaturgo San Francisco de Paula dijo también en sus cartas proféticas sobre el Gran Monarca, según hemos dicho otras veces, que éste «investigará los secretos del Espíritu Santo» sobre la reforma del

mundo; que «irá interpretando los obscuros secretos del Espíritu Santo», etc.

También la profecía de Disentis, como recordarán nuestros lectores, dice que el gran hombre «conocerá las profecías sagradas que anuncian este memorable acontecimiento, pero no sabrá cierto si le conciernen, sino á medida que se vayan cumpliendo». Es decir, preverá con toda seguridad la inminente aparición del Gran Monarca, sin saber cierto si este Monarca ha de ser él mismo, porque puede hacerse indigno, perder su vocación, ó pedir al Señor que confíe esa misión á otro, y el Señor oírle.

IV

Semejante á Jesucristo.

Otra de las particularidades notables con que las profecías caracterizan al Gran Monarca, es ser fiel trasunto é imitador de Jesucristo. La profecía de Disentis y otras lo presentan abandonado de sus amigos, y después seguido y aclamado de ellos: abandonado primero y luego aclamado fué también Jesús por los suyos. Habrá sido tan pecador como anuncia San Francisco de Paula y dan á entender otros profetas; pero aun en esto semejará *á Jesucristo que cargó con los* pecados de todos y fué reputado oprobio de los hombres y abyección de la plebe, enemigo de las potestades, perturbador y revolucionario, ambicioso, loco, endemoniado, etc., etc., por lo cual la Iglesia de aquel tiempo, á una con el poder civil, le calumnió, persiguió y condenó á muerte.

Estudiemos otras semejanzas del Gran Rey con Jesucristo, omitiendo de intento una de las más notables, cual es el ser profeta de sí mismo como de sí

mismo lo fué Jesús. También San Juan Evangelista lo fué, y San Vicente Ferrer y otros.

Por medio de las sobredichas humillaciones triunfó Jesús, y por ellas el Gran Monarca ha de ir á su triunfo, tal vez ofreciéndose á Dios por víctima para que sean perdonados sus hermanos, á imitación del divino Modelo: moralmente ha de ser crucificado por sus enemigos antes que resucite triunfante. Cayendo como Cristo se ha de levantar con Cristo; la piedra de Daniel no derribó la estatua sino cayendo y rodando de la cumbre á lo hondo. Así son los triunfos de Dios. «Nadie asciende sino el que ha descendido, dijo Cristo; y el que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado».

Ayunó y oró Jesús en el desierto, allí fué tentado por el enemigo, allí hizo penitencia por nosotros. Pues bien; hay dos notables y muy venerables profetisas que también en este punto expresan la semejanza del Gran Rey con Jesucristo. «Un príncipe, dice Mariana Galtier, conocido de Dios sólo—y sólo de Dios era conocido el Dios Hombre,—que hace penitencia en el desierto—desierto moral, y acaso real,—debe venir como por milagro: hará leyes nuevas». Nuevas las hizo Jesús. ¿Hará penitencia por sus pecados, y con ellos para que Dios perdone su Patria? Lo importante es saber esto que dijo Magdalena Porsat:

«Si San Agustín no hubiera sido un gran pecador, ¿habría sido después tan gran lumbrera de la Iglesia?... Preguntad al hijo pródigo. ¿Creéis que el hijo pródigo va á ser condenado porque todavía no se levanta para ir á su padre y pedirle perdón? ¡María hará que se levante!»

Se levantará; tanto, que el Ven. Holzhauser vuelve á descubrirlo en el cap. XIV del Apocalipsis, en aquel varón «sentado en la nube y semejante al Hijo del Hombre», y dice que lo es «por la semejanza de las grandes y arduas virtudes con que imitará al divino Salvador».

«Será, añade, humilde, manso (1), veraz, amante de la justicia, fuerte en la guerra, sabio y celador de la divina gloria. Se cumplirá en él de algún modo aquel vaticinio que de Jesucristo hizo Isaías: «Descansará sobre él el Espíritu de sa»biduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de for»taleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el Es»píritu de temor de Dios».

Daniel vió también en las nubes un varón semejante al Hijo del Hombre, y asimismo dicen los profetas que es el Gran Monarca. Daniel dice, en el texto comentado por el P. Vieyra, algo que no se halla en el Apocalipsis; copiemos:

«He aquí que venía entre las nubes del cielo un personaje que parecía el Hijo del Hombre, el cual se adelantó hacia el Anciano de días, y le presentaron á Él. Y dióle éste la potestad, el honor y el reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán: la potestad suya es potestad eterna que no le será quitada y su reino es indestructible... Después recibieron el reino los Santos del Altísimo (así llama San Francisco de Paula á los Crucíferos del Gran Monarca), y reinarán hasta el fin del siglo y por los siglos de los siglos».

Volvamos al Apocalipsis y su comentador profético el V. Holzhauser. El varón «semejante al Hijo del Hombre, dice el primero, tenía en su cabeza una corona de oro», ó como dice Daniel, «dióle el Anciano de días la potestad, el honor y el reino».

«Porque este rey, comenta el V. Holzhauser, será grande, rico y poderoso; será *Señor de los que dominan* y vencerá á los reyes gentiles».

Rex regum et Dominus dominantum, dice el Apocalipsis que llevaba escrito el Hijo de Dios.

La semejanza es más patente si se consideran estas palabras que, según la Sibila Triburtina, llevará también escritas el Gran Monarca:

Rex Romanus omne sibi vindicat regnum christianorum, esto es: «el Rey de Romanos vindica para sí el dominio de todo la cristiandad».

---

(1) Véase la explicación de estas virtudes en el capítulo XIV, art. VI.

Hasta en su coronación será semejante á Jesucristo.

«Un cierto Rey, dice de él el V. Bernardino de Bustis, irá á Roma y recibirá del verdadero Sumo Pontífice (porque habremos tenido antipapas) la corona, no de oro, sino de espinas, con la cual querrá ser coronado por reverencia de Cristo coronado de espinas».

Casi con las mismas palabras lo anuncia también el Ven. Telesforo:

«Será coronado Emperador de los romanos, no con diadema de oro, sino de espinas, á petición suya, por su amor á la Pasión de Cristo».

Cita el mismo Bernardino de Bustis una profecía anónima, harto autorizada porque él la adopta, y dice esta:

«Será coronado Emperador con una corona de espinas; y levantando el estandarte de la Cruz, reunirá un poderoso ejército».

Este estandarte le será dado por el Papa.

«El Pontífice lo coronará y lo declarará legítimo Emperador de los romanos, dice la célebre profecía del Padre Capuchino, y desde la Cátedra de San Pedro levantará el estandarte ó Crucifijo y lo consignará al nuevo Emperador».

El Fundador y Capitán de los Crucíferos no es de maravillar que lleve la Cruz por estandarte. San Francisco de Paula y otros lo anunciaron igualmente.

En fin, son tantas las semejanzas del Gran Rey con Jesucristo, que es imposible mencionarlas todas aquí: no cabrían en todo este volumen. El lector las irá advirtiendo á medida que narremos la historia futura del hombre de tan admirables destinos; porque es de saber que hemos dicho todavía muy poco de él; fáltanos lo principal, y todo lo iremos diciendo con la ayuda de Dios en otros libros.

Terminaremos este artículo diciendo, con gran número de profetas, que este admirable Monarca acabará sus días en Jerusalén, orando ante el Sepulcro del Señor, á quien hará entrega de su imperio, lo

cual confirma lo que hemos dicho acerca de la eternidad del mismo imperio.

(*Luz Católica*, núm 27=4 Abril 1901).

V

La profecía de Isaías.

El libro del profeta Isaías es un poema sublime, ó más bien, una colección de poesías proféticas, de demostraciones filosóficas, de grandiosos acontecimientos históricos, cada una de cuyas partes fué compuesta en épocas diferentes y es, hasta cierto punto, independiente de lo que la precede y la sigue; pero el todo parece un conjunto armónico como si obedeciera á un plan, y el estilo es siempre el mismo, elevado, elegante, majestuoso, sublime, lleno de imágenes, académico, por decirlo así.

La figura del Mesías es la que sobresale en todo el libro; Isaías parece un Evangelista, un historiador de la vida y muerte de Jesucristo. Pero así como Jesucristo debe reinar en la Iglesia hasta el fin de los tiempos, así el profeta le sigue hasta el último día y traza á grandes rasgos los principales acontecimientos que sobrevendrán á la Iglesia hasta el fin.

«Vió con su gran espíritu profético los últimos tiempos, dice el Eclesiástico, y consoló á los que lloraban en Sión. Anunció las cosas que sucederán hasta la eternidad, y las ocultas antes que aconteciesen». (*Eccli.*, XLVIII, 27, 28).

Así, pues, Isaías previó y profetizó los grandes acontecimientos de la época presente, lo mismo que de las pasadas y futuras. El que no halle en su gran profecía el anuncio de estos acontecimientos, culpe á su propia ignorancia, pero no la tome por razón de negar lo que es innegable. Los cuatro Profetas Mayores y varios de los Menores abarcan asimismo todos

los tiempos; pero Isaías es el que más desciende á detalles, si así cabe decirlo.

Siendo Cristo y la Iglesia el objeto principal de su profecía, natural es que muchos de sus pasajes convengan en sentido literal histórico unas veces, y otras figurativo, al esperado Gran Monarca, fiel trasunto de Jesucristo y objeto de tantas profecías, pacificador del mundo y brazo invencible de la Iglesia Católica. ¿Y qué mucho que Isaías se refiera varias veces á este Lugarteniente temporal de Cristo Rey, si apenas hay en la Biblia un profeta que no lo anuncie?

«La Biblia entera, dice Peladán, conságrase á anunciar la venida de Jesucristo y la gloria de su Iglesia; pero debe advertirse que tiene muchos sentidos figurativos que es necesario estudiar en los comentadores. Además de estos significados simbólicos, las Escrituras contienen partes que atañen especialmente á ciertas épocas, y particularmente á los últimos tiempos. Los profetas no han descuidado consignar este punto esencial en sus revelaciones. Por eso el Gran Monarca, cuya existencia tiene tan directa relación con la Iglesia y la economía general de las sociedades de su tiempo, está señalado con precisión en cien lugares del Libro sagrado». *(Nouveau Liber Mirabilis)*.

A seguido el mismo Peladán aplica al Gran Monarca el capítulo XXXII de Isaías (lo cual también alguna vez ha hecho *Luz Católica*), y muchos otros textos de profetas bíblicos, que suprimimos por falta de espacio; repitamos solamente el de Isaías, que dice así:

«Sabed que vendrá un rey que reinará con justicia, y sus magistrados gobernarán con rectitud. Este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades (sociales); como arroyo de frescas aguas en tiempo de sequía y como la sombra de alta roca en medio de un páramo. No se ofuscarán ya los ojos de los que buscan la luz, y escucharán atentamente los oidos de los que desean oir la verdad. Entonces el corazón de los ignorantes entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará clara y expeditamente. El insensato ya no será más llamado príncipe, ni tendrá el tramposo el título de magnate; porque el necio hablará necedades y su corazón maquinará maldades, usando

de hipocresía, y hablando de Dios con doblez, y consumiendo el alma del hambriento, y quitando el agua al que muere de sed. Las armas de que se vale el impostor son muy malignas, pues está siempre maquinando tramas para perder con mentirosas palabras á los de buen corazón, á los pobres que piden justicia. Pero el príncipe que os anuncio pensará cosas dignas de príncipe y velará por la rectitud de los magistrados y caudillos».

Este capítulo, literalmente, sólo es aplicable al Gran Monarca.

VI

La exaltación por medio de la humillación.

Ahora bien; el establecimiento y la economía del reinado de Jesucristo en su Iglesia no han de ser según las leyes de los hombres, sino según las leyes de Dios, el cual humilla para ensalzar, destruye para edificar, mortifica para vivificar. El trono de Jesucristo será una Cruz, y este instrumento de ignominia y de muerte quedará convertido en instrumento de honor y de salud; será la enseña de los ejércitos de Dios, el lábaro de la victoria, la señal de todos los cristianos, y ante él se postrarán todas las gentes adorando al que fué en él crucificado.

Habiendo de ser muy semejante al divino Rey de la Cruz su Vicario temporal ó Gran Monarca, también será sometido á las humillaciones, pobrezas, dolores, en fin, á todos los abatimientos que requieren su crucifixión moral primero y su exaltación después; y asimismo la Cruz del divino Rey será su estandarte y la señal infalible de su victoria universal, para que el mundo entero adore á Jesucristo y reine la paz de Dios en los hombres.

Y siendo de Dios esta paz, no se establecerá sino según el mismo plan de Dios, esto es, pasando primero la Iglesia y las naciones por toda suerte de humilla-

ciones y castigos y pruebas, así morales como físicos y sociales como religiosos. Cuando este diluvio de males haya anegado y purificado el mundo, entonces brillará en los aires el arco iris de la paz de Dios, y el bien reinará en la tierra.

He ahí lo que el profeta Isaías anuncia y describe en su grandioso poema, sin perder nunca de vista al divino Rey de la Cruz, y pocas veces á su trasunto el Gran Monarca. Muchas veces se refiere á entrambos con una sola expresión, otras sólo al divino Rey, otras principalmente al rey humano, pasando ya de la realidad á la figura, ya de la figura á la realidad, ora del Modelo al modelado y viceversa, ora del pecador al que quita los pecados del mundo. Alegóricamente puede casi todo aplicarse al Papa; quede sentado así en este pequeño estudio.

Su primer capítulo es una introducción del libro y bosquejo de todo lo que en él va á decir; empieza describiendo la apostasía de las sociedades, sigue anunciando su castigo, descubre luego la redención, y acaba prometiendo la ventura de la paz; he ahí todo el libro, acabando por la victoria del Cordero y la aparición de la nueva Jerusalén como el Apocalipsis.

De buen grado pondríamos aquí sus principales pasajes; pero tenemos que reducirnos á unos pocos, sólo por vía de muestra, y serán de los últimos capítulos de este poema incomparable. Si algún lector cree que adelantamos demasiado en la interpretación de lo que va á seguir, tenga un poco de calma para hallar al final la satisfacción que daremos á sus escrúpulos.

VII

Abatimientos del Cristo y del Gran Monarca.

Debemos advertir desde luego que, bajo el nombre de Jerusalén, el profeta comprende la Iglesia Católica

además de la capital judáica; bajo el nombre de Judea, la misma Iglesia unas veces, y otras España; bajo el de Sión, ya la Roma papal, ya la Iglesia de España ó la tradición católica española, etc., etc.

Asimismo, como ya se ha dicho, gran parte de lo que anuncia del Mesías conviene también al Gran Monarca español. Y esto sentado para evitarnos llamadas, paréntesis y comentarios, entremos en la materia propuesta.

Después de una ferviente exhortación al pueblo judío, en la que el profeta le demuestra que sus males provendrán de su infidelidad y desobediencia, anúnciale que la cautividad de Babilonia—y lo mismo se entiende de la dominación del liberalismo revolucionario,—durará sólo el tiempo prefijado, después del cual triunfará la Iglesia, bajo la figura de Jerusalén reconstruída. Aparece por de pronto el Mesías, y con él la silueta del Gran Monarca, diciendo:

«Oid, naciones remotas, atended, pueblos distantes. El Señor me llamó desde el vientre de mi madre; me impuso nombre cuando aún estaba yo en el seno materno. Convirtió mi boca en aguda espada; bajo la sombra de su mano me cobijó; hizo de mí como una saeta bien afilada, y dentro de su aljaba me guardó.—Poco es, me dijo, que tú me sirvas para restaurar las tribus de Jacob (ó Europa cristiana) y convertir los despreciados restos de Israel (ó la Catolicidad). Yo te he destinado para que seas luz de las naciones, y la salud enviada por mí hasta los últimos confines de la tierra.—Te constituí alianza de mi pueblo, para que restaures el mundo, entres en posesión de las heredades devastadas y digas á los oprimidos por las cadenas: *Sed libres;* y á los que moran en tinieblas: *Venid á la luz*.—Esto dice el Señor: Yo extenderé mi mano hacia las naciones y enarbolaré en los pueblos MI ESTANDARTE (la Cruz).

»Y los reyes serán los que te alimenten, oh Sión, y las reinas serán tus nodrizas; rostro á tierra te adorarán y besarán el polvo de tus pies.—Será recobrado lo que arrebató la fuerza. Yo juzgaré á los que te juzgaron, yo salvaré á tus hijos, yo haré comer á tus enemigos sus propias carnes» (c. XLIX).

Pero ¡ah! esta gloria, esta ventura sin precedente en la historia, no llegará, no, sin que el Salvador des-

tinado por Dios á tan gran obra pase por todas las humillaciones y dolores que Dios mismo le reserva: antes que el grano de mostaza germine y se convierta en frondoso árbol, debe ser hundido en la tierra; si el grano de trigo no muere debajo del surco, no dará su espiga.

Tal es la ley de Dios; vedla realizada en el Rey divino y aplicada al rey humano:

«Sabed que mi siervo estará lleno de saber; será ensalzado y engrandecido, y llegará á la cumbre misma de la gloria; pero así como tu ruína, oh Jerusalén, sorprendió á muchos, así también su aspecto parecerá sin gloria ante los hombres, y su forma despreciable entre los hijos de los hombres» (c. L. II).

—«¿Quién creerá nuestro anuncio? ¿A quién se ha revelado la aparición de ese brazo del Señor? Porque no obstante la grandeza á que está llamado, crecerá á los ojos del pueblo como una planta humilde y como una raíz en tierra árida. No es bello ni agraciado su aspecto; vímosle, dirán, y no hallamos en él cosa que llamase nuestra atención, antes bien vimos que era despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, que sabe lo que es padecer; y su rostro estaba como velado por la afrenta, por lo cual no hicimos de él ningún caso. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestro pecado y cargó con la penosa satisfacción que por ellos debemos; pero nosotros le reputamos como un leproso y un hombre herido y humillado por Dios, siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades. —Fué ofrecido en sacrificio porque Él mismo se ofreció, y no hubo queja en su boca. Conducido será como oveja al matadero y guardará silencio como el corderillo que trasquilan. *Después de tanta opresión y condena será levantado en alto;* pero ¿quién podrá explicar su genealogía?» (c. LIII).

VIII

Jesucristo, Judas Macabeo y el Gran Monarca.

¿Cuál será esta exaltación, debida á tantos trabajos, tantas aflicciones y amarguras, tantas humillaciones y

dolores, tantas deshonras é ignominias, todo voluntariamente aceptado por amor de Dios y del pueblo? El profeta la anuncia en los capítulos siguientes; es la exaltación del premio religioso-social más bien que personal. Sión será exaltada, Jerusalén será gloriosa, Judá será la reina de las naciones, y en todo Israel habrá paz, la paz de Dios acompañada de todo linaje de venturas; pero á fin de que no haya engaño acerca del Restaurador por quien Dios concede al mundo tanta dicha, el incomparable poeta de esta profecía vuelve á ocuparse del divino Rey y de su sombra el Gran Monarca, con esta magnífica enumeración de fines que al mismo Gran Monarca es aplicada por el V. Holzhauser y otros profetas:

«Sobre mí ha reposado el espíritu del Señor, porque el Señor me ha ungido y enviado á instruír á los humildes, para consolar á los atribulados de corazón, predicar la redención á los esclavos y la libertad á los que gimen en prisiones; para publicar el tiempo de reconciliación con el Señor y el día de la venganza de nuestro Dios; para que yo consuele á todos los que lloran, señaladamente á los que lloran en Sión, y poner en su cabeza una corona en lugar de la ceniza que llevan, derramar en ellos el bálsamo del gozo en el lugar de los llantos, y darles un ropaje de gloria en cambio de la tristeza de su corazón; y los que en ella habiten serán llamados los valientes en la justicia, plantío del Señor para gloria suya» (c. LXI).

Sigue el profeta poniendo en boca del Mesías y del Gran Monarca nuevos rasgos que completan el cuadro ya trazado de la Iglesia y de España, y luégo toma por su propia cuenta la persona de uno y otro, para descubrir más ampliamente al Restaurador divino y al Restaurador humano, que son el tema capital de su profecía.

«Mi amor á Sión, exclama, no me permite callar; por amor á Jerusalén no sosegaré hasta tanto que su Justo aparezca como la luz del día y su Salvador brille como antorcha (c. LXXII).—Pero ¿quién es este que viene de Edom (Idumea ó países infieles), este que viene de Bosra (capital de ella) con los vestidos manchados? ¿Quién es este de tan gallarda apostura, que camina descubriendo su gran fortaleza?—

Yo soy el que hablo justicia y lucho para salvar á los hombres.—¿Por qué, pues, está rojo tu vestido y parece tu ropa como la de los que pisan la vendimia en el lagar?—El lagar lo he pisado yo sólo; ninguno de entre todas las gentes me prestó ayuda, antes bien yo los pisé con mi furor, los rehollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manchó toda mi ropa. Porque este es el día fijado en mi corazón para tomar venganza; ha llegado el tiempo de redimir á los míos. Miré en derredor y no hubo quien acudiese en mi socorro; anduve buscando y no hallé persona que me ayudase; sólo mi brazo me salvó, sólo la indignación que concebí me sostuvo, y en mi furor pisoteé los pueblos y los embriagué de mi indignación, y postré por tierra sus fuerzas. Yo me acordaré de las misericordias del Señor; al Señor alabaré por todas las cosas que él ha hecho en favor nuestro» (c. LXIII).

¿Quién es el personaje típico representado en este cuadro? La letra de algunas frases dice: Judas Macabeo. La letra del conjunto dice: el Gran Monarca español. El espíritu de la letra dice: Jesús, Salvador de los hombres. Judas Macabeo, que fué una acabada figura del Gran Monarca, triunfó en Edom y en Bosra, arrastrando por el lodo la gloria de la Idumea, pisando á los infieles como en lagar y tiñendo con sangre de ellos sus vestidos. No sólo de la Idumea, sino de todas las naciones por ella representadas, triunfará del mismo modo el Gran Monarca; pero este Monarca y el Macabeo son lugartenientes del Rey de Reyes, á quien antes que á ellos conviene, por lo menos alegóricamente, el conjunto de este pasaje. En cuanto á las frases «sólo mi brazo me salvó», etc., propiamente convienen á Jesucristo; á ellos sólo convienen en el concepto de que ninguno de los grandes y poderosos les prestó ayuda al principio.

IX

Premio de buenos y castigo de malos.

La página que acabamos de examinar es misteriosa y á la vez profética, es real y figurativa. La siguiente,

ó sea el capítulo LXIV, tiene, si se quiere, más de realidad y figura y menos de misterio. Pecó el pueblo judío y fué castigado; pecamos nosotros, y lo hemos sido también y lo seremos aún. Reconozcamos nuestras maldades, para que por nuestra humilde confesión se mueva el Señor á mirarnos con ojos de misericordia, atenuando el castigo y concediéndonos la pronta aparición del Restaurador prometido. Así lo hace el profeta diciendo:

«Todos nosotros nos hemos convertido como en leprosos inmundos; todas nuestras justicias son como un trapo sucio y hediondo; hemos caído todos como hojas secas, y nuestras maldades nos han arrebatado como un huracán. No hay ya quien invoque tu Nombre, Señor; no hay quien se levante á detener tu ira; nos has ocultado tu rostro y nos has estrellado contra nuestra misma maldad. Ahora bien, Señor; tú eres nuestro Padre: nosotros somos el barro y tú el alfarero: obras somos todos de tus manos.

»No te irrites demasiado con nosotros, Señor, ni te acuerdes más de nuestra maldad; míranos; todos nosotros formamos tu pueblo... La casa de nuestra santificación y de nuestra gloria, donde nuestros padres cantaron tus alabanzas, está hecha un montón de cenizas, y todas nuestras grandezas se han convertido en ruínas. Señor, ¿seguirás conteniéndote á la vista de estas cosas? ¿Continuarás callando y afligiéndonos hasta ese punto?»

Mas ¡ay! los que así oran á su Dios son tan contados, que no desarman la cólera divina. La inmensa mayoría de este pueblo ora sin espíritu y sin verdad, provocando á Dios en vez de apaciguarle; vense amenazados de males gravísimos, y acuden al Señor á quien no sirven. ¿Vamos así á librarnos del castigo? Oid lo que responde el Señor seguidamente:

«Han venido á buscarme aquellos que antes no preguntaban por mí; hanme hallado aquellos que no me buscaron. Yo he dicho á la nación que no invocaba mi Nombre: Aquí estoy, héme aquí. Extendí todo el día mis brazos hacia un pueblo incrédulo que anda por mal camino en pos de sus antojos; pueblo que cara á cara está continuamente provocando mi cólera... hombres que dicen á otros: apártate de mí, no me toques, porque tú eres inmundo. Estos se convertirán en hu-

mareda el día de mi furor, en fuego que arderá siempre» (c. LXV).

Sin embargo, el Señor se acuerda de sus siervos, oye al fin las oraciones de ellos, concédeles el Restaurador y dice á todos:

«Por amor de mis siervos, no permitiré un exterminio total. Sacaré de Jacob un linaje y de Judá quien domine sobre mis montes; y esta será la herencia de mi pueblo, y en ella habitarán mis siervos. Pero á vosotros que abandonasteis al Señor, que os olvidasteis de Sión mi santo Monte, que aparejasteis un altar al ídolo de la Fortuna y derramasteis sobre él libaciones, yo os iré entregando uno á uno al filo de mi espada y todos pereceréis en esta mortandad, puesto que os llamé y no respondisteis, os hablé y no hicisteis caso». *(Ibid).*

Literalmente se verificó esto en la destrucción de Judea y Jerusalén por Tito; y los antiguos autores no pudieron menos de notar que ni un solo cristiano había en Jerusalén cuando Tito la sitió. ¡Quiera Dios que no tenga esta profecía un nuevo cumplimiento sino en la moderna Babilonia, de la que un aviso del cielo hará salir á todos los siervos de Dios antes que sea entregada á las llamas! *Exite de illa, popule meus...*

El profeta sigue describiendo las últimas ruínas de Jerusalén, la dispersión de sus hijos, la infamia perpetua que caería sobre el nombre judío, y otras cosas que tienen exactísima aplicación á la destrucción de la Babilonia moderna y del liberalismo y de las sectas todas, y termina su grandioso poema anunciando otra vez la reunión de los restos de Israel, ó sea el triunfo de los que habrán permanecido fieles á Dios y seguido la bandera de la Cruz enarbolada por el Gran Monarca:

«Yo levantaré en medio de ellos, dice el Señor, *una señal*, (la santa Cruz); y los que se salvaren... anunciarán mi gloria á las naciones» (c. LXVI).

X

El sentido literal.

Así termina este poema notablemente hermoso, harto poco conocido en literatura porque, generalmente, es mal vertido por los traductores y mal comprendido por los comentadores, estando aún por formar la exégesis católica.

No se escandalicen de estas graves palabras nuestros lectores, que no son nuestras, sino literalmente traducidas de un crítico severísimo, de un escriturario y profetólogo dotado de vastísima erudición, enemigo jurado de toda profecía que no pertenezca al Canon bíblico, enemigo hasta de las Revelaciones de Santa Brígida por tantos Papas y Santos y sabios aprobadas, y sin embargo, amigo imparcial de dejar á un lado ciertas interpretaciones antiguas para dar lugar á otras nuevas mejor fundadas. Este crítico es el abate Leganu; las palabras traducidas son de su *Dictionnaire des propheties et des miracles* (tom. 2.°, pág. 989, edit. Migne), y siguen á ellas dos columnas, cuyos principales párrafos nos importa mucho traducir en confirmación de nuestras opiniones, ya bastante autorizadas por lo que el célebre Padre Vieyra nos dijo en *Luz Católica* sobre *Las novedades del tiempo*. Sigue, pues, el abate:

«Los intérpretes conceden mucha importancia al sentido en que tal ó cual Padre de la Iglesia desvió tal ó cual pasaje de la Escritura, en atención al pensamiento que él tenía entonces; porque esta interpretación truncada, puramente de moralidad ó edificación, y quizá simplemente oratoria, prescinde constantemente del sentido literal».

Cita varios ejemplos de interpretaciones de Santos Padres sobre el último capítulo del mismo Isaías; prueba que el profeta se refería terminantemente á

otras cosas y acontecimientos que dichos intérpretes no tuvieron ocasión de descubrir; indica que muchos de estos acontecimientos se verifican hoy ó se verificarán en tiempos venideros, y añade:

«Para capacitarse del sentido literal, exegético, de un texto, es necesario considerar éste en su conjunto, examinarlo como una obra literaria y prescindir enteramente de todas las glosas que ha motivado, aunque todas, no obstante su diversidad, pueden ser muy buenas en otro concepto, como es el de la edificación de las almas.

«Se acerca, pues, el momento en que la Escritura será estudiada de esta manera y traducida por literatos que buscarán el sentido de la palabra en el conjunto del pensamiento, y no el pensamiento disecado en los elementos de que la palabra se compone».

Esta confesión, en boca del abate Leganu, es de un valor extraordinario. Más de un siglo antes que él lo enseñó y probó con mayor erudición y copia de razones el P. Vieyra.

(*Luz Católica*, núm. 76=20 Marzo 1902).

XI

Cristo, Rey por el Gran Monarca.

(Pasajes del Profeta Isaías).

«El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la fría región de la muerte. Un Niño ha nacido para nosotros y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el Principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin.

»En aquel día será cantado este cántico en tierra de Judá: Sión es nuestra ciudad fuerte; el Salvador será para ella muro y antemural. Abrid las puertas y éntre la gente justa, que observa la verdad.

»Ya se ha disipado el antiguo error: Tú, Señor, nos conservarás la paz, la paz, ya que en Ti tenemos puesta nuestra esperanza. Vosotros (nos dicen los Angeles) pusisteis para

siempre vuestra esperanza en el Señor, en el Señor Dios, que es nuestra fortaleza eterna. Porque Él abatirá á los que se ven sublimados, humillará la ciudad altiva, la humillará hasta el suelo, la humillará hasta reducirla á polvo. La hollarán los pies, los pies del pobre; la pisarán los mendigos.

»En aquel día el Señor, con su espada cortante, y grande, y fuerte, tomará residencia á Leviatán, serpiente gruesa (protestantismo, filosofismo, masonería); á Leviatán, serpiente tortuosa (liberalismo); y matará la ballena que está en el mar de este mundo (política revolucionaria).

»En aquel día arrojará de sí cada uno sus ídolos de plata y sus ídolos de oro; ídolos que os habéis fabricado para idolatrar. Y caerá el Asirio al filo de la espada; pero no espada de hombre, pues la espada que le atravesará, espada será de Dios. Y por el terror vendrán á desfallecer sus fuerzas, y huirán despavoridos sus príncipes. Lo ha dicho el Señor.

»Sabed que un rey (el Gran Monarca) reinará con justicia, y sus magistrados gobernarán con rectitud. Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades, y será como arroyos de frescas aguas en tiempos de sequía, y como la sombra de una alta peña en medio de un páramo.

»No se ofuscarán ya las ojos de los *videntes*, y escucharán con atención los oídos de los que oigan á los *profetas*. Entonces el corazón de los necios entenderá la ciencia, y la lengua de los balbucientes hablará clara y expeditamente.

»El insensato ya no será más llamado príncipe, ni el tramposo tendrá el título de magnate; porque el necio hablará necedades, y su corazón maquinará maldades usando de hipocresía, y hablando de Dios con doblez, y consumiendo el alma del hambriento, y quitando el agua al que muere de sed.

»Las armas de que se vale el impostor son muy malignas, pues está siempre maquinando tramas para perder con mentirosas palabras á los buenos, mientras el pobre habla lo que es justo. Pero el Príncipe que yo os anuncio pensará cosas dignas de un príncipe y velará sobre los caudillos de su pueblo.

»Mujeres opulentas, levantaos y escuchad mi voz; hijas que os perdéis confiando en las riquezas, prestad oídos á mis palabras; porque después de días y de años, vosotras que vivís tan confiadas os hallaréis en turbación, pues ya no habrá más vendimias ni más recolección de frutos. Pasmaos, mujeres opulentas; temblad, vosotras que estabais tan confiadas.

»Espinas y abrojos cubrirán la tierra de mi pueblo, hasta tanto que de lo alto se derrame sobre nosotros el espíritu del Señor, pues entonces el desierto se convertirá en un Carmelo (región fructífera) y el Carmelo en un desierto; y la equidad

habitará en el desierto y la justicia fijará su morada en el Carmelo.

»Y la obra de la justicia será la paz, y el efecto de esta justicia será el sosiego y seguridad sempiterna. Y reposará mi pueblo en hermosa paz, y en tabernáculos de seguridad, y en el descanso de la opulencia.

»Aquel que anda por las sendas de la justicia y habla verdad, que aborrece las riquezas adquiridas con la calumnia y tiene limpias sus manos de todo cohecho, éste es el que tendrá su morada en las alturas; sus ojos verán al rey de los cielos en su gloria.

»No verás ya, oh Príncipe, un pueblo descarado, un pueblo de hablar obscuro, cuya algarabía de lenguaje no puedas entender, el cual carece de toda sabiduría. Tus ojos verán á Jerusalén, mansión opulenta.

»El Señor es nuestro Juez, el Señor nuestro Legislador, el Señor nuestro Rey: Él es el que nos ha de salvar».

«La región desierta é intransitable se alegrará, y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio: fructificará copiosamente y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; se le ha dado á ella la gala del Libano, la hermosura del Carmelo y de Sarón; éstos verán la gloria del Señor y la grandeza de nuestro Dios.

»Decid á los pusilánimes: buen ánimo, no temáis; mirad á vuestro Dios que viene á ejecutar una justa venganza. Dios mismo en persona vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Y la tierra que estaba árida quedará llena de estanques, y de aguas la que ardía en sed. En las cuevas, que eran antes guaridas de dragones, nacerá la verde caña y el junco.

»Habrá allí una senda y camino que se llamará camino santo: no lo pisará hombre inmundo, y éste será para vosotros un camino recto, de tal suerte, que ni aun los más lerdos se perderán en el.

»Examinad atentamente el libro del Señor y leed en él: nada de lo que os anuncio dejará de suceder, ni una sola de estas cosas faltará, pues lo que sale de mi boca Dios me lo ha dictado, y en espíritu mismo ha reunido todo esto».

Sin duda más de cuatro lectores escépticos, ó incrédulos en la aplicación que hacemos de estas profecías sagradas al Gran Monarca, se reirán y tal vez nos compadecerán. Harán mal: tengan la seguridad de que sabemos lo que decimos y de que no poco lo hemos pensado antes de escribirlo.

Es más: podríamos poner aquí pasajes de todos los profetas bíblicos, pues no hay uno sólo que no diga algo referente al Gran Monarca venidero; y si alguien lo duda, puede leer lo que dice el Eclesiástico en elogio del Profeta Isaías, aplicable á los demás Profetas canónicos.

«Vió Isaías, dice, con su grande espíritu profético *los últimos tiempos;* anunció las cosas que han de suceder *hasta el fin de los siglos*».

Por estas y otras razones varios expositores sagrados y no pocos coleccionadores de profecías no han vacilado en atribuir al Gran Monarca muchas grandezas profetizadas de Jesucristo. Adrien Peladan, v. gr., cuya obra *Nouveau Liber Mirabilis* tenemos á la vista, dice en ella, con el criterio que le distingue:

«Toda la Biblia está consagrada al anuncio de Jesucristo y glorificación de su Iglesia; pero hay muchos sentidos figurados que es menester estudiar en los expositores. Además de estos sentidos simbólicos, las escrituras tienen pasajes que atañen especialmente á ciertas épocas, y en particular á los últimos tiempos. Los profetas no se han olvidado de hacer notar este punto esencial en sus revelaciones; así es que el Gran Monarca, cuya existencia tiene una relación tan directa con la Iglesia y la economía general de las sociedades que habrá en su tiempo, es señalado con gran procisión en cien lugares del Libro inspirado: los textos son numerosos».

Esto supuesto, no extrañarán nuestros lectores que el Gran Monarca esté claramente anunciado en varios capítulos del Apocalipsis. Expliquemos solamente el X de dichos capítulos.

XII

El Gran Monarca Rey por Cristo.

(Paráfrasis del cap. X del Apocalipsis) (1)

I.—*Y vi otro Angel,* un Gran Monarca, un enviado de Dios para regenerar el mundo; *Angel fuerte,* por su

(1) Compendio de todo cuanto los Profetas anuncian del Gran

fe, su celo, su doctrina, su constancia, su ingenio, su saber, su fortaleza y su poderío; *Angel fuerte,* porque Dios estará con él para que venza por las armas á todos los tiranos, todas las repúblicas, todos los cismas y herejías, y someta el mundo á su imperio, que será el de Cristo reinando en la sociedad; Angel que bajaba del cielo, esto es, de la Iglesia Católica: primero porque en castigo de sus pecados será humillado ante ella, y segundo porque pertenecerá á la Jerarquía eclesiástica; de la cual, convertido con la eficacia de San Pablo, bajará á ceñirse la espada en nombre del Dios de los ejércitos que le envía después de haber luchado con la pluma. Baja de la Iglesia envuelto por una nube de obscuridad, de humildad, de abnegación, de misterio y de secreto, para que sea abatido y no conocido hasta que llegue el día señalado.

Vi en su cabeza un arco iris, prenda de la paz que ha de dar á los hombres, señal de reconciliación con Dios y manifestación espléndida de la sabiduría con que hará contribuir al reinado de la paz y la justicia todas las ciencias, todos los adelantos y progresos. *Su rostro era como el sol,* en lo cual vi significado el esplendor de su justicia, de su gloria imperial, de su inteligencia y su saber, de su celo por la Religión y la Patria, de su caridad para con los frágiles y de la supremacía con que en todo brillará entre todos los príncipes del mundo, que serán sus aliados ó vasallos.

Sus pies eran como dos columnas de fuego, porque en lenguaje bíblico los pies significan la extensión y poderío de un imperio, y porque este embajador celestial, ardiente y brillante por su fe y su ciencia, como la columna de fuego que guió á Israel, será con su imperio guía y firme sostén de la Iglesia y de la paz universal.

II.—*Y tenía en su mano un librito abierto,* esto es,

Monarca, especialmente el Venerable Holzhauser en el capítulo X de sus autorizadísimos y proféticos *Comentarios sobre el Apocalipsis*

los Cánones y decisiones de un Concilio Ecuménico, continuación del Concilio del Vaticano, que se celebrará por iniciativa y poder de este Gran Monarca, especialmente para reformar al Clero, y cuyas disposiciones hará cumplir con todo rigor: por lo cual se dice que tiene el librito en su mano.

El libro es pequeño, *librito*, no por lo que contiene, sino por su poco volumen, pues en poco texto abarcará mucho y será más claro que los Concilios pasados, especialmente por la reforma que hará y llave que dará para interpretar las Sagradas Escrituras; y asimismo sus frutos, con harto menos trabajo, serán mayores que los de todos los Concilios: por todo esto se dice que el librito está *abierto*.

Representa también este librito el Apocalipsis, cuya parte histórica será perfectamente explicada por obra del Monarca sabio y poderoso, y las profecías de los siervos de Dios, que son meros comentarios apocalípticos; y asimismo representa la constitución ó ley fundamental que dará á su pueblo y al mundo para extirpar de raíz los males pasados.

Y puso el Angel su pie derecho sobre el mar, en señal de que sus flotas lo dominarán de polo á polo, venciendo con poco aparato de naves, pero con fuerza incontrastable, todas las armadas enemigas; *y su pie izquierdo sobre la tierra*, porque en ésta no ha de dominar sin que preceda su poderío naval, y porque siendo su fuerza menor en tierra que en mar, por tierra será más acometido y le costará más trabajo dominarla; pero la dominará con el auxilio de Dios, según se ha dicho al declarar que por los pies se entiende la extensión y el poderío de un imperio.

La dominará, sobre todo, en virtud de la Santa Cruz que llevará en sus banderas. Cruzados serán sus ejércitos; la Cruz será su guía y su fuerza, de ella recibirá el poder contra todas las potestades del infierno y del mundo contra él conjuradas, y este es otro

de los sentidos que encierra el librito que lleva en la mano, pequeño en apariencia y grande en virtud.

Puso su pie derecho sobre el mar, el pie más fuerte; y el más débil, ó *el izquierdo, sobre la tierra*, porque aquí el mar significa la impiedad de todo género, movible y tempestuosa y difícil de dominar, y tierra significa la parte buena de los hombres, sólida y fácil de recorrer, por lo cual basta para ella el pie izquierdo.

III, IV.—*Y clamó con una voz grande, á manera del león cuando ruge.* Es decir, que una vez que empiece á reinar en su pueblo, y aun antes, clamará enérgicamente contra todas las podredumbres políticas, sociales y religiosas, declarando guerra implacable á todo mal. Su voz, como el rugido del león, que simboliza la Patria de este Monarca, llenará de terror á los malos, como el rugir del león aterroriza las fieras del desierto, por lo cual todos los precitos se conjurarán contra él.

Asimismo esta gran voz representa los edictos y leyes que dará y hará ejecutar en beneficio de la Fe Católica y de la sociedad civil, con rabia y espanto de los malos.

Y así que hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces ó estallaron, esto es, estalló la voz de los siete pecados capitales por boca de los impíos, que tratarán de resistirle por todos los medios, levantando contra él una horrible tempestad de odios, calumnias y asechanzas, y volviendo en guerra contra él las siete armas con ayuda de los siete demonios ó siete cabezas de la bestia; pero todo inútilmente, porque el Monarca fuerte será en todas las cosas protegido por el Dios de los ejércitos que le dará la victoria.

Y así que los truenos hubieron estallado, iba yo á escribir lo que dijeron, y oí una voz del cielo que me dijo: sella lo que han hablado los siete truenos; escribe que han hablado, sí; pero lo que han dicho *no quieras escribirlo*, porque no conviene se descubran antes de

hora los secretos que atañen á la repentina aparición del Gran Monarca y la furiosa persecución que padecerá; no conviene se disipe la nube en que viene envuelto, y menos que se divulgue el modo como aterrará á los malos con siete truenos correspondientes á las siete edades, y á los siete candelabros ó espíritus de Dios, y á las siete principales virtudes con que combatirá los siete vicios.

Por otra parte, así que todos los impíos y tiranos á una se conjuren como una tempestad contra el Gran Monarca, y le denigren con sus diatribas y calumnias, y preparen contra él todas las armas, los fieles vasallos y todos los amigos de este Príncipe querrán defenderle por escrito, y él mismo quedará afligido de tanta infamia; pero *una voz del cielo*, esto es, de la Iglesia, la voz del Papa legítimo, dirá á unos y otros: no os aflijáis, no os conturbéis, despreciad la mentira, tenedla por lo que vale, y preparaos á rechazar la fuerza bruta con la fuerza santa para que triunfe la Causa de Dios; y entonces,

V, VI, VII.—*El Angel que vi estar sobre el mar y sobre la tierra*, el Gran Monarca cuya dominación universal empezaba, *levantó su mano al cielo*, de donde le venía su gran poder, lo mismo que su autoridad, y lleno de celo por su Dios ultrajado y por el bien de su Patria y del mundo todo, lleno de ardor por el triunfo de la fe y de la ciencia, *juró por el que vive en los siglos de los siglos y crió el cielo y lo que hay en él, y la tierra y cuanto hay en ella, y el mar y cuanto él contiene, que ya no habrá más tiempo* para los enemigos de Cristo, cuyos días están contados. Contra ellos se lanzará con ímpetu incontrastable por aire, tierra y mar, testigos de su grandioso juramento; acabará con todas las herejías, con todos los errores, con todas las sectas, con todos los corruptores y todos los tiranos.

No; *ya no habrá más tiempo* para que se cometan los males sociales y religiosos que corrompieron y en-

sangrentaron las edades pasadas, sino que todos serán echados al infierno; porque si bien los males surgirán de nuevo al fin de la edad sexta ó del Gran Monarca, ó sea *en los días del séptimo Angel, cuando éste empiece á sonar su trompeta*, ya no será para que dominen por siglos las naciones como antes, sino por el breve tiempo del Anticristo; y de esta suerte *se consumará el misterio de Dios*, esto es, lo que Dios nos ha *anunciado por sus siervos los profetas*, tan menospreciados de esta generación incrédula y frívola.

Después de lo cual habrá todavía un tiempo, cuya duración no se sabe, y que algunos extienden á mil años, no con el espíritu herético de los milenarios, sino con espíritu de verdad y de fe.

Se consumará el misterio de la acción de Dios en los siglos pasados cuando el séptimo Angel *empiece* á tocar la trompeta; no se sabe cómo será después el mundo, ni cuánto durará, pues el ángel no hace más que *empezar*. Ni siquiera los ángeles del cielo saben cuándo será el día en que Dios juzgará al mundo.

VIII, IX, X.—Así que el gran Monarca triunfe de todos los enemigos del orden, consagrará todos sus esfuerzos al esplendor del librito abierto que en su mano lleva. Por eso yo, representando toda la Iglesia militante, *oí la voz del cielo que hablaba otra vez conmigo y decía: Anda y toma el libro abierto de la mano del Angel que está sobre la mar y la tierra.* El Pastor Angélico, un Pontífice santísimo, pronunciará las alabanzas de su hijo el Monarca fuerte, lo coronará Emperador de Oriente y de Occidente, y sancionará las grandes reformas debidas á este Emperador universal, mandando severamente que sean de todos aceptadas; reformas no sólo eclesiásticas, sino sociales en todos los ramos de la vida, la ciencia y el arte, las cuales serán recibidas por los hombres de mano del Monarca por Dios enviado, esto es, impuestas por su poder para la felicidad de todos los hombres.

Fuí, pues, al Angel, pidiéndole que me diera el libro, como irán todos los fieles, pues entonces todos serán fieles, y me dijo: *Tómalo y devóralo, y llenará de amargura tu vientre,* esto es, tu carne, tus pasiones, tu naturaleza corrompida, tus miembros pecadores; *pero en tu boca será dulce como la miel,* quiere decir, será dulce á tu espíritu, á tu fe, á tu celo por la gloria de Dios, á tus miembros justos, porque la doctrina pura, la moral santa, tanto son amargas para los malos como dulces para los buenos.

Tómalo y devóralo es mandato imperativo, porque mandato será y no consejo aquel por el cual se imponga este libro á los hombres. Y en verdad, *entonces recibí el libro de mano del Angel y lo devoré,* esto es, lo estudié y practiqué con santo afán, *y era en mi boca dulce como la miel; pero así que lo hube devorado, quedó mi vientre lleno de amargura,* quedaron mis concupiscencias abatidas, con gran pena de mi parte inferior.

XI.—*Y me dijo* el Angel: *es necesario que de nuevo profetices á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes.* «No se ha hecho esta paz para que estemos ociosos, dirá el Gran Monarca; es menester que de ella se aprovechen los ministros de Dios para llevar la luz del Evangelio á los países más apartados y desconocidos, para que de todo el mundo se forme un solo rebaño y un solo pastor.

«Id y evangelizad: dulce como la miel es la paz, dulce el descanso después de las fatigas pasadas, y amargo y duro el trabajo en tan lejanos países; dulce la felicidad social y religiosa de que gozamos, y amargo y terrible el tiempo que á esta época seguirá; pero tanto mayor debe ser vuestro afán por el arraigo de la verdad y la evangelización de todo hombre, cuanto mayores fueron los estragos que pasaron y más temibles se presentan los que han de acompañar al Anticristo.

»Mucha es la labor que nos queda: *es necesario se-*

guir profetizando á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes; vosotros con la Cruz y la palabra, yo con la Cruz y la espada».

Asimismo aquel Monarca sabio hará que todas las ciencias sigan profetizando, esto es, descubriendo con nuevas y espléndidas razones su absoluta conformidad con la Fe. El Dios de las ciencias las bendecirá, y nunca el progreso humano habrá tenido tal período de desarrollo. Los inventos que se harán exceden ahora toda previsión.

Así, con este admirable acuerdo, procederán entonces la Iglesia, la Ciencia y el Imperio.

Este es el Gran Monarca español anunciado por San Isidoro, San Vicente Ferrer, Santa Brígida, San Alfonso Rodríguez, San Nicolás, cien otros santos y las Sibilas; éste el gran Crucífero y fundador de la orden religioso-militar de los Crucíferos, profetizado por San Francisco de Paula y mil profetas más; éste *El hombre que se necesita* y por el cual todos claman hoy; éste el Restaurador de todo en Cristo; éste el Padre de los pobres y protector de los desvalidos; éste el que ha de llevar la Patria á la cumbre de la gloria, el Estado á la cumbre de la grandeza política, la Nación á la cumbre del poderío, el Pueblo á la cumbre de la felicidad posible en esta vida. Este es el Gran Monarca que Dios nos guarda, objeto de las profecías más estupendas; éste es el Gran Españolista. ¡Cuándo vendrá el Gran Españolista! *Mitte, Domine, quem missurus es...*

(*Luz Católica*, núm. 14=3 Enero 1901).

XIII

«Ima summis».

Por lo dicho hasta aquí se ve claro que la cuestión del Gran Monarca, lejos de ser cosa de ilusos

como dicen mil ignorantísimos *suistas*, es interesantísima, muy seria, muy trascendental, muy digna de que los españoles la estudiemos mejor que nadie.

Entre las mil profecías que lo anuncian, ya canónicas, ya simplemente aprobadas, hay muchas que emplean palabras muy categóricas. Supongamos que todas las segundas son falsas excepto una cualquiera. Pues bien: esa nos basta para creer firmemente en el Gran Monarca. El que ni esa admite, á la tercera consecuencia de su negación incurre en herejía.

Gran motivo de error es la idea que del Gran Monarca tienen los que se han desdeñado de estudiar el asunto, pues se figuran que, de venir, vendría con el estupendo aparato con que los judíos esperaban que viniese el Mesías; y si se le espera viniendo así, tienen ellos razón en decir que son unos ilusos los que tal cosa creen; pero debiendo venir pobre, humilde, desconocido y calumniado á imitación de Jesucristo, síguese que los verdaderos ilusos son esos temerarios que nos censuran porque no conciben Gran Monarca sin que aparezca del mismo modo que los judíos esperaban á su Mesías.

El Gran Monarca tiene que empezar á ser grande por la pequeñez, como Jesucristo. Debe ser relativamente pobre como Él, perseguido como Él, calumniado como Él, tan mal reputado como Él, despreciado como Él, abandonado hasta de los suyos como Él, por las razones incontrastables que de todo esto damos en este capítulo, por las que hemos dado cien veces, y señaladamente por las que dimos en nuestra *Meditación* del día de Navidad (V. *Revelación de un Secreto*).

El Gran Monarca debe, siempre relativamente, abrazarse con la pobreza como el Divino Monarca, pudiendo tener inmensas riquezas como Él; y á veces, cuando haya de pagar, no tendrá con qué, si no lo saca del vientre de un pez como lo sacó Él.

El Gran Monarca debe, relativamente, ilustrar

con su doctrina como el divino Maestro antes de obrar la regeneración; debe ser, según nos probó Esdras, profeta de sí mismo como San Vicente Ferrer y como Él; debe tener pocos discípulos como Èl; debe su doctrina ser despreciada como la de Èl; debe encenderse de santa ira contra los mercaderes del Templo y los escribas y fariseos como Él; debe ir contra las corrientes del tiempo como Él y ser tenido por endemoniado, como Él; debe ser duro con los maliciosos y los hipócritas como Él y manso y perdonador con los frágiles, como Él; debe hacer de las ocho bienaventuranzas un programa como Él y anunciar á los grandes el abatimiento del orgullo, como Él; debe ser traicionado como Èl y padecer moralmente pasión y muerte como Él; sin eso no resucitaría triunfante, ni se cumpliría en él esta sentencia del divino Modelo:

«Si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, él solo se quedará; pero si muere germinará y dará mucho fruto» (Jo. XII, 24). «El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, el cual es á la vista menudísimo entre todas las semillas; mas en creciendo, viene á ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas». (Matth. XIII, 31, 32).

Con los profetas, con la filosofía, con la historia, con el parecer de santos y de sabios, de mil maneras y en mil ocasiones hemos demostrado todo esto. Si alguien lo duda y es hombre de conocimientos que pueda discutir, replíquenos y contestaremos.

Y hemos demostrado más, esto es, que el Gran Monarca será español, Rey de España, aunque probablemente no querrá ser llamado Rey ni tendrá corte de tal como las de hoy; y que tal vez sin ejercer, será sacerdote *secumdum ordinem Melchisedech*, el cual era sacerdote y Rey, como lo son los Papas y como lo fueron Ramiro, Casimiro y otros; y que será desconocido y muy probablemente empezará á darse á conocer en Valencia y luégo pondrá su casa en Barcelona; y que hay multitud de fechas y de señales infalibles,

que dimos y daremos á conocer, que prueban terminantemente como el Gran Monarca debe aparecer en nuestros días y no más tarde. Si alguien, repetimos, lo duda y es hombre de conocimientos que pueda discutir, replíquenos y contestaremos.

¿Sabe él ya, al presente, si está llamado por Dios á ser el Gran Monarca? Indudablememente debe saberlo, aunque ningún ángel se lo haya dicho. En ese caso, ¿por qué no lo descubre, para que los españoles que creen en su venida se agrupen en torno suyo y empiece la regeneración?

La regeneración empezó ya; pero en cuanto á descubrirse él, los que en esto reparan deben primeramente decirnos por qué el divino Monarca Redentor del mundo no dijo nunca quién era, á no ser de un modo que no fué creído ni entendido. Es más; á los demonios expulsados de los posesos prohibió que lo dijesen, y cuando por algún milagro se le podía descubrir, mandaba á los favorecidos que no divulgasen el milagro.

Necesario es que hasta en eso sea el Gran Monarca semejante al divino Monarca. En lo que no será semejante á Él es en el pecado, pues escrito está que el Gran Monarca ha de ser muy pecador en algún tiempo; pero aun así tendrá cierta semejanza con Jesús, pues Éste fué, cuanto á la satisfacción, tan pecador como supone haber cargado con todos los pecados del mundo.

Se parecerá al divino Rey este rey de España hasta en su penitencia, pues según hemos visto en otras ocasiones con los profetas, hará penitencia en un desierto. Hízola el Señor, no por sus pecados, que ninguno podía tener, sino por los ajenos, durante cuarenta días y antes de empezar su vida pública; y el Gran Monarca la hará por los ajenos y los propios antes de declararse tal, orando y ayunando del modo que ya nos descubrió el profeta Esdras.

Más aún: para ser coronado Emperador por el Sumo Pontífice del modo que los profetas anuncian, no tomará una corona de oro y piedras preciosas, sino de espinas, en honor del divino Rey que con espinas fué coronado; y al fin, después de una vida sorprendente en todo género de bienes y legítimas grandezas, morirá en Jerusalén como Cristo Rey, haciéndole entrega del Imperio para que Él mismo en persona lo rija durante el nuevo estado de cosas que seguirá á la derrota del Anticristo, monstruo que entonces habrá levantado ya la cabeza.

En fin, tantas semejanzas tendrá con Cristo Rey el Gran Rey prometido, que los profetas llenan muchas páginas hablando de esto, y como ya vimos, el Venerable Padre Vieyra le llama *Vicecristo*, ó sea *Vicario temporal de Cristo, como el Papa lo es en lo espiritual*; pero lo será empezando, como su divino Modelo, por todas la humillaciones y penas que requiere lo elevado de su misión, en la que se concilia lo más alto de esta vida con lo ínfimo de ella, el mayor abatimiento con la mayor elevación: *in se concilians ima summis*.

Lo que derriba la estatua colosal de los sueños del tirano, no es una roca desprendida, es una piedrecita pequeña, y porque era pequeña y de tan gran virtud creció después y llenó el mundo. He ahí una perfecta imagen del Gran Monarca, como lo fué de Jesucristo Rey.

Repitamos un pasaje sobre su grandeza. Magnol, dice Peladán, escribió un libro lleno de ciencias sobre la cuestión que ventilamos: es *Le Triomphe de Jesus-Christ et de son Eglise* (París, 1818). Después de abundantes citas sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, Magnol concluye de este modo:

«¿Quién será este servidor de Cristo, este hombre privilegiado que ha de ejercer en la tierra la justicia y la misericordia de Dios, que no hace más que hablar y las cadenas se rompen, las cárceles se abren, los cautivos recobran la libertad, los pobres son dichosos, los impíos y sus jefes son con-

fundidos, pulverizados, consumidos, la abundancia sucede á la carestía, los bienes y herencias usurpados son restituídos, los fieles son colmados de gracias?

»Sin concluir nada de estas cosas, yo comparo; yo procuro saber si conviene al mismo personaje lo que se ha escrito del Santo de los Santos, que debe ser consagrado después de las setenta semanas (Dan. IX); lo que del sucesor de Sobna y de Eliacim, prometido para que sea el padre de los fieles (Is. XXII).

»Y pienso en el hijo varón que Sión da á luz en medio de sus dolores (Is. LXVI); en el gran Sacerdote Jesús, que es elegido, revestido y adornado con hábitos nuevos y tiara, no obstante la oposición de Satanás (Zach. III); en el hijo varón de la mujer del cap. XII del Apocalipsis; en aquel de quien Esdras habla bajo el símil de un león y de un aliento reservado por el Señor para el fin. Yo considero que el Señor llama á éste su siervo del Occidente, y él viene del Oriente, y hasta su nombre mismo es Oriente. (Is. LVI)».

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

XIV

Misión del Cristo.

Por consecuencia de todo lo sentado en este capítulo, pueden aplicarse á la misión del Gran Monarca, *servatis servandis*, los siguientes textos evangélicos, cuyo primer sentido se refiere á la misión de Jesucristo:

«Andaba Jesús por Galilea, porque no quería ir á Judea, visto que los judíos procuraban su muerte; mas estando próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos, sus parientes le dijeron: Sal de aquí y vete á Judea, para que también aquellos dicípulos tuyos vean las obras que haces, puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido; ya que haces tales cosas, date á conocer al mundo. Y era que todavía sus parientes no creían en Él.

»Jesús, pues, les dijo: Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros; á mí sí que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Vosotros id á esa fiesta; yo no voy á ella todavía, porque mi tiempo no se ha cumplido. Dicho esto, se quedó en Galilea.

»Pero después que marcharon sus parientes, Él también se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto. En efecto, los judíos buscábanle en el día de la fiesta y decían: ¿Dónde está aquél? Y era mucho lo que se susurraba de Él entre el pueblo, porque unos decían: sin duda es hombre de bien; y otros al contrario: no, sino que trae embaucado al pueblo. Pero nadie osaba declararse públicamente á favor suyo, por temor de los judíos.

»Hacia la mitad de la fiesta, subió Jesús al Templo y púsose á enseñar, y maravillábanse los judíos diciendo: ¿Cómo sabe éste las sagradas Letras sin haber estudiado? Respondióles Jesús:

»Mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Éste, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. *Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz*, y no hay en él injusticia. ¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y con todo eso, ninguno de vosotros observa la Ley? Pues ¿por qué intentáis matarme?

»Respondió la gente y dijo: Estás endemoniado; ¿quién es el que trata de matarte? y Jesús prosiguió diciéndoles:

»Yo hice una sola obra, y todos lo habéis extrañado... No juzguéis por las apariencias; juzgad por un recto juicio.

»Comenzaron entoces á decir algunos de Jerusalén: ¿No es éste á quien buscaban para darle la muerte? Y con todo, vedle que habla públicamente y no le dicen nada. ¿Será que nuestros príncipes han reconocido ser el Cristo? Pero no, porque éste sabemos de dónde es; más *cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen*. (Joan., VII).

»Replicáronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo; y así tu testimonio no es idóneo. Respondiéndoles Jesús:

»Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe; porque yo sé de dónde he venido y á dónde voy, pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni dónde voy. Vosotros juzgáis de mí según la carne; pero yo no juzgo así... Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.

»A esto respondieron los judíos diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano y que estás endemoniado? Y Jesús les respondió:

«Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado á mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay qne la promueve, y él me vindicará» (Joan., VIII).

(*Luz Católica*, núm. 36=6 Junio 1901).

XV

Dos reinados de Jesucristo.

Pensamos traducir y comentar el IV libro de Esdras; adelantaremos la traducción del final del capítulo II, que dividiremos en dos partes, sin poner comentarios, porque serían inoportunos y quizá contraproducentes.

Habla la primera parte de la paz que dará el Gran Monarca, lugarteniente de Jesucrito en lo temporal; de la santidad de aquellos que tendrán la dicha de vivir bajo su reinado, á los cuales dará el descanso de la eternidad del tiempo, esto es, la paz eterna de los Santos que en lo humanamente posible gozarán ya en el tiempo; del número de los escogidos ó señalados, cuyo complemento será la señal de que se acaba la tercera generación y viene la cuarta con la muerte del Anticristo y juicio del siglo; etc., etc.

Es de notar que Esdras se coloca claramente en nuestros tiempos para formular sus profecías, como si hoy mismo estuviese hablando, según él mismo indica y creemos haber probado. Y recibe en el monte de Oreb la orden de profetizar; no Horeb, donde el Señor habló á Moisés desde la zarza en llamas, sino de Oreb, nombre de un madianita muerto por los hijos de Israel, y cuyo múltiple significado conviene á lo que pasa en nuestros días. Uno de sus primeros significados es *cuervo*, el cual representa al Gran Monarca en las profecías del B. Joaquín y de San Anselmo *(Luz Católica*, núm. 18). Y es notable que la palabra *cuervo*, en más de un idioma, da con todas sus letras el apellido de una persona conocida.

A seguido de anunciar el imperio de Jesucristo en la cuarta generación, preparado por el del Gran Mo-

narca, pasa Esdras súbitamente á describir la victoria con que empezará aquel imperio, contando la visión que en el monte Sión ha tenido.

Conviene en muchos puntos con las visiones apocalípticas de San Juan, á veces hasta literalmente, de modo que este libro, y en especial la parte del capítulo que vamos á traducir, explica pasajes obscurísimos del Apocalipsis.

De todas maneras, puesto que se refiere á la cuarta generación y á las cosas del imperio del Gran Monarca que dicen relación á aquélla, aconsejamos á nuestros lectores que tengan presente el estudio de nuestro número 37, titulado «La Cuarta Generación ó el Reino de Cristo en el tiempo y la eternidad», pues tal vez sólo así podrán comprender algo de lo que nos va á decir Esdras.

Reinado social de Jesucristo durante el Gran Monarca.—«Yo, Esdras, recibí del Señor en el monte Oreb la orden de ir á hablar á los hijos de Israel; y como me presenté á ellos, me reprobaron, y despreciaron el mandato del Señor. Por lo tanto, á vosotros, los que escucháis y entendéis, os digo:

»Esperad á vuestro Pastor; él os dará el descanso de la eternidad, porque muy cerca está ya aquel que debe venir al fin del siglo. Preparaos para recibir los premios de su reino, porque brillará para vosotros una luz perpetua, durante la eternidad del tiempo. Huíd de la sombra de este siglo; recibid la alegría de vuestra gloria.

»Yo doy público testimonio de mi Salvador. Recibid el don que se os ha confiado y regocijaos, dando gracias á Aquel que os llamó á los reinos celestiales. Levantaos, permaneced firmes y considerad el número de los señalados para el convite del Señor.

»Los que se apartaron de la sombra del siglo recibieron del Señor túnicas esplendentes. He aquí, Sión, tu número completo; cierra ya el número de los hijos que deseabas; ruega al imperio del Señor que se santifique el pueblo que fué llamado desde el principio».

Reinado temporal de Jesucristo desde el fin del siglo hasta el fin del mundo.—«Yo Esdras ví en el monte Sión una gran muchedumbre que no pude contar, y todos alababan con cánticos al Señor. Y en medio de ellos había un joven excelso de estatura, más eminente que todos ellos, imponiendo en la cabeza

de cada uno de ellos sendas coronas, con lo cual era aquél más exaltado.

»Estaba yo asombrado viendo este milagro. Entonces pregunté al Angel y le dije: ¿Quiénes son estos, Señor? El cual me respondió: Estos son los que depusieron ya su túnica mortal y tomaron la inmortal y confesaron el nombre de Dios; ahora son coronados y reciben la palma del triunfo.

»Y dije al Angel: ¿Quién es aquel joven que les impone las coronas y les reparte las palmas? Y me respondió: *Es el Hijo de Dios á quien confesaron en el siglo.*

»Yo empecé á magnificar á los que tan fuertes se mantuvieron por el nombre del Señor, y entonces me dijo el Angel: Ve y anuncia á mi pueblo cuántas y cuáles maravillas del Señor Dios has visto».

(*Luz Católica*, núm. 64=26 Diciembre 1901).

XVI

¡Venga á nos el tu reino!

(Isaías, cc. IX-XII).

«Un Niño ha nacido para nosotros, un Hijo se nos ha dado, el cual lleva sobre sus hombros el Principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de paz.

»Su imperio será amplificado y la paz no tendrá fin, y poseerá su reino para afianzarlo y consolidarlo, haciendo reinar la justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará estas cosas.

»Entretanto, el Señor hará que los enemigos prevalezcan contra Rasín y reunirá en tropel á los enemigos contra Efraím, y llenos de rabia devorarán á Israel. A pesar de todo esto, no se retira el furor del Señor, sino que aun está levantado su brazo, porque el pueblo no se ha convertido al que le hiere, no ha buscado al Señor de los ejercitos.

»El Señor destruirá en un solo día la cabeza y la cola, así á los que obedecen como á los que gobiernan. El anciano y el hombre respetable, ese es la cabeza; el profeta que vende embustes, ese es la cola. Y tanto los que llaman bienaventurado á este pueblo, seduciéndole, como los mismos que son llamados bienaventurados, perecerán desgraciadamente.

»Porque la impiedad se encendió como fuego que devora

las zarzas y las espinas, y toma vigor en lo más espeso del bosque, y se eleva en torbellinos de humo densísimo. El pueblo será como cebo del fuego; el hombre no perdonará á su propio hermano.

»¡Ay de los que establecen leyes inicuas, y escriben continuamente sentencias de injusticia, para oprimir á los pobres en juicio y hacer violencia á los desvalidos de mi pueblo! ¿Qué haréis en el día en que se os tomará residencia, y en la calamidad que viene de lejos? ¿A quién acudiréis para que os ayude? ¿Dónde dejaréis vuestra grandeza?

»He aquí que el Soberano Señor de los ejércitos estrellará con ímpetu el vaso de tierra, y los de agigantada estatura serán desjarretados, y los sublimes serán abatidos. Y la espesura del bosque será cortada con el hierro, y caerá el Líbano con sus altos cedros.

»Y saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor; estará lleno del espíritu del temor de Dios. No juzgará por lo que aparece exteriormente á la vista, ni condenará sólo por lo que se oye decir, sino que juzgará á los pobres con justicia y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra. El cíngulo de sus lomos será la justicia, y la fe el cinturón con que ceñirá su cuerpo. El conocimiento del Señor llenará la tierra, como las aguas llenan el mar. Y enarbolará un estandarte (la Cruz) entre las naciones, y reunirá los fugitivos de Israel.

»Y dirán en aquel día: Te daré alabanza, Señor, porque estabas enojado conmigo, y se alejó tu furor y me has consolado. He aquí que Dios es el salvador mío: viviré lleno de confianza y no temeré, porque mi fortaleza y mi gloria es el Señor, y él ha tomado por su cuenta mi salvación».

Esto, lectores, no es sólo profecía de Cristo; lo es también del *Monarca venidero.*

(*Luz Católica*, núm. 13=27 Diciembre 1900).

XVII

Si Cristo es Rey temporal.

Un reformador del INRI.—Sto. Tomás convicto de herejía.—Un Canónigo que da la razón á los judíos.

Pues señor, vivir para ver.

Todo un señor canónigo, y secretario por lo visto, ha dicho en redondo y en letras de molde que Cristo no es Rey temporal. No sólo eso, sino que es herejía el afirmarlo. Enhorabuena que sea Rey eterno allá en el cielo y aun Rey *espiritual* del mundo; pero Rey temporal que puede destronar al Czar de Rusia ó al Emperador de Alemania y decir al de España con qué Ministros y con qué leyes se debe gobernar... eso jamás. ¡No nos faltaba más que la *cristo-cracia!* Nada, nada, que hay que llamar á Pilatos y decirle que reforme el título de la Cruz: que no escriba «Jesús Nazareno, *Rey de los Judíos»;* que ponga, si quiere, «Rey de los Angeles» ó «Rey de los Curas»; pero «Rey de los liberales, digo, de los judíos», eso es insufrible. ¡Que se borre!

Lo malo es que Pilatos fué tan testarudo é inconstitucional, que no hubo medio de apearlo: *Quod scripsi; scripsi;* lo dicho, dicho.

Pero, señor canónigo, ya que no admite V. el testimonio de Pilatos por no ser teólogo, ¿no admitirá usted los de San Jerónimo, San Agustín y Santo Tomás? Pues vea nada más que el epígrafe del cap. XIII *de Regimine Principum: «De Monarchia Christi et de Octaviano Augusto, quomodo gessit vices Christi»;* y el XIV *de Monarchia Christi, quo tempore cœpit.*

En este sentido interpretan San Agustín y San Jerónimo y otros estas palabras de Cristo:

«Se me ha dado todo poder en el cielo y en *la tierra*». Es

claro que como Dios ya lo tenía; luego se ha de entender en cuanto hombre, que por eso lleva «escrito en su muslo» (es decir, en su humanidad) *Rey de Reyes y Señor de los que dominan*».

En fin, señor canónigo, abra V. el tomo 18 de la Obra inmortal del P. Suárez, lea (Disputatio XLVIII) *De temporali Regno Christi Domini*, y verá que el tipo de Cristo fué Melchisedech, Sacerdote y *Rey temporal* al mismo tiempo, y explicando el *Data est mihi omnis potestas, etc.*, concluye terminantemente: el que dice *toda potestad*, no excluye *ninguna* que pueda tener un hombre.

Por consiguiente, tampoco se ha de entender de hecho el poder espiritual, y eso nadie lo niega. Lo que hay es que ese poder temporal es mucho más excelente que el de los Reyes del mundo; primero, porque no lo debe á la elección ni al sufragio universal; segundo, porque no hay quien sea capaz de destronarlo, y en este sentido se puede decir que es eterno; y en fin, porque es Rey de todos los Reyes del mundo y aun de los mismos Angeles.

¡Ah señor canónigo! ¿Tododavía no se ha hecho usted cargo de que esa es precisamente la gran cuestión que divide el campo de Satanás del campo de Cristo, y Jerusalén de Babilonia? De buen grado le concederán á V. los liberales que Cristo reine y gobierne allá en lo más alto de los cielos, con tal que para nada se meta con los poderes de la tierra. Y á más llega su generosidad. No tienen inconveniente en reconocer el reino *espiritual* de Cristo y que pueda conceder indulgencia y hasta perdonar pecados, con tal que no les toque la soberanía temporal. Eso no: Dios en el cielo y nosotros en el mundo. *Nolumus hunc regnare super nos.*

Este es el grito que une á todos los liberales. Pero tendrán que tragarlo, pues Él mismo lo dijo: *Reinaré en España*... Pero ¿es que no reinaba como Dios y espiritualmente el año 1733 en que lo dijo, cuando teníamos Unidad Católica en España? Luego se ha de

entender de otro Reino temporal, mundano, *cósmico*, como dicen los Santos Padres.

Lo que hay es que este Reinado puede ejercerlo personalmente ó por otro Rey que sea verdadero representante suyo. Y no sólo en España, sino en todo el mundo, pues explicando el mismo Corazón de Jesús al P. Hoyos aquella palabra del Profeta en el salmo 71: «*Le adorarán todos los Reyes de la tierra y todas las naciones le rendirán vasallaje*», le hizo ver en espíritu «aquellos felices tiempos en que se cumplirá esta profecía poco antes de la venida del Anticristo».

Y no nos venga con las extravagantes de Juan XXII el señor canónigo, si antes no sabe leerlas.

Y aquí hago punto final hasta ver qué contesta á estas razones.

(*Luz Católica*, núm. 113=4 Diciembre 1902).

XVIII

El Padre Eterno á un Sr. Canónigo algo atrasado de noticias. (1)

"Crudelis *Vindex* Dominum.
"Regem venire ¿quid times?

«Como Padre y Maestro tuyo quiero responder á tu duda y enseñarte en tu ignorancia. El fin principal y legítimo del decreto que tuve, de comunicar mi divinidad en la Persona del Verbo unido hipostáticamente á la humana naturaleza, fué la gloria que de esta Comunicación había de redundar para mi Nombre y para las criaturas capaces de la que yo les quise dar. Y este decreto se ejecutaría sin duda en la Encarnación, *aunque el primer hombre no hubiese pecado;* porque fué decreto

---

(1) Suponemos que el buen *Vindex*, siendo tan *sabido*, sabrá de qué obra son los párrafos siguientes.—*N. del editor*.

expreso y sin condición en lo sustancial, y así, debía ser eficaz mi voluntad, que en primer lugar fué comunicarme al alma y humanidad unida al Verbo. Y vista la caída del linage humano, determiné con decreto expreso que el Verbo viniese en forma pasible y mortal, para redimir su pueblo, de quien era cabeza...

»Y para que mejor entiendas la respuesta de tu duda, debes advertir que, como en mis decretos no hay sucesión de tiempo, ni yo necesito de él para obrar y entender, los que dicen que encarnó el Verbo para redimir al mundo, dicen bien; y *los que dicen que encarnara, si el hombre no pecara, también hablan bien*, si con verdad se entiende: porque si no pecara Adán, *descendiera del cielo* en la forma que para aquel estado conviniera; y porque pecó, tuve el decreto segundo, que bajara pasible; porque visto el pecado, convenía que lo reparase en la forma que lo hizo.

»Y si deseas saber cómo se ejecutaría este misterio de encarnar el Verbo, si *conservara el hombre el estado de la inocencia*, advierte que la forma humana fuera la misma en la sustancia; pero con el don de la impasibilidad é inmortalidad (cual estuvo mi Unigénito después que resucitó, hasta que subió á los cielos) viviera y conversara con los hombres; y los misterios y sacramentos fueran todos manifiestos; y muchas veces hiciera patente su gloria, como lo hizo una sola vez cuando vivió mortal; y delante de todas manifestara *en aquel estado de inocencia*, lo que mostró y obró delante de tres Apóstoles. Pero todo lo impidió y estragó la culpa, y por ella fué conveniente que viniera pasible y mortal.

»Y de ser más común la opinión que el Verbo bajó del cielo de principal intento á redimir al mundo, entre otras causas una es, porque el Misterio de la Redención y el fin de estas obras es más conocido y manifiesto, por haberse ejecutado y repetido tantas veces en las Escrituras: y al contrario, el fin de la im-

pasibilidad ni se ejecutó ni se decretó absoluta y expresamente; y todo lo que perteneciera á aquel estado, quedó oculto, y nadie lo puede saber si no fuere aquel á quien yo en particular diere luz ó revelase lo que conviene de aquel decreto y amor, que tenemos á la humana naturaleza.

«Quiero también que entiendas, que si bien mi Providencia dispone que entre los Maestros haya muchas opiniones, para que más se escudriñen mis testimonios, pero fuera de mucho agrado para mi servicio, que las personas doctas extinguieran y apartaran de sí la *soberbia*, *envidia y ambición de honra vana* y otras pasiones y vicios que de estos se engendran, y toda la mala semilla que siembran los malos efectos de tales ocupaciones, pero no la arranco ahora, porque no se arranque la buena con la mala».

Con que ¡mucho ojo, señor canónigo, y no digo más. Ya ve lo que le dice el Padre Eterno, de que doy fe yo el Secretario.

Por la copia.—JUAN PÉREZ.

(*Luz Católica*, núm. 120=22 Enero 1903).

XIX

El Reino de Cristo es también de este mundo.

La proposición de Vindex que se combate, decía así: *Es herético querer que Jesucristo sea Rey temporal.* ¿Por qué razón? Porque Jesucristo dijo á Pilatos. *Regnum meum non est de hoc mundo.* «Mi reino no es de este mundo».

Pérez y Gómez Castillejo demostraron á Vindex, en *Luz Católica*, que lo herético en este caso era su proposición. Entre varias cosas muy de tener en cuenta, decía el segundo:

«No causa admiración el que muchos del vulgo de los mortales se escandalicen al oír hablar del reinado temporal de Jesucristo y hasta le tengan por herejía, acordándose de aquellas palabras de Jesús á Pilatos: *Regnum meum non est de hoc mundo:* (S. Joan. 18, 36) «mi reino no es de este mundo». Pero es porque no se han fijado en el sentido que Jesús quiso aquí dar á sus palabras. «Mi reino no es de este mundo», es decir, de esta generación, de competencia con los emperadores reinantes, pues en ese caso, «mis soldados pelearían en favor mío para que yo no fuese entregado á los judíos». *Yo por lo de ahora* no he venido más que «á dar testimonio de la verdad», y el amante de la verdad no podrá decir que me ha oído á mí decir que yo he venido *ahora* á ser *Rey temporal* de una nación determinada. Ahora me toca padecer, morir, redimir al género humano y reinar en los corazones.

»NUNC *autem regnum meum non est hinc. «Ahora*, al presente no vengo á reinar temporalmente». Luego si *ahora* no, síguese que después vendrá á reinar, *aquí*, temporalmente en el mundo.

»Y así lo entendió Pilatos, sacando la consecuencia como quien dice: aunque tu reino no es *ahora* de *aquí*, de este mundo, pero ¿quedamos en consecuencia en que tú eres *Rey temporal*? Y Jesús no lo negó; antes por el contrario lo afirmó diciendo: *Tu dicis quia* REX *sum ego:* «tu lo dices: REY soy yo».

Pero *regnum meum non est de hoc mundo,* vuelven á decir y repetir una y cien veces los *Vindex* de la turbamulta, á quienes podríamos aplicar la sentencia de San Pablo: *Animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei, stultitia enim est illi, et non potest intelligere.*

¡Válgame Dios! ¿Sabrán explicarnos, esos censores de la economía del plan divino, qué quiere decir *de hoc mundo*, de este mundo? ¿Qué mundo es ese? ¿Por ventura es la tierra en que habitamos, la colectividad humana, los reinos ó naciones, etc., etc.? De ninguna manera. Aun suponiendo puramente espiritual el reino de Cristo, tampoco sería *de este mundo* en concepto de los objetantes; porque el tomar éstos en dicha acepción la palabra *mundo*, es lo mismo que hacer decir á Jesucristo, ni más ni menos:

«Mi reino, puramente espiritual, esto es, mi Iglesia, compuesta de espíritus y no de cuerpos, no es de esta tierra; nada

tiene que ver con los que viven en este mundo; nada con los pueblos, reinos, naciones, en fin, *no es de este mundo*».

Eso no puede ni pensarse. Luego la palabra *mundo* tiene en la sentencia del Salvador una acepción muy diferente de la que le dan algunos míopes intelectuales.

Es más: ¿con qué derecho dan aquella acepción á dicha palabra? Tanto y mayor lo tenemos nosotros para afirmar que *mundo* quiere decir *todo el universo criado;* y á quien lo niegue le diremos que estudie el texto de San Juan: *mundus per Ipsum factus est.* Por consiguiente, razonando por esta acepción como por la suya razonan los *Vindex*, podríamos decir:

«El reino de Cristo no es de este mundo, ó sea del universo criado que se llama mundo; y por lo tanto, Cristo no reina en el cielo ni en la tierra, en los ángeles ni en los hombres, en las almas ni en los cuerpos, en la Iglesia ni en los pueblos, en fin, en ninguna parte, porque todo eso pertenece al universo criado que se llama *mundo*, y Él dijo que su reino *no es de este mundo*».

¿Qué dicen los *Vindex* de esta horrendísima herejía en que forzosamente van á parar? ¡Oh, pobres hombres! Quiso decir el divino Rey que su reino no es como los otros temporales, que son defectuosos, caducos, llenos de miserias y de crímenes; quiso decir que su reino *no es de meras cosas temporales* como los del mundo, sino que abarca las cosas temporales y las eternas, los ángeles, los santos, las almas, las conciencias, los cuerpos, las leyes, los imperios, la historia, las ciencias, las artes, en fin, todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y que así como los demás reyes son visibles, Él es Rey invisible. No son así los reinos de este mundo: he ahí por qué dijo que su reino *no es de este mundo*.

Y quiso decir también que su reino no es de eso que en lenguaje ascético y en buen castellano llamamos *mundo*, esto es, «uno de los enemigos del alma, que son las delicias, pompas y vanidades terrenas que nos

apartan de la ley de Dios», como dice la Real Academia. De ese mundo dijo el Señor:

«Grandes opresiones padeceréis *en el mundo;* pero confiad, Yo vencí al *mundo*».

El reino de Cristo no es de ese mundo enemigo del alma; *regnum meum non est de hoc mundo;* antes bien es para combatir á ese mundo. Y si se toma *mundo* por el conjunto de las cosas criadas, ó simplemente por la totalidad de los hombres divididos en reinos, escuelas, etc., Cristo se llama REDENTOR DEL MUNDO, REY DE LOS REYES Y SEÑOR DE LOS SEÑORES; pero si se toma en la otra acepción indicada, no es Cristo el Rey máximo de este mundo, sino Luzbel, á quien el mismo Jesús llamó *Princeps hujus mundi,* príncipe *de este mundo.*

Y á este propósito, y á mayor abundamiento, es de advertir el genitivo *hujus mundi,* que indica pertenencia; es decir, que á tal mundo adverso á Dios, tal príncipe corresponde. Pero al hablar el Señor de *mundo* en su mera acepción de conjunto de los hombres, etc., no dijo *hujus mundi;* porque en verdad su reino es también de este mundo; sino que dijo *de hoc mundo,* ablativo que indica el principio ó materia de donde proviene una cosa; de suerte que lo dicho por él fué:

«Mi reino *es de este mundo,* pues en este mundo y no sólo en el otro ejerzo mi reinado; pero mi reino *no procede de este mundo,* no es como los de este mundo, no me lo han dado los hombres, ni es sólo para dominar los cuerpos como dominan los demás reyes, sino para dominar los corazones y salvar el mundo como Dios».

Al llegar aquí recordamos haber leído algo mejor que todo esto en Cornelio á Lápide, y vamos á traducirlo para que aprendan los *Vindex.*

»Preguntarás, dice, cuál y de cuántas maneras es el reino de Cristo. Repondo: Cristo, en cuanto hombre, tuvo dos reinos, aun viviendo en la tierra.

»*Primer reino;* el espiritual, esto es, la Iglesia, pues insti-

tuyó en la Judea esta como república de fieles, la ordenó con ciertas leyes, órdenes, sacramentos, etc., la rige y propaga en todo el mundo por medio de San Pedro y los Sucesores de éste, que son sus Vicarios. Este es el reino que David y los Profetas dijeron se había de dar al Mesías, ó sea á Jesucristo. Así lo dice San Agustín, tract. 115 *in Joan.*

»El *segundo reino* de Cristo, como enseñan rectamente Santo Tomás *(De Regimine Principum,* cap. XII) y otros contra el Abulense (in Matth. XXI, Quat. XXX) es *físico, de este mundo;* porque Cristo, desde el primer instante de su concepción, propia y directamente tuvo el reino y el dominio de todo el mundo, á lo menos en cuanto al derecho y la potestad, de suerte que podía deponer á unos reyes y crear otros, por más que en la tierra no usó de esta potestad.

»Acerca de lo cual debe advertirse que hay tres clases de dominio y de reino. El primero es sumo y divino; es el que Dios ejerce en todas las criaturas como en cosas suyas, y este es propio de sólo Dios. El segundo es ínfimo y humano, y es el que ejercen los reyes, emperadores y príncipes de la tierra. El tercero, medio entre los otros dos, es el reino y el imperio de Cristo en cuanto hombre, porque éste excede y supera inefablemente á todos los reinos humanos y á todos los cetros y derechos de los reyes.

»Los supera: 1.º, *en origen,* porque proviene de Dios y no de los hombres, pues Dios mismo lo dió á Cristo y no humana república alguna; 2.º, *en fortaleza,* porque es insuperable, perpetuo y eterno; 3.º, *en su objeto,* porque se extiende á todo lo criado, incluso los ángeles.

»Y esto es manifiesto, pues escrito está que Cristo tiene grabado en su muslo, esto es, en su humanidad: REY DE LOS REYES Y SEÑOR DE LOS SEÑORES (Apoc. XIX, 16); y que es PRÍNCIPE DE LOS REYES DE LA TIERRA (Apoc. I, 5); y Él mismo dijo de sí: *Dada me ha sido toda potestad en el cielo y en la tierra.* (Matth. XXVIII).

»Este imperio le era debido á Cristo hombre por razón de la unión hipostática con el Verbo ó hijo de Dios; para que el mismo que por esta unión fué hecho Hijo de Dios, fuese heredero y Señor de todas las cosas. Por lo cual este reino es tan propio y peculiar de Cristo, que ni siquiera á San Pedro y los Pontífices Sucesores suyos lo comunicó». (In Matth. capítulo XXVII, 11).

He ahí las razones por qué en *Luz Católica* dijimos una y mil veces que no somos hombres de partido, sino de Religión y de Patria; que no tenemos más capitán que Jesucristo y el que Él nos señale clara-

mente para hacer sus veces, así como en religión no tenemos más Cabeza suprema que Jesucristo y el Papa su Vicario; que no tenemos ni más jefe ni más rey que Jesucristo y el que Jesucristo nos dé por Lugarteniente suyo, sin cuenta con ciertos funestísimos derechos de personas varias; que queremos establecer en toda su extensión el reino de Cristo; en una palabra, que somos de Cristo y no de Apolo, de Cefas, ni de Pablo: *Nos autem Christi.*

Por lo demás, recuérdese el pasaje de Magnol, cap. I, art. II, y aun más lo que el P. Vieyra nos dijo en el cap. XI, arts. V, VI y XII.

CAPÍTULO XIX

LA DEMOCRACIA DE LA CRUZ

CAPÍTULO XIX

LA DEMOCRACIA DE LA CRUZ

I

Democracia tradicional española.

O no tienen sentido las profecías que hemos dado á conocer, ó de ellas se deduce invenciblemente que el Gran Monarca ha de ser también Gran Demócrata, esto es, gran emulador de la democracia de la Cruz, única verdadera. Y si además de las profecías estudiamos este punto á la luz de la filosofía providencialista, la deducción adquiere toda la fuerza del más evidente corolario.

No formularemos ahora en términos precisos el programa democrático que observará y hará observar el Gran Monarca; pero lo daremos á conocer en sus líneas generales, reproduciendo algunos artículos—parte de ellos incluídos ya en otros libros nuestros—que publicamos en *Luz Católica,* inspirándonos en los Profetas, en la Filosofía de la Providencia, en la doctrina de la Iglesia y en la Tradición española. Contienen lo esencial del programa democrático que establecerá el Gran Monarca.

Pero antes queremos invocar un testimonio poco sospechoso, con el cual afirmamos categóricamente que España, la España de tan grandes Reyes y de tan

linajudos próceres, fué, sin embargo, el pueblo democrático por excelencia. La democracia es eminentemente tradicional en España; y adviértase que decimos democracia y no demagogia. Aquí las oligarquías apenas pudieron levantar cabeza; la aristocracia anduvo siempre unida con el pueblo, y así fué como tuvimos aquellos fueros y santas libertades que no tuvo pueblo alguno de la tierra. He aquí lo que á este propósito decía *El Universo*, á 20 Diciembre de 1902:

«La justicia, como la verdad, es una; pero tiene diferentes aspectos por donde puede ser contemplada y amada; y este aspecto de la verdadera igualdad ante la ley y ante la autoridad, nunca tan gallardamente manifestada como cuando una ú otra hieren al poderoso é influyente, ha sido y es singularmente grata al pueblo castellano, y en general á todos los peninsulares.

»Puede decirse que ese sentimiento de justa igualdad ante la ley que no excluye la jerarquía ni las preeminencias aristocráticas, pero que las somete é impide ó se opone á su degeneración en oligarquía, es congénito con nuestro sentimiento nacional, y él fué el que impidió en los antiguos tiempos que el feudalismo arraigara y se desarrollase como en otras naciones, y el que labró la inmensa popularidad de los Reyes Católicos, de Cisneros y de todos los grandes políticos del Renacimiento, y puso cimiento solidísimo en el corazón de las muchedumbres á la realeza en el antiguo régimen.

»Fernando el Católico fué el rey más popular en Castilla, hasta el punto que, como dice Zurita, cuando se retiró á Aragón, cediendo el trono á su yerno Felipe, ó, mejor dicho, arrojado por los magnates, si hubiese vuelto al reino presentándose montado en una mula, no hubiese habido hombre alto ni bajo *que no saliese á recibirle*. Pues aquella popularidad no se fundaba más que en esto: en que el Rey Católico no conocía en sus justicias acepción de personas, y su espada hería lo mismo al pequeño que al grande, y si la misericordia inclinaba alguna vez la balanza de sus juicios, no era nunca en favor del poderoso, sino del humilde y del débil.

»Todo el que quiera en España gobernar á gusto de la nación y que lo bendigan las viejezuelas, cuyas censuras tanto temía San Fernando, ha de seguir la misma conducta que el Rey Católico. Este es siempre el pueblo, de que un gran dramático suyo sintetizó el sentir político en esta fórmula: *«Del rey abajo, ninguno»*.

»La revolución moderna, lejos de traernos aquí la igualdad, ha conspirado contra ella, y el régimen constitucional ha creado jerarquías oligárquicas, contra las que se rebelará siempre el carácter justamente democrático de la raza. El régimen constitucional revela su origen sajón en esa propensión al oligarquismo; es el régimen de los barones normandos, que sólo puede ser aplicado con grandes atenuaciones á esta gente latina, que quiere arriba un rey y abajo todos iguales».

Ni con las más grandes atenuaciones puede mantenerse en España ese régimen maldito, que no es régimen, ni sistema, ni programa, ni nada más que negación, negación de todo orden. Por eso los impíos lo proclaman excelente y los católicos, en general, abominan de él. Un rey verdaderamente democrático, si tuviera poder, echaría ese llamado régimen al infierno de donde salió. Régimen representativo, sí; parlamentario, jamás. Pronto lo dirá con obras el Gran Monarca.

II

Recedant vetera...

En el negro fondo de las grandes revoluciones modernas hubo alguna reminiscencia de justicia, hubo alguna aspiración honesta y vindicación legítima de imperecederos derechos hollados por la fuerza bruta del omnipotente cesarismo. Los abusos de las dinastías borbónicas trajeron la revolución: la revolución ha sido impía, sanguinaria, destructora, en todo feroz; pero ha tenido también su parte de lógica incontrastable.

Unos pocos hombres pueden lanzarse al crimen sin motivo alguno que les excuse; una inmensa muchedumbre no, y varios pueblos juntos mucho menos; estudiad la razón de sus revoluciones, por malas que sean, y hallaréis algo, al menos algo, digno de respeto.

Los amantes legítimos de las tradiciones monárquicas se van convenciendo de estas verdades casi axiomáticas; van viendo que los reyes son culpables de las revoluciones, gracias á los excesos del despotismo, y que si por ningún concepto debemos dejar de ser monárquicos, tampoco debemos querer la restauración de la monarquía tal como los Borbones lograron implantarla.

El programa carlista dice, con relación á esto, que su empresa «no es continuación de otra, *es nueva*»; afirmación que hizo muchos carlistas, los cuales ahora se desengañan al ver que el carlismo oficial es la continuación del degradante absolutismo borbónico nacido y criado en Francia, y de allí importado á otras naciones.

He ahí la mente de muchas enseñanzas de Su Santidad León XIII que millares de católicos no han querido entender. Es menester luchar para que no se restaure ese vetusto cesarismo regalista y despótico, motivo de tan sangrientas revoluciones... Venga la monarquía tradicional española, sí, sea quien quiera el rey, cuánto más si es Don Carlos; pero sea la tradicional, no otra; venga como debe venir, no fundada otra vez en los abusos elevados á ley del reino. Fuera ya los abusos; *recedant vetera*...

La nación es antes que el rey. Imponga la nación al rey sus leyes fundamentales, incluso la de poderle pedir cuentas, y luégo reine y gobierne el rey como un padre. Esta idea poco á poco va apoderándose de muchos tradicionalistas. Nosotros pensamos desarrollarla extensamente en nuestro semanario, y ya más de cuatro veces la hemos defendido terminantemente, aunque por desgracia con la brevedad que nos impuso el temor á lo que podríamos llamar escándalo de párvulos. Y cabalmente esa idea, la de que España es antes que el rey en todo, y de que debe ella, antes de coronar un rey legítimo, darse un código

de leyes fundamentales, es la idea madre del Españolismo.

Cuando desarrollemos del todo nuestro pensamiento, es seguro que ningún español de recto criterio lo rechazará. Entretanto, acojámonos á lo que respecto de los abusos monárquicos dicen hombres de más celo y saber que nosotros, y entre ellos damos la preferencia al insigne Padre Dominico Vicente Maumús, que en su obra *L'Eglise et la Démocratie*, capítulo V, dice lo siguiente:

«Todos los Estados generales que precedieron á los de 1789 habían proclamado el gran principio de la ponderación ó igualdad de los poderes. En 1357, Roberto de Gocq, Obispo de León; en 1484, Felipe Pot, diputado de la nobleza y Juan Masselieu, diputado del Tercer Estado, habían dicho que ningún impuesto podía cobrarse sin el consentimiento de los Estados, y apoyaban ese principio con todas las consecuencias que de él se desprenden, en nuestra historia y nuestras tradiciones nacionales.

Los tres órdenes, clero, nobleza y pueblo, se hallaban completamente de acuerdo en este punto fundamental de la constitución del reino.

Ahora bien: desde el Renacimiento, y sobre todo durante los dos siglos siguientes, la realeza modificó de un modo esencial y radical el pacto que la unía á la nación. Creyó que podía disponer, sin su consentimiento, no solo del dinero, sino también de la persona de sus súbditos.

«Los reyes son señores absolutos, dice Luis XIV en sus *Memorias,* y tienen naturalmente la disposición plena y libre de todos los bienes que poseen sus súbditos, lo mismo eclesiásticos que seglares, para usar de ellos en todo tiempo, como sabios administradores, según las necesidades generales del Estado.

»Todo cuanto se encuentre en la extensión de sus Estados, cualquiera que sea su naturaleza, les pertenece por la misma razón, ora se trate del dinero que tengan en su casa, ora en manos de sus tesoreros, ora en el comercio de los pueblos. La Francia es una monarquía: el Rey representa la nación entera, y cada particular no representa para el Rey más que un individuo. Por consiguiente, toda la autoridad reside en manos del Rey, y no puede hacerse en el reino más que lo que aquélla establece».

Con arreglo á esa doctrina, el Rey podía entrar en casa de

sus súbditos como en la suya propia, y tomar de ella cuanto le acomodara: sabido es que Luis XIV usó, y hasta abusó, de ese derecho.

El hombre estima mucho su dinero, que tantos sacrificios le cuesta; pero su propia persona le es mucho más grata que sus intereses: ahora bien; con las *cartas selladas*, las personas estaban tan comprometidas como las haciendas. Por orden del Rey, un ciudadano se veía detenido por la policía, encerrado en una fortaleza, donde se le retenía sin juzgarle y sin que nadie supiera por qué causa, ni por cuánto tiempo se le había preso. «Con las *cartas selladas*, decía Malesherbes á Luis XV, ningún ciudadano está seguro de no ver sacrificada su libertad á una venganza, porque nadie es bastante grande para hallarse al abrigo de la maldad de un ministro, ni bastante pequeño para no ser digno de la de un comisario de policía.

Durante la regencia, el especulador Law emitió acciones para la explotación de las minas de oro de la Luisiana: un militar que había habitado algún tiempo á orillas del Mississipí cometió la imprudencia de decir que lo que se prometía era falso; poco después le hicieron callar encerrándole en la Bastilla.

El abuso era tan grande, que, aun en el reinado de Luis XVI (á quien nadie tachará de cruel), cierto prelado, reclamando contra un auto que había condenado injustamente á su hermano, obtuvo esta contestación del Conde de Vergennes: «Sr. Obispo, todo eso está muy bien; pero ¿os atrevéis á negar al Rey el derecho de disponer de la suerte de uno de sus súbditos?»

En una palabra, la frase del mariscal de Villeroy enseñando á Luis XV el pueblo, que se apiñaba en el jardín de las Tullerías y diciéndole: «Señor, todo es vuestro», constituye la fórmula exacta de la revolución consumada por la realeza del antiguo régimen.

Los Estados generales de 1789 fueron, pues, una contrarevolución, es decir, un retorno hacia las tradiciones nacionales. . . . .

. . . .

El ateísmo político consiste en resolver el problema de la soberanía, asignándole una causa puramente humana. Según los que así creen, sólo el hombre (llámese rey ó pueblo, que esto importa poco) es la causa total, la fuente única de la soberanía, Dios no existe, ó por lo menos para nada interviene en la constitución de las sociedades humanas. El poder, como todo lo demás, viene del hombre y sólo del hombre, resultando de aquí qne éste es el dueño supremo: todo lo que él quiere y todo lo que hace, es bueno, pues sirve para su ley interior,

toda vez que por encima de él sólo existen espacios silenciosos y vacíos.

Esa monstruosa doctrina es la consagración de todos los despotismos y la deificación de la fuerza bruta. Los que así piensan, se inclinan ante el hombre, llámese Pueblo, Rey ó Estado; como es el señor, su voluntad y sus caprichos constituyen la ley; todo poder viene de él, y no cabe discutir con una autoridad tan elevada.

Nunca aceptaremos esa doctrina degradante. Sólo en Dios existe el origen de la soberanía, porque sólo en Él están la verdad, la ley, la justicia supremas. Únicamente Él tiene derecho para mandar, y todo poder que no aparezca rodeado con su aureola, es despotismo, *usurpación, injusticia y fuerza brutal.*

Si la revolución es lo que creen los ateos, la Iglesia no transigirá nunca con ella. Tiene una idea demasiado elevada de la dignidad del hombre, para someterle al yugo de uno de sus semejantes, que, para dar tales órdenes, únicamente posee su título de hombre, es decir, la supremacía de la fuerza en perjuicio del derecho.

¿Fué el ateísmo político la idea que inspiró el movimiento de 1789? Sostener esto, sería negar la historia.

Con motivo de cierta discusión religiosa planteada por un diputado, el cartujo D. Gerle, el señor de la Rochefoucauld hizo se adoptara el siguiente acuerdo: «La Asamblea nacional, considerando que no tiene, ni puede tener, ninguna acción sobre las conciencias y las opiniones religiosas; que la majestad de la religión y el respeto profundo que se la debe, no permiten hacerla objeto de una deliberación; considerando que *no puede poner en duda la adhesión de la Asamblea nacional al culto católico, apostólico y romano*, en el momento mismo en que ese culto va á ocupar sitio preferente entre los gastos públicos, y en que, por un movimiento unánime, ha probado su respeto, de la única manera que podía convenir al carácter de la Asamblea nacional..., declara que no puede deliberar acerca de la moción propuesta».

La Constitución no fué, pues, una Asamblea irreligiosa é impía. Aun aquellos que no tenían quizá sus creencias muy arraigadas, rendían público homenaje al valor social de los principios cristianos: «¿Qué ha hecho la Constituyente, decía Carlos Lameth, el 12 de Abril de 1790? Fundar la Constitución sobre esa consoladora igualdad, tan recomendada por el Evangelio». Algunos meses después, otro diputado, Voidel, declaraba que «la Constitución había consagrado las máximas religiosas y civiles de ese libro que, bien meditado, puede bastar para la instrucción y felicidad del hombre».

Dichos legisladores no figuran entre aquellos á quienes León XIII se dirige en esta forma: «Es indudable que el progreso de la vida religiosa en los pueblos representa una obra eminentemente social, dada la íntima conexión entre las verdades que son el alma de la vida religiosa y las que rigen la vida civil; resulta de aquí una regla práctica que nunca debe perderse de vista, y que da al espíritu de los católicos una amplitud característica. Queremos decir que, conservando la mayor firmeza en la afirmación de los dogmas, y evitando en absoluto todo compromiso con el error, aconseja la prudencia cristiana no rechazar á nadie; mejor dicho, conciliar el concurso de todos los hombres honestos, para conseguir el bien individual, y sobre todo social.

«La gran mayoría de los franceses es católica. Pero, aun entre los que no tienen esa dicha, hay muchos que conservan un fondo de buen sentido, cierta rectitud que se puede llamar el sentimiento de un alma naturalmente cristiana; ahora bien: un sentimiento tan elevado les da, con el atractivo del bien, la aptitud para realizarle; y más de una vez esas disposiciones íntimas, esas condiciones generales, les sirven de preparación para apreciar y profesar la verdad cristiana. Así no hemos descuidado, en nuestras últimas sesiones, pedir á tales hombres su cooperación para triunfar de la persecución sectaria, hace tiempo desenmascarada y sin freno, que tiende á producir la ruína religiosa y moral de Francia».

Los enemigos del cristianismo hubieran querido, para no deberle nada, atribuir á la filosofía cuanto hay de bueno y humano en los Códigos de Justiniano, comparados con la ley de las Doce Tablas; mas para admitir esa hipótesis, sería preciso, como dice Troplong, «violentar todas las apariencias». La misma objeción se presenta cuando se trata de juzgar lo que hubo de generoso en el movimiento de 1789, es decir, la proclamación de la igualdad ante la ley; se quiso atribuir esa gloria á los filósofos racionalistas del siglo XVIII.

¿Quién, sino la Iglesia, afirmó el dogma de la fraternidad humana frente al principio aristocrático de la sociedad feudal, cuyos últimos restos se dispersaron en 1789? ¿Quién, en una época en que el mundo no conocía más derechos que los de la sangre, hubiera colocado á la cabeza de las cosas humanas un siervo como Adriano IV, ó el hijo de un carpintero como Gregorio VII? Estaba sembrado ya el grano de mostaza que debía crecer y convertirse en frondoso árbol. Los que ahora recojemos sus frutos, no podemos menos de reconocer la mano que lo plantó, y reivindicar con energía la proclamación de la igualdad ante la ley, como aplicación social del dogma cristiano de la fraternidad.

«Así lo comprendieron, por lo demás, los autores y contenporáneos del movimiento de 1789; y el mismo clero francés, que se asoció á aquella campaña con tanto entusiasmo, podía juzgar indudablemente con más conocimiento de causa que nosotros, los que vivimos cien años después. Nosotros sólo lo vemos á través del velo sanguinario de los años que siguieron á aquella fecha; nos dejamos influir por interpretaciones que desnaturalizan su carácter; pero, considerado en sí mismo ese hecho, es indudable que representa el punto de partida de esa democracia con la cual no teme aliarse la Iglesia, porque es el fruto de su trabajo á través de los siglos, y la consecuencia de los principios que supo dar al mundo»,

(*Luz Católica*, núm. 68=69 Enero 1902).

III

Democracia cristiana.

Según la prensa, ha dicho un prelado:

«El obrero, el menestral, el hijo del pueblo debe estar al tanto de la cuestión social. Conociendo hasta dónde llegan sus derechos, comprenderá cuáles son los deberes, y estimándole de esta manera, se adelantará mucho en su educación. La democracia no es, como alguien afirma, el terror del clero; al contrario, nosotros debemos bendecirla, porque el primer demócrata fué Jesucristo y porque de ella nacen las libertades, esos principios de la igualdad y de la justicia, que sólo se definen y se conocen en la democracia cristiana».

A estas vaguedades, peligrosas y no nuevas, contestó *La Restauración*, hace ya 57 años cabales, en un artículo que, si no es de Aparisi Guijarro, debió ser inspirado por él.

He aquí los párrafos principales:

«Hace mucho tiempo que los espíritus reflexivos habían predicho el inevitable término á que vendría á parar esa rebelión soberbia de las inteligencias, y la historia de los cincuenta últimos años, tan fecunda en profundas enseñanzas, ha confirmado sobradamente sus predicciones. Todo ese estruendo, todo ese montón de ruinas, tantas guerras sangrientas, que han marcado el fin del siglo XVIII, y llenado de estragos el

presente, ¿qué son, en hecho de verdad, sino el resultado de esa tendencia funesta á despreciar el trabajo, los hábitos, las costumbres, las creencias antiguas, y componer lo presente sin tomar nada á lo pasado de su experiencia y de sus luces?

»Así lo ha querido también esa Providencia de Dios que ha dispuesto el mundo para que las edades pasadas ayudasen á las futuras, como los grandes enseñan y guían á los pequeños. Las columnas de la tierra han sido conmovidas por los novadores, que han destruído sin hallar delante de sí sino el vértigo ó la debilidad. Pero apenas ha necesitado el tiempo de pasar sobre la obra de sus manos para mostrar que era ruinosa: y todos esos hombres, cuya mayor parte fueron grandes por el ingenio, no han recogido, en vez de la admiración y gratitud del género humano, sino la reprobación histórica viviente y el anatema de una posteridad contemporánea.

»Hemos llegado, pues, á una triste época en que se deducen las últimas consecuencias de esas funestas máximas de independencia respecto de las tradiciones. En las filas de ese partido político, cuyo solo nombre despierta sangrientos recuerdos, hase formado una casta de quien no sabrá decirse si tiene más ignorancia que mala voluntad, ó más audacia que hipocresía; pero cuya ignorancia, mala voluntad, audacia ó hipocresía, no deja de ser un brillante homenaje prestado á la majestad de las doctrinas que desnaturalizan y á las creencias nacionales. Rechazados por la opinión, esos hombres han buscado un abrigo en el cristianismo; refúgianse en su historia, invocan las tradiciones de la Iglesia, sus máximas de emancipación, sus combates por la libertad de los pueblos. El fantasma horrible de la democracia, revestido majestuosamente con el traje cristiano y cubierto con la protección poderosa del nombre del Evangelio, parece que pierda por un momento algo de sus lamentables recuerdos.

»A primera vista, nada hay efectivamente más democrático que el Evangelio y que la acción perpetua de la Iglesia. Jesucristo, su fundador divino, nace en un establo y en la clase del pueblo; desde su cuna es proscripto y perseguido por los grandes. La mayor parte de su vida se pasa obscura é ignorada; y cuando reaparece en la escena del mundo, es para humillar el orgullo de los grandes, para tronar contra el lujo de los ricos y la tiranía de los señores, para levantar el ánimo de los pequeños, consolar á los oprimidos, bendecir á los esclavos, sentarse á la mesa de los pobres y llevarse tras sí al desierto las turbas del pueblo, á quien adoctrina con su palabra y sustenta con sus prodigios; apenas ha muerto, cuando su doc-

trina se difunde rápidamente por el mundo, causando en él una alegría y conmoción universal.

»Poco á poco los campos se desmontan, agrúpanse los pueblos en rededor de los monasterios; el siervo reemplaza al esclavo, el hombre del común substituye al siervo; y al sonar la hora de la oración, la campana de las abadías hace levantar sobre sus azadas millares de hombres libres. La Iglesia excomulga, por causa de tiranía, las testas coronadas; funda las escuelas, las universidades, los hospitales, levanta majestuosos monumentos en medio de las ciudades populosas, y salúdanla á porfía todas las naciones como á la protectora de sus derechos y la salvaguardia de sus libertades.

»He ahí lo que fué la Iglesia en las edades pasadas. Pero no se ha tomado en cuenta sino una parte de su historia y una sola mitad del Evangelio, para acomodarle á los errores de nuestro tiempo y á las peligrosas utopias de un partido rechazado por la unión. Es una cosa vulgar hoy día la inmoralidad de la sociedad pagana en el momento del nacimiento de Jesucristo. Venido para regenerar el mundo y expiar una falta, cuyo principio era el orgullo, Jesucristo nació pobre y en la condición del pueblo; pero pertenecía al mismo tiempo á la sangre real de la familia de David. Por la humildad de su nacimiento y la obscuridad de su vida, iba á tocar con las clases pobres y populares; por la antigüedad de su linaje y el esplendor de su real nombre, corría parejas con las casas de príncipes y las familias patricias.

»El error que combatimos ha nacido de haber considerado la acción de la Iglesia de una manera absoluta, en vez de mirarla relativamente á las necesidades, á los tiempos y á las costumbres. Porque se la ha visto luchar contra el despotismo de los príncipes, hacer una guerra continua á la tiranía de los señores, abrigar al pueblo en su regazo, abrirle sus monasterios, sus abadías, sus cartas de libertad, hase concluído que eran democráticos los principios de su constitución, así como al leer los anatemas del Evangelio contra las riquezas, el poderío y la opresión, se le presenta como una especie de código revolucionario para el uso de los odios y las ambiciones populares de nuestro tiempo; y no se hace ver que la Iglesia, que lanzaba un tiempo sus rayos en la persona de Teodosio, contra la tiranía de los reyes, habla con no menos vigor en nuestros días al despotismo del pueblo».

Abundando nosotros en estas mismas ideas de Aparisi Guijarro, escribimos lo siguiente, hace cuatro años, en *Meditaciones religioso-políticas de un proscripto*,

figurando que pronunciábamos un discurso familiar á ciertos hombres, obtenido ya el triunfo de España:

«El Gobierno Tradicional (el del Gran Monarca), paternal con todos y con todos justo, lo mismo ha de regir á ricos que á pobres y á nobles que á plebeyos: igualmente españoles son todos. Pero os añadiré que para los desvalidos ha de ser su principal solicitud, porque á los desvalidos se debe dar la protección de que los poderosos y acomodados no necesitan.

»¿Sois demócratas? Yo también lo soy, aunque se me ha dicho que por mis venas corre sangre de muy antigua nobleza. Más noble era la de Jesucristo, y Jesucristo fué el primer demócrata, quiero decir, el primer amigo de los que poco pueden.

»Venid todos, aunque seáis pobres y pequeños, aunque hayáis sido salteadores, que entre salteadores murió Jesucristo, después de haber frecuentado la compañía de los pequeños y los pobres. Los desheredados de la fortuna suelen ser los herederos de Dios: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

«Y dijo más el Señor: de los apegados á su fortuna dijo que su salvación era más difícil que el paso de un camello por el ojo de una aguja; y á los agobiados por los trabajos y la pobreza les invitó á acercársele para darles consuelo.

»Mas, al propio tiempo que esto decía, hospedábase en la suntuosa mansión de Betania, sin rehuir la ardiente amistad que le profesaban sus nobles moradores, ni la de otros ricos y nobles, como Nicodemo y José de Arimatea, á los cuales entregó su Santísimo Cuerpo.

»Así ha de ser un Gobierno cristiano; así será el Gobierno Tradicional. ¿Acaso los grandes y los ricos se han de ofender porque se dispense protección á los pobres y humildes, ni éstos porque se guarden á aquéllos las consideraciones debidas?

»El parlamentarismo, sin más afán que navegar á todo trapo por los mares del presupuesto, no tuvo más solución que esta: «Dinero, venga dinero»; por lo cual fué el protector de los acaparadores y el tirano de la pobreza.

»El Gobierno del Gran Rey, sin más afán que engrandecer la Patria, busca las soluciones en los hombres de mérito y de virtud, aunque procedan de «las ínfimas capas sociales», como vosotros decís.

»Paz, perdón y caridad para todos quiere el Gran Rey; pero pensad, amigos, que si en su corazón magnánimo no hay más que amor y perdón, la Patria no puede perdonar á los inexcusables tiranos que la destrozaron. ¿Sobre cuál de

ellos caerá el castigo? El crimen es demasiado atroz para caer sobre uno solo.

»Llegó el día de ajustar cuentas á los grandes malsines de de todas las camadas... ¡Oh!, ¿creéis que la carne putrefacta vale para más que para ser cortada por el cuchillo? Podrá no ser tan agradable y tan bello, pero es más decisivo y más justo el degüello mosaico de los adoradores del becerro de oro que la bondad de David, ocasionándole guerras atroces hasta de su propio hijo Absalón. Me gusta más la energía de Sixto V limpiando de bandidos sus Estados, que la bondad de Pío IX amnistiándolos para que luégo le despojasen; más Julio II á caballo con la espada desnuda, que Pío VII sufriendo las felonías y los ultrajes de Bonaparte».

Tal es nuestra democracia, tal será la del Gran Monarca, bien diferente, por cierto, de la del prelado de referencia, y en todo conforme con la reciente Encíclica de S. S. León XIII y con la democracia de Aparisi Guijarro, que el folleto asimismo titulado describe como sigue:

IV

Democracia de Aparisi Guijarro.

«Aparisi era profundamente demócrata, con aquella democracia inmortal que nació en el Calvario y redimió al mundo de la opresión y esclavitud, no con la democracia liberal, que es farsa y mentira y engaño.

«No desprecio á la nobleza (escribió Aparisi); pero el que »un vigésimo abuelo tuviera buenos puños, ¿me hace á mí »*mejor ciudadano? Hombres somos todos* de una misma fami»lia; si alguien me lo disputa, trazaré mi árbol genealógico »sobre el Arca de Noé, y si no os dais por satisfechos, en »medio del paraíso... ¿Quién es el más miserable, el que adula »á un Príncipe ó el que adula á una muchedumbre?... Entrad »en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra... ¡Qué »república, gran Dios, y qué ciudadanos! Señores que oprimís »á los pueblos y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva: »dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.—Mi dis»curso es una protesta contra todo proyecto que tienda á »despojar á los pobres. Cien votos que yo tuviera, cien votos »daría contrarios».

»He aquí la democracia por Aparisi amada y practicada:

la igualdad de los hombres ante la ley; la protección á los débiles y pobres contra los fuertes y poderosos; la intervención en el gobierno de todas las clases de la sociedad, la de los trabajadores inclusive. Y no se quedaban en el aire sus protestas de democracia, al estilo liberal, cuyas obras están en continua contradicción con sus palabras y promesas; era Aparisi un gran demócrata práctico, pudiendo al efecto citarse multitud de episodios de su vida que evidentemente lo acreditan. He aquí algunos:

»Jamás admitió cruces ni condecoración alguna de nadie; menos de ningún gobierno; ni aun de Carlos VII, por el cual sacrificó su familia y su salud y no aceptó la más mínima recompensa ni sueldo.—El ministro de Isabel II Sr. Pacheco, le ofreció y rogó aceptase el cargo de fiscal del Tribunal Supremo de Justicia y consejero de Estado, no admitiendo Aparisi.—Decía que no aceptaba favores de nadie, porque el agradecimiento es fuerte cadena que sujeta al beneficiado, y él quería ser libre como los vientos del mar.

»Vestía Aparisi pobremente y pobremente se presentaba á Isabel II y Carlos VII, de los cuales fué el más imparcial consejero. Ante varios políticos decía cierto día á Aparisi uno de los más grandes talentos revolucionarios: «Yo soy aristócrata de inclinación, demócrata por política; tú eres el más gran demócrata que he conocido. A mí me gusta comer bien, vestir bien, tener buena cama y mejor casa; tú comes mal, vistes mal y duermes peor... Hasta en el andar eres demócrata...» Así hablaba de Aparisi aquel gran demócrata... á la moderna, que predicando democracia é igualdad, sostenía un lujo y prodigaba el dinero del pueblo hasta el escándalo. Aparisi, el carlista Aparisi, era demócrata de verdad, y los demócratas *de doublé* lo confesaron más de una vez.

»Es la democracia la antítesis del servilismo: por esto es también incompatible con el liberalismo, pues según frase de Aparisi, «los grandes liberales son los más grandes serviles», serviles ante los que triunfan, sean reyes, sean conspiradores; serviles ante el populacho, en cuya presencia tiemblan y ceden con el cobarde servilismo del que no sabe sostener varonilmente sus ideales. No aduló Aparisi á los reyes, á los cuales habló con una libertad que acusaría á veces insolencia, si la ciencia y autoridad de Aparisi no le libraran de tal nota; pero tampoco se doblegó servilmente á las muchedumbres, pues si hablar claro á un tirano es digno y varonil, mantenerse firme ante cien ignorantes tiranuelos es todavía más entero y heróico y hermosamente democrático».

En Aparisi, pues, podría tal vez estudiar demo-

cracia el prelado indicado arriba, de quien dice así el periodista que ha publicado sus declaraciones:

«Hablando de *Lo cursi*, la comedia de Benavente estrenada hace poco en Madrid, me dijo que se explica que la aristocracia y la clase media vayan más á las capillas de las congregaciones religiosas que á las otras iglesias, porque dichas congregaciones son más ricas y disponen de muchos elementos para que las predicaciones, producto de largos estudios y de amplios conocimientos, deleiten y enseñen más que las sencillas pláticas de los pobres curas, dignos de tanta conmiseración, porque apenas si tienen lo necesario para medio comer».

Demócrata, demócrata en verdad, y, sobre todo, oportuno y prudente. ¡Oh, pobres curas, que apenas tenéis lo necesario para comer! ¿Por qué no os aprovecháis de las terribles circunstancias en que la impiedad va poniendo á las órdenes religiosas, tan frecuentadas por la aristocracia y la clase media? Idos, idos con los que piden á voz en cuello el exterminio de los frailes y reclaman como energúmenos un nuevo año 33...

Pero no, calma, que bien sabéis vosotros quién tiene la culpa de vuestra situación precaria: son los... que monopolizan la celebración, quitándola á esos pobres curas que no tienen que comer; y son los gobiernos católicos que padecemos y todos cuantos los apoyan. Jamás en España, hasta ellos, se estorbaron frailes y curas. Sin embargo, no os pronunciéis contra esos gobiernos, no, que si desde Abraham hasta Daoiz y Velarde hubo mil y mil atletas de Dios y la Patria que se levantaron en armas contra los tiranos, á todos esos atletas se puede dar el siguiente consejo del mismo prelado:

«Si los liberales son hoy una fuerza viva, un torrente impetuoso, hagamos que aquélla no se emplee en malas obras, cooperemos con nuestros esfuerzos para que el torrente no se desborde: ¡evitemos las guerras de sangre, ya que la paz es tan hermosa como benéfica para todos!»

Para todos, y más para el buen prelado; el cual,

sin embargo, no se satisface con esa paz tan hermosa y benéfica, sino que, para remediar á los pobrecitos curas de su corazón que no tienen una triste limosna para misas, les trae un remedio del país donde á los Cánones y Disciplina Eclesiástica y Liturgia y Doctrina y obediencia se los pone en el candelero... de la ignominia.

«Hay que envidiar, dice, al clero de los Estados-Unidos, pueblo indudablemente de más adelantos que los de la vieja Europa. Allí los sacerdotes no tienen rentas del Estado, pero en cambio les permiten dedicarse al desarrollo de industrias. Visten sin traje talar, y hay algunos, como el obispo de San Francisco de California, que una vez terminadas sus obligaciones para con la Iglesia, invierte el resto del día en las tareas agrícolas».

¡..................! ¿..................? ¡..................! ¿..................?

¡Sin comentarios! No nos extraña poco ni mucho que envidie la civilización brutal de la república yanqui y el pestilente americanismo religioso, un prelado que en las mismas declaraciones se demuestra casi amigo del socialista Millerand y del impío judaizante Waldek-Rousseau, corifeos de la actual persecución religiosa en Francia; ni que pretenda excusar esta persecución con razones de partido abiertamente contrarias á la razón católica:

¡Por los clavos de Cristo!... ¿Esta es la predicación del Evangelio en las terribles circunstancias que atravesamos?

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero *1901*).

V

Un Rey modelo.

Don Alonso V, hijo de D. Fernando el Justo, fué uno de los reyes más grandes qne ilustraron á Aragón. Fué elevado al trono en 1416, por muerte de su padre;

y no permitiéndole las circunstancias ensanchar por tierra las fronteras de su reino, lanzóse por mar á expediciones lejanas, abriendo aquella larga serie de guerras en que los españoles dieron en Italia tan relevantes pruebas de valor, asentando su imperio sobre aquellos mismos países que los habían tenido en otro tiempo bajo su dominio.

Fué D. Alonso un príncipe esclarecido, y aunque adolecía de algunos defectos, se mostró siempre católico sincero, siempre generoso y magnánimo, dictado que le ha conservado la historia. No sólo tuvo la gloria de ser uno de los primeros príncipes de su tiempo, por su buen gobierno y sus hechos de armas, sino que también floreció mucho en las letras. Complacíase en favorecer á los poetas y conversar con los sabios. Máxima era suya, y la repetía con frecuencia, que «un príncipe ignorante no es más que un asno coronado».

Pero en lo que más descolló fué en la magnanimidad de su espíritu cristianamente democrático, nota que podemos llamar inédita, pues no se han detenido los cronistas y biógrafos en hacerla resaltar como convenía. Esto es lo que intentamos nosotros, y para ello no necesitamos escribir una biografía de Alonso el Magnánimo, sino simplemente recoger algunas anécdotas históricas esparcidas en varias obras antiguas.

Volviendo D. Alonso de una expedición, ya de noche, y marchando un poco delante de sus guardias, acompañado solamente de un oficial, llegó á un poblado ocupado ya por sus tropas y se alojó en la primera casa que halló abierta. Había allí dos soldados junto á la lumbre del hogar, los cuales, no reconociendo al rey, llenáronle de improperios y amenazas, diciendo que no consentirían se quedase allí alojado. Don Alonso, lejos de irritarse, sonrió sin responder, y hasta contuvo con un gesto significativo al oficial que le acompañaba, el cual iba á dar á los soldados la respuesta conveniente. En esto llegaron allí los guardias

del rey, y habiéndole reconocido entonces los dos soldados, poseídos de terror se echaron á sus pies, suplicando que les perdonase. Don Alonso les levantó con insigne bondad y dulzura, y por todo castigo ordenó que aquella noche cenasen con la servidumbre de su séquito.

En otra ocasión, no cumpliendo un militar con el alto cargo que se le había confiado, D. Alonso le depuso de él. Despechado el militar, fuése por Italia, Francia y Alemania, declamando en todas partes contra la injusticia del rey de Aragón. Refugiado después en Florencia, el rey le hizo saber que podía volver á la corte con toda seguridad, añadiendo:

«Todavía no he olvidado vuestros servicios; lo que sí he olvidado es la ofensa».

Al propio tiempo le envió una cantidad considerable con que pudiese pagar los gastos del viaje.

Pasando una vez D. Alonso con su ejército por delante de Capua, un veterano, loco de ira porque juzgaba sus méritos desconocidos por el rey, se le puso delante, cogiendo de la brida su caballo, y le colmó de injurias gravísimas. Hizo D. Alonso un movimiento de cólera; pero al instante se reprimió de tal manera, que escuchó pacientemente la invectiva del despechado, y luégo siguió su camino sin responder una palabra.

Había entre los nobles de Aragón varios descontentadizos que hablaban mal de D. Alonso, no obstante los muchos beneficios que de él habian recibido. Lejos de manifestar disgusto porque así le llevaban en lenguas, decía:

«Por más que se empeñen, no conseguirán que deje yo de seguir la justicia y obrar bien».

Don Alonso conocía perfectamente á sus cortesanos. Volviendo de Sicilia por mar, ocupábase una mañana en echar pedazos de bizcocho á las aves acuáticas que seguían la galera, las cuales, luégo que co-

sían un pedazo, alejábanse volando y no volvían sino para cojer otro. Los caballeros de su séquito, que iban todas las mañanas á saludarle, halláronle aquel día ocupado en este pasatiempo; y como pareciesen extrañarse, les dijo:

«La mayor parte de mis cortesanos son como estos pájaros; no bien han recibido de mí el beneficio ó recompensa que ambicionan, aléjanse pronto y no vuelven sino para obtener cosa mayor».

Así como conocía los defectos de sus gentes, sabía también conocer y recompensar los méritos. El general Pissini, v. gr., que se distinguió mucho por su valor y pericia militar en la guerra de Italia, se granjeó con esto en la corte muchos envidiosos, uno de los cuales dijo en cierta ocasión delante de D. Alonso:

«Después de todo, ese hombre de quien tanto caso hacen y tan alto ponen, no es más que el hijo de un carnicero».

«Mirad lo que decís—observó el rey con severidad,—porque el hijo de un carnicero que de tan humilde cuna sabe elevarse por el mérito de sus actos á tal altura, está por encima de un rey que no tiene más mérito que el rango de sus antepasados».

Fuera en esta misma ó en otra ocasión, díjole con gran énfasis un cortesano adulador:

«Señor, no sois simplemente rey como los otros, sino hermano, sobrino é hijo de reyes».

«¿Y qué prueban todos esos títulos?, observó vivamente don Alonso. Prueban que, si tengo una corona, es por sucesión, es porque la heredé de mis antepasados, pero no que por mis méritos sea yo digno de llevarla. Reparad lo que decís, caballero».

Habiendo dispuesto la ciudad de Nápoles elevar á D. Alonso un arco de triunfo, tenía que ser derribada, para que hubiese espacio conveniente, la casa de un bravo oficial que se había distinguido mucho en las guerras de Italia. Sabiendo D. Alonso que iban á demolerla, se opuso terminantemente y dijo:

«Prefiero ver en pie la casa de un soldado fiel, á ver un

vano monumento que, al fin y al cabo, no es más que un montón de piedras».

Era tan poco amigo de vanas exterioridades, que hasta en sus vestidos evitaba toda señal de magnificencia, de suerte que en el vestir casi no se distinguía de cualquier hombre ordinario. Representáronle una vez que era conveniente sostener con cierto aparato exterior la majestad real, y respondió:

«No son la púrpura ni los diamantes los que deben distinguir á un rey, sino la prudencia y la virtud».

En éstas descollaba él, porque no las estudiaba, como tantos reyes, en las teorías aduladoras ni en las costumbres de sus cortesanos, sino en grandes maestros.

«Mis más fieles consejeros y más prudentes ministros, decía, son los finados. Para que en todo me digan la verdad, no tengo más que consultar sus escritos: cuando me place, les pregunto, y siempre me responden sin pasión, sin vacilaciones ni rodeos, sin temor alguno de desagradarme».

En el sitio de Gaeta dió una prueba admirable de su caridad y su justicia. Agotados los víveres de la plaza, los defensores de ella echaron fuera de las murallas á todos los ancianos, mujeres y niños como «bocas inútiles». Hallábase aquella muchedumbre de desgraciados en la situación más crítica, implorando ya la clemencia de los sitiados, ya la de los sitiadores, sin que unos ni otros les atendiesen, antes bien les respondían de los dos campos disparando algunos sus armas contra ellos. Enterado D. Alonso, reunió su consejo para tomar una determinación acerca de aquellos infelices; y opinando el consejo que se les rechazara, el compasivo rey protestó diciendo:

«Primero renunciaré á tomar la plaza, que tal cosa consienta. No han de morir de hambre esas pobres gentes, no: una victoria comprada á tal precio sería digna de un rey bárbaro y tirano, no de un rey cristiano. Yo no he venido á pelear con mujeres, niños y viejos, sino con enemigos capaces de defenderse. Mando que esos infelices sean recibidos en mi

campo, y que se les distribuyan todos los víveres que han menester para su sustento».

Así se hizo.

No menos brilló su intrépida caridad en otra ocasión. Viendo en inminente peligro de ser tragada por las olas una galera llena de soldados y marinos, mandó que se la socorriese; y como el peligro impidiese que su orden fuera puntualmente obedecida, él mismo bajó á una chalupa y se lanzó á socorrer la galera, diciendo á los que querían retenerle: «Más quiero ser compañero que espectador de su muerte». Su heróica intrepidez infundió valor á todos y la galera fué salvada.

No necesitaba D. Alonso de tan terribles trances para ejercitar la caridad y su democracia eminentemente cristiana. Encontró un día á un pobre hombre haciendo esfuerzos desesperados para sacar del barro un pollino cargado de harina que en él se había estacado, y al punto se apeó y con gran esfuerzo ayudó al hombre á sacar el animal de aquel atolladero, ensuciándose todo de barro. Cuando el paisano conoció que aquel hombre era el mismísimo rey D. Alonso, quedó mudo de asombro; pero el rey le tranquilizó diciendo:

«Buen amigo, todos los hombres somos hermanos y todos debemos ayudarnos mútuamente».

No sólo se tenía él por hermano, sino por padre de sus vasallos, y como padre cuidaba de ellos, que así es como un rey cristiano debe gobernar. Representáronle en una ocasión sus consejeros que se exponía paseando solo por la capital y sus afueras, y respondió:

«¿Acaso el padre tiene por qué temer cuando está enmedio de sus hijos? Mi conciencia y el amor de mi pueblo: esos son mis mejores guardas».

Y ahora, lectores, comparad la democracia de aquel rey antiguo con la democracia de otros reyes nuevos que se dicen elegidos por el voto del pueblo...

(*Luz Católica*, núm. 23=7 Marzo 1901).

VI

La Cuestión social (1).

"Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba..."

Yo no soy sabio, pero me ha sucedido hoy lo que al de estos versos: otro ha recogido las hierbas que yo arrojo. Sólo que, en este caso, las hierbas son de cinco francos, que ya quisieran muchos para sí.

¡Pobre E. de B.! No me era desconocido su nombre, sí la persona y sus cualidades. Hoy me ha visitado y casi me ha hecho llorar contándome sus apuros materiales, mucho más graves que todos cuantos yo he pasado: á su lado soy un Creso. Su lamentable relación me ha parecido bastante sincera: nada me ha pedido; pero en honor de la festividad del día (Purificación de Nuestra Señora), le he dado un pequeño socorro que ha recibibo con mucho agradecimiento, y no le ha faltado una buena limosna espiritual que, al parecer, ha recibido de igual modo, diciéndome que le he dado mucho consuelo con mis reflexiones filosófico-cristianas.

De B. es ó ha sido socialista activo, si no estoy muy equivocado; pero me ha dicho que tiene fe y que ésta le ha sostenido; es creíble, y en verdad que le hace falta, pues su tristísima situación, ya casi crónica, no lleva trazas de mejorar. No le conozco en ciencia ni en literatura, ni he podido medir sus alcances; sé que ha publicado varios libros y colaborado en periódicos, nada de lo cual recuerdo haber leído; pero me ha parecido poseer una memoria fenomenal y una in-

(1) Tomado de nuestras *Memorias, impresiones y pronósticos.*

teligencia apreciable, bien que tal vez un poquillo extraviada.

He aquí un hombre que parece capaz, con ansias de ocuparse aunque sea en hacer zapatos, buscando sin tregua cómo ganarse un franco para comer, y no hallando nada, nada que le dé para un bocado de pan que ni aun de limosna encuentra: me pasma que no muera de inanición.

Conozco en París á otros españoles, algunos de ellos amigos míos, que se pasan terribles apuros, y á quienes más de una vez he socorrido con largueza, atendida la escasez de mis medios; pero á ninguno conozco tan infortunado como de B. Esto sucede en un siglo que regolda humanidad, fraternidad, filantropía y otros aires pestilentes, y en este París que tiene su archimillonaria *Assistance Publique*, para dejar morir de hambre á los desgraciados.

Que un holgazán, un vago, uu pródigo, un vicioso padezcan, no es de extrañar; pero que un hombre honrado y capaz quiera trabajar para comer y no pueda; llame como B. á la puerta de las autoridades y no se la abran; implore la caridad de los pudientes y le reciban como el Epulón á Lázaro, ignominia es de que debiera avergonzarse la sociedad al uso. Necesario es que haya pobres; pero es crimen social dejarlos en tan terrible abandono. Si hay pobres, no haya miserables, no haya transidos de hambre, no *haya cadáveres ambulantes*.

Yo me explico perfectamente el socialismo y el anarquismo, engendrados por esta sociedad monopolizadora, acaparadora, formada en su mayoría de avaros y ladrones, que dejan al pobre sin camisa y sin pan.

Ladrones he dicho y no lo revoco. No se les han dado las riquezas para que las dediquen á solo su vientre, sino para que hagan bien á sus prójimos. Y en vez de hacerles bien, los explotan.

El rico que vive para sí sólo y no tiene cuenta con

los males de la sociedad, por ley debiera ser despojado de sus bienes en beneficio de los pobres.

Duro es esto que digo; pero más duro es lo que dijo Jesús Nuestro Señor: «Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el cielo».

Y es porque la inmensa mayoría de los grandes ricos retiene lo que no es suyo y arrebata lo ajeno, olvidando que gran parte de sus bienes pertenece á la sociedad, á los indigentes, que *en caso extremo* pueden lícitamente robarles si no los socorren.

No hay error social que no tenga en el fondo su parte de verdad y de lógica, y hasta la tuvo la Revolución francesa, con relación á los grandes abusos de la monarquía.

Desgraciadamente, no es esa verdad ni esa lógica, sino el desenfreno de la pasión, lo que domina en las explosiones populares y en las doctrinas que las producen. Si todo procediera según la parte de buen fondo, yo daría mi nombre al socialismo, porque nuestra podrida sociedad no tiene más remedio que el de una máquina gastada; hay que renovarla toda.

Y en este sentido, puesto que ella no se renovará, sino que seguirá cometiendo nuevos y mayores abusos, Dios Omnipotente será el primer socialista, destrozándola á rayos y truenos para reconstituirla después.

Contados son los publicistas modernos que no se han echado á resolver teóricamente la pavorosa cuestión social. A mi pobre entender, yerran todos, buenos y malos, porque todos suponen que esta sociedad es un enfermo sanable por la medicina, no siéndolo más que por una cirugía inexorable que nadie puede ejercer sino Dios.

Ni siquiera la Encíclica *Rerum novarum*, tan admirable en caridad y doctrina, puede resolver la cuestión *hic et nunc*, porque su aplicación necesita una sociedad constituída según Dios. No es de ella el defecto; es

nuestro: dad buen vino á un buen estómago y le sentará bien; pero si queréis que siente bien á un estómago inflamado, curadlo primero.

Y esta sociedad no se cura como el estómago; se ha de curar cortándola al rape, como el cabello á los tiñosos.

Cuanto más ahitos estamos de progreso moderno, peor constituída se encuentra la sociedad. La ciencia del día, la ontología de la civilización, la lógica de todos los raciocinios, la rueda motora de toda la máquina social, es la ciencia económica. *Pecuniae obediunt omnia.*

Y esta ciencia económica no distribuye la riqueza, no la fomenta sino en provecho de unas cuantas compañías ó afortunados particulares que lo acaparan y monopolizan todo, formando como un mar adonde acuden todos los ríos de dinero que surcan el mundo. Por eso el número de pobres aumenta á medida que aumentan los millones de los acaparadores.

Esto es un crimen social legalizado, dignificado, divinizado por las leyes y las costumbres: el fin supremo de la civilización es la comisión de ese crimen. ¡Y los cometedores de él dicen que todo marcha bonitamente, porque tienen montañas de oro con que comprar el hartazgo y el placer, mientras millones de infelices se mueren de inanición y de miseria! ¡Y se figuran que Dios no se ha de tomar venganza!

Cuando se la haya tomado, reconstituída la sociedad, se impondrá un límite á los monopolios y á las empresas, de suerte que se hagan en beneficio de la sociedad y no de cuatro avaros que la exploten como ahora. Nace uno de padres millonarios: la sociedad no le debe ni una sed de agua; su único mérito es haberse criado entre algodones; su única ocupación cobrar las rentas y vagar en busca de satisfacciones y placeres, ó bien, sin olvidar esto, ocuparse en explotar la sociedad para redoblar sus caudales. He ahí el tipo de los ricos de la época, con raras excepciones.

Y ¿por qué se ha de reputar mérito haber nacido con fortuna? ¿Por qué á los ricos, que se bastan á sí solos y no necesitan de padrinos ni protectores, se les han de facilitar medios de enriquecerse más y más y dominarlo todo, mientras el verdadero mérito y el ingenio son desconocidos y postergados?

Es necesario que se inviertan los papeles: es necesario que se dé al pequeño capital, y sobre todo á la virtud y al ingenio, lo que se da á los grandes capitales, y viceversa, poniendo trabas á la acción mecánica de los ricos y dando facilidades á los hombres de valer; de suerte que, si alguien amontona riquezas, sea por su saber, por su ingenio, por su mérito, no por la estúpida razón de alargar la mano con cuatro para recoger ocho.

(*Luz Católica*, núm. 16=17 Enero 1901).

VII

La solución social de la Cruz.

Problema social llaman al actual conflicto de la pobreza con el dinero, y no hay tal problema, porque veinte siglos ha dió Jesucristo la solución, la única solución, que la Iglesia ha tenido buen cuidado de recordar continuamente á los pobres y á los ricos, á los criados y á los amos, á los obreros y á los patronos. León XIII ha repetido la doctrina social de la Cruz derramando torrentes de viva lumbre en el mundo del trabajo, con sus tres Encíclicas *Quod apostolici muneris*, *Rerum novarum* y *Graves de communi*. Los obreros católicos de Roma acaban de grabarlas en los tres grandes tableros de bronce que han regalado al augusto Autor.

Pero las soluciones de Dios no agradan á los adoradores de *Mamón*, *quorum Deus venter est*. Han escrito

millones de libros, folletos, periódicos y hojas, y pronunciado millones de discursos proponiendo soluciones á cuál más descabellada; la única solución, la solución de la Cruz, es para ellos una zirigaña, una utopía del obscurantismo.

Todas sus soluciones empiezan y acaban en la pretendida ciencia económica, y la ciencia económica «está agotada», según confesión de un rotativo liberal, de suerte que «erróneamente procederán los parlamentarios que acudan á la Economía política en demanda de soluciones».

Ha escrito aquel periódico estas palabras inconciliables con sus pestíferos principios, porque dan actualidad á la cuestión social los desatinos vociferados en el circo parlamentario, teatro por horas de reglamento, ó círculo de compadres, conocido por el nombre de Congreso de los Diputados. La huelga, sofocada á tiros en Barcelona, no ha dado al asunto tanta actualidad como los desvaríos que en el Parlamento han brotado á borbollones tratando de dicha huelga, y por ella, del que llaman problema obrero ó social.

Después del artículo anterior, ¿qué más podemos decir, si la solución es única, y está tan clara? En todo caso, podríamos repetir: que pues la solución de la Cruz no se acepta á buenas, Dios la hará aceptar á truenos y rayos, destruyendo esta podrida máquina social que debe ser substituída por una nueva, porque no tiene compostura.

Sin embargo, bueno es añadir algo más en confirmación de la única solución sobredicha, y ante todo sepamos qué doctrinas predican al pueblo sus seudoregenadores. Citaremos sólo palabras no más viejas de dos meses:

El robo no es delito, se grita en un mitin de Barcelona. El asesinato y el incendio son lícitos y necesarios, vociferan por todas partes los sectarios de *Electra*. El asalto, el saqueo y la destrucción de igle-

sias y conventos, y la sangre de los ministros del Señor corriendo al pie del ara santa, son notas viriles y vibraciones nacionales, dice un *Vice-versa* de *El Liberal*. El pueblo debe ir á saciar su codicia saqueando conventos de religiosos, y sus apetitos carnales en los de las vírgenes consagradas al Señor, ronca *El País* y reproduce en todas las provincias la prensa avanzada. ¡Menos religión y más recaudación!, exclama *El Diluvio*. ¡Venga un 93 español!, exclaman los periodistas republicanos, los librepensadores, los socialistas, los libertarios y otras fieras de la *menagerie* revolucionaria.

¿A qué citar más? En el burdel social de las Ménades, autorizado por los gobiernos y celebrado por los escritores sin Dios y los oradores sin honor y sin vergüenza, todo son borracheras y furias por el estilo de las indicadas. Esas doctrinas se predican al pueblo. ¡Pobre pueblo! Y luego le persiguen á tiros y sablazos por las calles, cuando intenta gobernarse por estas doctrinas, los mismos que se las enseñan ó las declaran legales. Imagínanse que ese pueblo seducido será siempre carne de cañón, y yerran miserablemente. Oíd lo que poco ha escribía uno de los principales masones de Europa, según lo reprodujo la prensa católica:

«En muchas cosas hemos pecado por exceso. Quisimos arrebatar al pueblo cuantos dioses veneraba en el cielo y en la tierra; arrancámosle su fe religiosa, su fe monárquica, su probidad, sus virtudes de familia, y ahora que oimos en lontananza sus sordos rugidos, nos damos á temblar, temerosos de que el monstruo nos devore. Y no hay que esperar de él piedad; poco á poco le hemos ido dejando sin el menor sentimiento bueno... Sea la que fuere la suerte reservada á las ideas que han difundido las sociedades secretas, es seguro que seremos vencidos y que encontraremos dominadores. ¡Qué desengaño! Efímera ha sido nuestra fuerza, y nos deja para pasar á otras manos crueles, sanguinarias y desvergonzadas».

Y será muy lógico, por horrible que sea el desbordamiento de la demagogia, mayormente después que la masonería enseñó á los ricos á cuidar de las bestias con esas beluínas «Sociedades Protectoras de los ani-

males», y á quitar el pan á los hospitales y explotar y exprimir á los obreros en las fábricas y talleres. San Juan de Dios que viniera hoy á cargar á cuestas con los pobres y derramar en ellos la caridad de Dios, sería vilipendiado por los sabihondos de la economía política que piensan con el vientre y se arrastran con la cabeza; por lo cual el Santo podría decirles: «Hermanos, este es el juego de Virlimbao, tres galeras y una nao; del cual, mientras más viviéredes, menos aveys de aprender».

Porque niegan por sistema la verdad conocida, que es pecar contra el Espíritu Santo. El que tiene hambre y sed de aprender es el pueblo, aunque parezca lo contrario, y bien lo saben esos profetas aborrecibles que lo asedian á peroratas y periódicos y proyectos y leyes abominables. El pueblo madruga más que los aristócratas de la sangre y del dinero para aprender la doctrina.

«Entró Jesús muy de mañanita en el Templo, dice el Evangelista, y al punto le rodeó todo el pueblo, á quien Jesús predicó: más tarde acudieron los escribas y fariseos con una mujer sorprendida...» (VIII, 2 y 3).

El pueblo gusta tanto de oir buenas doctrinas, que así sea el pueblo judío, sigue en mayoría á Jesucristo por montes y despoblados; y si además la buena doctrina le es confirmada con hechos, entonces se entusiasma y aclama. Oyó á Jesucristo y le admiró siguiéndole; pero cuando el Hijo de Dios le dió de comer obrando el milagro de los panes y los peces, entonces quiso aclamarle rey, lo cual hubiera hecho, á no desaparecer Jesucristo. (Joan. VI).

He ahí por qué el Cardenal Monescillo condensó la solución cristiana en dos palabras tan sencillas como profundas: *Pan y hojas de catecismo*. Gusta el pueblo que le enseñen; pero el catecismo no le basta: quiere pan, y por la manera de darlo conoce la bondad de la doctrina, como los discípulos de Emaús conocieron á Cristo por el modo de partir el pan.

Nadie más que la Iglesia puede dar al pueblo estas dos cosas; por eso si los falsos maestros logran embaucarle, de admirador de Jesús se convierte en enemigo que pide su muerte; y después, por rigurosa lógica, se subleva contra toda autoridad y convierte la Judea en un país de sangre y ruínas, hasta que un Vespasiano y un Tito lo pasan á degüello.

Tal es la suerte del pueblo seducido; y tal será la solución del presente conflicto social. La demagogia subirá robando, matando, exterminando; después será pasada á cuchillo, y sólo entonces se establecerá la solución de la Cruz.

(*Luz Católica*, núm. 75=13 Marzo 1902).

VIII

Democracia de los Apóstoles.

(Epístola Católica de Santiago, caps. II y V).

«Hermanos míos: no intentéis conciliar la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo con la acepción de personas. Cuando entra adonde estáis un hombre que luce sortijas de oro y rico traje, y al mismo tiempo un pobre mal vestido; si ponéis los ojos en el que viene con vestido brillante y le decís que se siente en buen lugar, y al pobre, por el contrario, decís que se esté de pie ó se siente en el suelo, ¿no es claro que formáis en vuestro interior un tribunal y os hacéis jueces de sentencias injustas?

»Oid, hermanos míos muy amados: ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo para hacerles ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman? Verdad es, pero vosotros habéis afrentado á los pobres.

»¿No son, oh pobres, los ricos quienes os tiranizan con su poder y os arrastran á los tribunales? ¿No es blasfemado por ellos el buen nombre de Cristo, que fué invocado sobre vosotros?

»Si es que cumplís aquella regia ley de la caridad, *amarás*

á tu prójimo como á ti mismo, bien hacéis; pero si sois aceptadores de personas, cometéis un pecado, y la ley os reprende como transgresores, pues aunque uno guarde toda la ley, si quebranta un mandamiento, viene á ser reo de todos los demás.

»*Hablad y obrad como estando á punto de ser juzgados por la ley evangélica de la libertad, porque aguarda un juicio sin misericordia al que no usó de misericordia; pero obtendrá juicio favorable el que fué misericordioso.*

»¿De qué sirve á uno, hermanos míos, decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Por ventura la fe podrá salvar á este tal? Si el hermano y la hermana están desnudos y necesitados del cotidiano alimento, ¿de qué les servirá que alguno de vosotros les diga que se vayan en paz y se defiendan del frío y coman á satisfacción, si no les dais lo necesario para reparo del cuerpo?

»Así, pues, la fe no acompañada de obras, está muerta en sí misma.

»Ea, pues, ¡oh ricos! llorad, levantad el grito *en vista de las desdichas que han de sobreveniros*. Podridos están vuestros bienes y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido, y *el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días.*

»Sabed que el jornal que no pagasteis á los trabajadores que segaron vuestras mieses—ó elaboraron vuestras industrias—está clamando contra vosotros, y el clamor de ellos *ha penetrado los oídos del Señor de los ejércitos.*

»Vosotros habéis vivido sobre la tierra en banquetes y delicias, y os habéis cebado á vosotros mismos *como víctimas preparadas para el día del sacrificio*. Vosotros habéis condenado al inocente y le habéis muerto sin que os haya hecho resistencia.

»Pero vosotros, pobres hermanos míos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, esperando recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe la lluvia temprana y la tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones, porque *la venida del Señor está cerca.*

»No os querelléis unos contra otros, hermanos míos, para no ser condenados aquel día; mirad que *el Juez está á la puerta*. En los malos sucesos y desastres, hermanos míos, tomad ejemplo de paciencia de los Profetas, que hablaron en el nombre del Señor.

»Ello es que tenemos por bienaventurados á los que así padecieron. Habéis oído la paciencia de Job y visto el fin del

Señor. Cobrad ánimo, porque el Señor es misericordioso y compasivo».

IX

Sobre periodismo (1).

Esta barahunda de periódicos me tiene como atontado, y tiempo ha secuestrado de mis trabajos comunes, por lo cual comienzo á sospechar seriamente que no soy agradable á Dios Nuestro Señor, agitándome en ese terreno ingratísimo y tan lleno de hierbas ponzoñosas; y además, es tan poco lo que consigo para lo mucho que me molesto, que será forzoso terminar pronto por abandonar á todos esos señores á su afán de cuartos.

Sin dinero no se hace nada entre tales gentes, que al que mejor unta es á quien dan mayor bombo. Esta es una terrible plaga internacional que debe desaparecer en próximo día, porque la sociedad no puede continuar así: la causa de todos sus disturbios son las codicias y las imbecilidades de la prensa.

¿Qué es el periodismo? Un negocio en que se explotan la conciencia, el honor, la mentira, el escándalo, como se explota una mina, un ferrocarril, una fábrica, y en que no se respetan ni las más sagradas intimidades del hogar. La mayoría de los periódicos se funda por el lucro; y aun de los que salen para defender una idea, poquísimos hay que no vendan las demás.

Y ¿quiénes son los periodistas? Generalmente son estudiantes tronados y pigres, que han recogido en las aulas bastantes calabazas para echarse á nadar en ese mar turbulento. Los que no valen para aprender, los que oficialmente están declarados espúreos de la ciencia, se arrogan el papel de maestros de la sociedad y

(1) Del libro citado en la nota anterior.

encauzadores de lo que llaman opinión pública, y hablan y despotrican de todo con ínfulas enciclopédicas.

Id á toser delante de esos sabios de toda broza, y sabréis lo que es desdén; y si á tanto no queréis exponeros, preguntad á las «Sillas del prado», y os dirán quiénes son.

¡Vaya una sociedad civilizada esta, cuyos maestros, cuyos catones, cuyos guías, son cuatro garabateros que se van de pluma como los sacamuelas de boca! Porque, si bien es cierto que también los hay instruídos y hasta sabios, son los menos, y por cada uno de estos que no se vende, hay doce que son doce subastas públicas.

Pues añádase á todo esto el mal que hace la prensa en sentido religioso, y se verá que las ranas y langostas del país de los Faraones serían una plaga harto más llevadera que esta del periodismo. Los periodistas han hecho las revoluciones desde el *Terreur*, y ellos harán las que van á venir muy pronto á teñir de sangre toda la tierra.

Si para explicar una lección á los muchachos, ó para curar á un enfermo, se exige una carrera coronada de título, ¿cuánto más para hablar por escrito á todas las clases de la sociedad y señalar remedio á sus males? Si no se discurre un medio de establecer cómodamente la previa censura, á esa carrera habremos de llegar, á la carrera del periodismo, que habrá de ser tanto más larga cuanto es más complicado su objeto; bien que algunas carreras hay que para el caso necesitarían añadir pocos estudios.

Entonces nadie podrá ejercer de dómine de la sociedad sin sus estudios y su título correspondientes. Y hasta debiera dividirse este título en elemental y superior, como el de los maestros: el primero serviría exclusivamente para la parte periodística de información; el otro para ésta y la de apreciación. Para los

periódicos técnicos no se necesitaría de más carrera que la del ramo.

Una severa ley que pusiera coto á las *subvenciones*, etcétera, debería servir de complemento á estas disposiciones. Cuando todo esto se haga en armonía con la Religión, pocos meses bastarán para regenerar el mundo.

(*Luz Católica*, núm. 35=30 Mayo 1901).

CAPÍTULO XX

VARIOS

CAPÍTULO XX

VARIOS

I

Fe, esperanza, caridad (1).

Confiemos en la Providencia, pero sin sombra de temeridad por un lado ni de duda por otro. Si el Señor nos llama... «bramará Satán, tú lo dices, pero nosotros seremos victoriosos con Cristo». *Ommia in ipso constant,* dice San Pablo; «todas las cosas subsisten por Cristo». Por más contradiciones que se levanten, «si Dios está por nosotros, ¿quién podrá con nosotros?» Nadie y nada. *Dominus regit me...* «Dios nos rige y nada nos ha de faltar».

Abandonémonos al Señor, nada intentemos sin el Señor, *omnem solicitudinem projicientes in eum,* como aconseja San Pedro; «descargando en su seno todas nuestras solicitudes, pues Él tiene cuidado de nosotros». Obrando así, haremos grandes cosas; y si no, las haremos pequeñas y malas; porque, como dice el Sabio, «en manos de Dios estamos nosotros, y nuestros discursos, y toda sabiduría».

No, nada intentemos sino en Cristo, con Cristo y por Cristo. «¿Quién es,—pregunta el profeta de los

(1) De una carta del autor.

Trenos,—quién es ese que manda las cosas sin que las haya mandado el Señor?» Tengámonos por lo que somos, por vilísimos instrumentos que el Señor ennoblece utilizándolos, y tomemos como venidos de su mano todos los contratiempos que nos sobrevengan, recordando aquello del profeta Amós: «¿Hay acaso en la ciudad algún mal que no sea dispuesto por el Señor?»

No hay hado, no hay acaso, no hay suerte, nada hay fatal ó fortuíto, todo viene de Dios. «Métense en el saco las suertes, dice el libro de los Proverbios, pero Dios es quien las dispone».

Confiemos, sí, pero no nos durmamos, no escatimemos cosa alguna de nuestra parte, no seamos temerarios por falta de cooperar. Oremos, pensando en lo que puede ser mejor, para escogerlo en su día, «no porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento como de nosotros mismos, dice el Apóstol, sino que nuestra suficiencia viene de Dios, y Dios es el que asimismo nos ha hecho idóneos para ser ministros suyos».

Preparémonos también, pensando en las iniquidades que comete el mundo, para cobrarles odio implacable como David, que dijo: «Odié la iniquidad y la tuve en abominación». *Guerra á la maldad y misericordia á la flaqueza* debe ser nuestro lema; y después de lanzar á los fariseos los rayos de nuestra ira, vayamos á comer con el publicano y consolemos á la pecadora arrepentida.

Así lo hizo el Dios de la Cruz y así lo harán sus Crucíferos: ira y dulzura, guerra y paz, leones y corderos. León de Judá es Jesucristo nuestro Jefe, y Cordero de Dios; Cordero que así se deja desollar sin dar un balido, como abre los sellos del Apocalipsis y triunfa lleno de ira. «Escondednos de la ira del Cordero», oyó San Juan que clamaban los príncipes del mal.

Yo tengo deseos de venganza, muy grandes deseos

de muy grande venganza; y si Dios me ayuda como espero...

En cuanto á los tratos que me han dado los hombres, ya sabes cómo pienso: no he de molestar á nadie, perdono á todos desde ahora, y si estuviera en condiciones, les diría como José á sus hermanos: «No temáis; ¿asaso podemos algo contra la voluntad de Dios? Intentasteis hacerme mal, y Dios lo ha convertido en bien, para elevarme como veis. No temais, yo cuida ré de vosotros...»

Esto aparte de lo que pertenece á la vindicta pública.

(*Luz Católica*, núm 23=7 Marzo 1902).

II

Los católicos despiertan.

Caliéntanse la cabeza de algún tiempo á esta parte más de cuatro periodistas católicos, esforzándose en hallar la causa del fenómeno internacional que en un querido colega alicantino acabamos de leer expresado de esta manera:

«Un periódico hacía notar días pasados que Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados-Unidos... es decir, las naciones más ricas, ilustradas, poderosas y florecientes, se hallan libres de las vergonzosas *vibraciones* que conmueven y deshonran á la raza latina, decaída, corrompida, corruptora y sectaria».

Nunca se explicará la verdadera causa de semejantes efectos, mientras se estudie á la sola luz natural de las eiencias sociológicas. Siendo de fe que todos estos sucesos son decretados ó permitidos por el Autor y Gobernador del Universo, inútil es estudiarlos sin partir, como de su principio, del Gobierno de la divina Providencia. Hay tal costumbre de olvidar en la práctica este punto capital de la fe de Cristo,

que casi todos hablan y escriben como si Dios se estuviera paseando por la cima de sus cielos, sin cuidarse de las sociedades, cuyos vaivenes son, por lo tanto, meros efectos del libre albedrío de los hombres, ó de un hado cuyo intrincadísimo futuro carece de principios y de reglas.

Es lo mismo que pretender escribir una magnífica obra de literatura sin emplear nunca el *alfa* y la *omega*, ó descifrar una agudísima charada olvidando del todo la primera sílaba, ó explicar el Apocalipsis con omisión del número siete y prescindiendo de la acción divina.

La raza latina es la depositaria de la fe de Cristo, es el pueblo judío del Testamento Nuevo, y en este pueblo desfoga preferentemente su rabia Lucifer, como la desfogó en el antiguo, porque los demás adoraban á él y no á Dios. Dios lo quiere así, en virtud de su ley eterna, y necesaria supuesta la condición del hombre, de sacar el bien de las entrañas del mal.

Las naciones que hoy prosperan son las separadas de la Iglesia Romana, y decaen las que le permanecen fieles, que son las latinas de uno y otro continente. En éstas es donde la masonería y su hijo el liberalismo despliegan toda su furiosa actividad, sabiendo que para conseguir sus fines es indispensable descatolizar enteramente dichas naciones; que las otras, todas protestantes, cismáticas ó infieles, bien manejables son en sentido religioso.

He ahí la causa de la decadencia de la raza latina; y además hay otra causa, quizá la principal, como es el castigo que merecemos por nuestra infiel correspondencia á la vocación de depositarios de la fe de Cristo; pero castigo que al mismo tiempo, purificándonos, sírvenos de preparación para las grandes empresas futuras que Dios nos ha encomendado. Sin un castigo horroroso no triunfaremos, *ni empezaremos á levantarnos de veras sino en lo más recio del castigo.*

Estamos en días casi idénticos á los del pueblo hebreo en tiempo de los Antíocos. Víctimas somos de los incircuncisos y de los traidores, y aun lo seremos más; pero Judas Macabeo está próximo á ponerse al frente de los ejércitos de Dios.

¿Queréis una imagen fidelísima de lo que está pasando? No es solo imagen; es profecía, gran profecía, como que es un capítulo del Apocalipsis, el XII, donde se describe la lucha de la Mujer (la Iglesia en un sentido, la raza latina en otro y España en un tercero bastante literal) y de su hijo el Gran Monarca, con auxilio de San Miguel y sus ángeles, contra el dragón infernal ó las sectas coaligadas. Y si alguien desea ver un comentario ó paráfrasis de dicho capítulo, consulte la *Visión Apocalíptica* de nuestro cap. IX y el art. IV del XVI.

III

Palabras de fuego.

Los admirables destinos de esta Mujer valerosa y de su Hijo varón necesitan de una preparación larga y laboriosa, dadas las leyes del Gobierno de la Providencia, y no han de llegar á la plenitud de ellos sin que antes haya intentos, planes, ansias de empezar la acción decisiva, por parte de muchos que creen en Dios y á Dios. Acordaos de los Macabeos, y por su historia sabréis la nuestra.

En efecto, los católicos despiertan con un despertar grandioso; pero todo esto es una simple preparación. El grito varonil del P. Coubé no se perdió en Lourdes; resonó por todo el mundo y despertó á muchos Coubés que dormían un sueño providencial. Y pues al enérgico P. Coubé hemos nombrado, justo es ocuparnos del discurso arrebatador que pronunció

delante de la basílica del Santo Rosario, á 18 de Abril. Es un tema que no se hace viejo. Vamos á traducir parte de lo que dijo *Le Figaro*, nótese bien, *Le Figaro*, de 25 de Mayo:

«Quizá desde la predicación de las Cruzadas ningún orador haya tenido, en medio de tan maravillosa decoración, un auditorio tan espléndido, esto es, sobre 50.000 hombres extendidos por la esplanada, y en las montañas vecinas otras muchedumbres que subieron allá para gozar mejor de aquel portentoso espectáculo. La voz del P. Coubé era tan clara y vibrante, que se le oía muy bien de todas partes: esto era verdaderamente prodigioso. Hablaba lentamente y marcaba muy bien todas sus palabras: cada una producía su efecto. Pronto el auditorio todo quedó literalmente electrizado.

»El P. Coubé acababa de saludar con palabra inflamada á los héroes y la bandera de Patay y del Pei-Tang, y añadió:

»Mas ¿por qué saludar á esa porción escogida? ¿Es que aquí no somos todos soldados bajo la bandera de Cristo? Pues ¡adelante, soldados de Cristo, adelante, marchemos a la conquista de la libertad! ¿Acaso en este hermoso país de Francia la libertad pertenece solamente á los descreídos y malhechores?

»La muchedumbre.—¡No, no!

»—¿Es que los católicos han de seguir resignándose á no ser más que unos parias en su vieja y santa Patria?

»La muchedumbre.—¡No, no!

»—¿Es que todo esto no es intolerable?

»La muchedumbre.—¡Sí, sí!

»—¿Es que vosotros lo vais á consentir por más tiempo?

»La muchedumbre.—¡No, mil veces no!

»—¿Es que no sentís el aire de libertad que sopla desde la cima de estas montañas, que os vivifica, y que mañana pondrá en conmoción á todo el país?»...

»Estas palabras produjeron un entusiasmo indescriptible, una interminable tempestad de aplausos, que los directores de la peregrinación no podían contener.

»Entonces fué cuando Mgr. Schaepfer, obispo de Tarbes, que hacía rato estaba dando señales inequívocas de impaciencia, se levantó, llamó al P. Lemius, superior de los capellanes de Montmartre, y le mandó que hiciese callar al orador. Felizmente, el P. Lemius no quiso obedecer este mandato; porque tales eran las disposiciones de la muchedumbre, que si el P. Coubé llega á callarse por orden del Obispo, nadie sabe lo que hubiera sucedido. Lo que hizo el P. Lemius y en esto le ayudó el mismo P. Coubé, fué pedir al auditorio que

cesasen los bravos y aplausos, mas todo fué inútil por unos momentos. Calmada después la agitación (y enfadado el Obispo) prosiguió el P. Coubé, hablando de elecciones y otras cosas, y tuvo frases de mucho efecto, como las siguientes que mantuvieron la tensión eléctrica de la muchedubre:

»Esta peregrinación no sería nada, no produciría nada, no pasaría de ser un hecho banal, *si al fin de ese hecho no reluciese una espada*...

«¿Vais á votar por Barrabás? ¡No, no mil veces! Esto sería sancionar las leyes impías que pronto crucificarán al Salvador. No, ¡ah! no crucificaréis vosotros á este Rey amado; no, no dejaréis que otros le crucifiquen... Van á presentárosle revestido con la púrpura de burlas de que le adornó Pilatos; pero vosotros lo libertaréis y pondréis en sus hombros el manto real de su soberanía social»...

«Después del discurso, el Obispo encargó al P. Lemius que transmitiese al orador la expresión de su disgusto y le rogase ó le mandase que *el discurso no fuese publicado*, á lo cual accedió el P. Coubé».

Basta; pero sepan nuestros lectores que la prensa católica francesa empleó un lenguaje más enérgico que el del *Fígaro*... y recuerden, porque tiene aplicación aquí, el artículo *Epifanistas y Macabeos* del capítulo VIII.

Las naciones europeas van á dividirse en dos solos campos: de Macabeos y Epifanistas... Los Macabeos van surgiendo en España más seriamente que en otras partes, y una prueba de esto son las corrientes de unión que se han producido entre los buenos católicos.

Si los profetas y la filosofía providencial de la historia, y los principios invariables de psicología social no nos prometieran con toda seguridad la venida inminente de un hombre que nos ha de salvar, podría prometérselo el que supiera comprender lo que ha de salir de las ansias de unión que se han despertado entre los buenos católicos españoles, enfrente del desbordamiento judáico-masónico-liberal, desde que *Luz Católica* apareció para anunciar todo lo que está pasando y mostrar en ello la preparación de los caminos del Gran Monarca.

Cierto que *Luz Católica* no esperó que se hiciese la unión definitiva sino cuando estemos á punto de ahogarnos en un mar de sangre, porque ciertos elementos oficiales sólo entonces caerán del pedestal de su soberbia y su egoísmo; mas no por eso deben los buenos católicos cejar en sus trabajos por la unión, para facilitarla, ya que no pueden ahora consumarla, y en este punto no andamos nosotros remisos.

A *Luz Católica* atribuyen muchos de nuestros lectores el espíritu de unión que se ha desarrollado. Nosotros ningún interés tenemos en ser iniciadores ni primeros en nada, y sin conceder ni negar lo que se dice, notamos solamente que ese espíritu general no existía antes de *Luz Católica*, y que así en Navarra, como en Salamanca, como en Valladolid, como en Valencia, como en Sevilla y otras partes, las ligas de unión católica se han formado sustancialmente al tenor del españolismo que *Luz Católica* vino defendiendo. De Dios viene todo bién; á Él sea dado honor y gloria por todo.

(*Luz Católica*, núm 35=30 Mayo 1901)

IV

Alianzas.

¿Por nuestra cara bonita? ¿por la dinastía borbónica? ¿por hacer el caldo gordo á determinada personalidad?

Ríanse ustedes del que les venga con semejantes inocentadas de tan descomunal calibre, y comiencen por batir las mandíbulas de risa, con toda la seriedad del burro, empleada esta vez por la prensa de gran circulación, esa prensa asalariada, según dijeron en el mensaje á D. Alfonso los Prelados reunidos en el Congreso Católico de Compostela.

Hoy no somos ni chicha ni limoná. Ni nos hacen caso, por inferiores, ni hay quien busque nuestra amistad, por colosos; y sin embargo lo dice *El Imparcial*, órgano hidraúlico del acuático exministro señor Gasset; lo dice el papel del maestro Ferreras, lo dice el desafinado órgano del imperfecto ministro de Instrucción pública; lo dicen, en fin, todos esos rotativos de primera fila que constituyen la flor y nata del periodismo modernista por lo anticuado.

Dicen que Francia solicita á toda prisa nuestra alianza; que el ministro ruso de Negocios Extranjeros es esperado exclusivamente venido de Rusia, para celebrar en París y Madrid, respectivamente, conferencias de gran importancia con Mr. Loubet y con don Alfonso; que el duque de los Abruzos ha venido á España con el mismo fin, y que pronto vendrán no sé cuántos embajadores de otros tantos Estados á sacar á España de sus casillas, obligándola á ser *coqueta* ó á que se decida á dar su mano á uno solo de los miles de pretendientes que la solicitan.

Y sigue diciendo la prensa que todo esto es debido á nuestra preponderancia y al respeto y cariño con que miran las potencias á la familia reinante.

¡Ca! si esas naciones no tienen cariño ni á la camisa que visten los suyos, no siendo para robársela...

El cariño y el respeto que nos manifestaron cuando los Estados Unidos, gracias á Sagasta y Moret, cometieron con nosotros las infamias é iniquidades que el mundo entero conoce. Hicieron mangas y capirotes, atropellaron las leyes de la guerra, el derecho internacional, el *derecho* de gentes, empleando todos los *torcidos* imaginables. Y, sin embargo, ninguna potencia dijo esta boca es mía.

¡Hasta la República de Andorra se declaró neutral!...

¿Y ahora buscan nuestra alianza y nuestra amistad? Esa actitud de las potencias estriba en que sus di-

plomáticos ni son ranas ni tienen un pelo de tontos, y saben perfectamente, y ven con ojo avizor los grandes conflictos del porvenir, y que no tardarán tanto en llegar como se figuraban algunos, burlándose de *Luz Católica* y blasfemando de su Director; y que esos conflictos han de resolverse en el mar latino, y que el triunfo será, sin duda alguna, del que cuente con las ventajosas posesiones de nuestro patrio territorio.

Y como saben todo esto y otras cosas más gordas que se callan porque no les conviene decir, se vienen ahora lavando la cara á D. Alfonso y á Doña Cristina, y los liberales creen que las potencias buscan y solicitan la amistad y alianza nuestra por... eso, por la cara bonita de que antes hemos hablado.

Lo que nos causa gran disgusto es el pensar que no sabremos aprovecharnos de esas amistades que ahora se nos brindan, ni de nuestra situación topográfica y marítima, y que águilas y cetáceos extranjeros sacarán más partido de España que los mismos españoles.

¡Cuán previsor ha sido el genio de *Luz Católica!*—TORIBIO.

(*Luz Católica*, núm. 102=18 Septiembre 1902.

V

Rumores absurdos.

Para complemento de lo anterior, nos ocuparemos de otra noticia que también va rodando estos días por la prensa desde que la publicó *Le Gaulois*. Según ella, la estancia del emperador Guillermo en Londres, con motivo del fallecimiento de la reina Victoria, ha servido para cimentar la alianza entre Inglaterra y Alemania, añadiendo que se preparan grandes acontecimientos en Europa; pero también se hace constar el disgusto que la prolongada estancia del emperador en Londres ha producido en toda Alemania.

Que en Europa se preparan grandes acontecimientos es cosa que *Luz Católica* viene asegurando desde su primer día, fundada en la lógica providencialista de la historia y en varias profecías. En cuanto á la supuesta alianza, nos parece absurda y vemos claro que Alemania no la quiere con Inglaterra: nos parece que esperar dicha alianza es desconocer el carácter y las miras de dichas dos naciones. Si algún lazo se estableciera, sería de familia, no de nación. Copiemos del libro *Memorias* del P. Corbató, 2 de Abril de 1899, unos párrafos relativos á este asunto, y cuyas previsiones se han cumplido ya en gran parte, como advertirá el lector:

«En Madagascar le sucede á Francia lo que á España en Canarias: flota la bandera francesa, y el ama del cuchillón es Inglaterra; guisamos la vianda y se la come Albión. No se prolongarán mucho estos triunfos ingleses, porque cerca está el día de las venganzas del Señor sobre ese pueblo de corazón mercantil y fe púnica, peor que púnica, con quien España y Francia tienen que ajustar antiguas y largas cuentas.

»En lo de Samoa quedará también victoriosa con los yanquis, hermanos suyos en depredaciones y hecatombes humanas; pero Alemania, que no obstante su mejor derecho, necesariamente habrá de dar por «grato y rato» el bombardeo de Apia, guardará la ira en su corazón hasta que llegue el momento propicio de la venganza. Y digo esto en el supuesto de que en Samoa no se reproduzca ó haya reproducido ya la sangrienta colisión, lo cual es muy de temer, como dije el 30 de Marzo (se reprodujo, en efecto, y se cumplió mucho de lo que precede y todo lo que sigue).

»No es una España traicionada y vendida la que allá lucha: hay allí colonos y soldados de tres potencias que no tienen gobiernos como los nuestros, y que indudablemente se guardarán el odio profundo que les habrá inspirado el conflicto de ahora. Si sucediera lo que yo temo, sería para dichas naciones un verdadero *cassus belli;* pero de todas suertes, á Alemania le tocaría batir algo en retirada, salvando las apariencias del honor oficial, porque no ha llegado el momento de aplastar á Inglaterra ni de contar con esta Francia que dedica á su ilusoria Exposición de 1900 todas las energías que no le absorbe el asunto Dreyfus.

»Cierto que el derecho milita por Alemania; pero el derecho es cosa que se estila un poco, un poco no más, en este

continente; allende los mares no hay más derecho que la voluntad inglesa, la cual, tarde ó temprano, se cumple. Esto lo sabe Alemania tan bien ó mejor que las otras naciones; y sabiéndolo, no se atreverá á romper con lo que casi se acepta ya como una tradición. El pueblo quizá se atrevería; el Estade no.

»Bulow, que es uno de los que en la práctica se atienen á dicha cuasi-tradición, es, además, bastante meticuloso y viejo para lanzarse á tamaña aventura; y el emperador, que á pesar de secretos compromisos económicos y lazos de familia y tratados comerciales, conserva no poco de aquella profunda antipatía que en más de dos ocasiones manifestó tener á los ingleses, se encuentra hoy con su acariciada formidable flota en embrión, y no querrá anular para siempre sus vastísimos planes con una lucha que sería con toda seguridad su derrota.

»Por todo esto, Alemania cederá con aparente honor; pero su ruptura con Inglaterra, que es fatal, llegará más tarde. Guillermo es tan generoso y sensible como ambicioso y voluble; pero creer que á causa de su versatilidad no guardará en su pecho el rencor para hacerlo estallar con el de toda Alemania tan pronto como llegue el caso, sería no conocerle ni tener en cuenta su amor propio, que carece de límites.

»¡Si él pudiera contar con Francia!... Francia se desdeña hoy de tener á Guillermo por aliado, cosa que á él le hiere mucho. Quisiera él, aparte de lo que exigen sus propósitos contra Inglaterra, debilitar la fuerza de Francia, no porque la odie, sino porque es un estorbo para sus planes; mas no pudiendo ni conviniéndole hoy debilitarla, trata, con un tesón superior á su versatilidad, de reconciliarla con Alemania».

Si no lo ha conseguido de la Francia-Nación, lo ha conseguido de la Francia-Estado, por medio del asunto Dreyfus y por otros medios. El P. Corbató concluye así:

«Si Guillermo no odia á Francia, ésta parece empeñada en que la odie, y al fin lo conseguirá para su mal».—Toribio.

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero 1901).

VI

La obra de Alemania.

Profecía de San Vicente Ferrer.

. . . .
. . . .

«Empero, Dios no querrá aún desamparar á la Iglesia, porque la Nave de San Pedro puede peligrar, pero no puede ser hundida. Pues el vano papa será entronizado ó puesto en la silla con el dicho príncipe mayor, de tal manera, que no quedará eclesiástico sin despojar de su beneficio. Esto querrá Dios permitir porque sean purgados los hijos de Leví de su maleza; los cuales de su grado y voluntad nunca quisieron hacer enmienda de sus delitos. Y por mostrar lo que dije, quiero abrir ó declarar dos profecías, las cuales son escritas por Ezequiel, que dice en el cap. VIII como Dios muestra aquel ídolo ser hecho contra el verdadero Vicario suyo por los idólatras, como por los hombres que acostumbran con las riquezas y dignidades hacer los Papas á su voluntad.

Y será todo este mal extendido de la parte de Aquilón, quiere decir, Alemania, como se muestra en Jeremías, cap. I, por estas palabras: *Ab Aquilone pandetur omne malum, etc.* Por lo cual la ira de Dios así descenderá sobre la Iglesia, que las oraciones de los santos más le provocarán á saña que á misericordia, según se muestra en el siguiente capítulo por estas palabras: *Cum clamaverint ad me voce magna, non exaudiam eos, etc.* Cuando llamaren á mí con voz muy grande, no los oiré. En tal manera, que cuantos santos en el mundo fueron no podrán deshacer sola una gota de la ira de Dios, hasta que el Santuario quede purificado, como se demuestra en el siguiente capítulo de Ezequiel por estas palabras: «Llamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Alegráronse las visitaciones de la ciudad, y cada cual tenía un vaso de muerte en su mano. Y he aquí que seis varones venían del camino de la puerta de arriba, que mira al Aquilón». Quiere decir, de la parte de Alemania, y todos traerán en sus manos el vaso de la muerte.

Dice más aún Ezequiel: que venía en medio de los dichos

seis hombres un varón vestido de paños blancos de lienzo, el cual tenía unas escribanías colgadas del cinto. Y dice que había Dios mandado al dicho varón que anduviese por la ciudad poniendo el signo del *Thau* en medio las frentes de los que llorasen; pero que á los llenos de risas y danzas no lo pusiese. Después envió el Señor los dichos seis varones por la ciudad, y mandó matar á cuantos hallasen sin la dicha señal del *Thau*.

Aun les dijo más: «comenzad la muerte desde mi Santuario»; la cual profecía es entendida en tal manera: Las tribulaciones que ha de enviar nuestro Señor hacia el fin del mundo han de ser primero por el Anticristo mixto; porque estos seis varones armados que perseguirán la ciudad, quiere decir la Cristiandad, serán los seis príncipes que tendrán el mando cerca de los cristianos; los cuales darán la obediencia al dicho Anticristo.

Empero, arriba hice mención de siete príncipes, cuando dije que la estatua de Nabucodonosor tenía de ancho siete codos, porque en ellos había uno principal á quien los seis han de obedecer. Y en esta profecía no se hace mención sino de aquellos seis varones que anduvieron toda la ciudad, matando á cuantos no tenían el signo del *Thau* en medio de las frentes; los cuales tienen de comenzar por el Santuario, quiere decir, por los eclesiásticos; y no los matarán á todos, sino á algunos de ellos cuanto al cuerpo, y á otros en las ánimas. ¡Oh, si supiesen los eclesiásticos por qué razón Dios permitirá ser ellos perseguidos en aquel tiempo que será hecho por sus pecados! Creo yo que su comer sería hiel mezclada con vino.

Cómo deben las iglesias ser purgadas por el Anticristo mixto, primero ya lo demostró Nuestro Señor Dios, cuando en persona de toda la Iglesia dijo á los Apóstoles: «Vosotros sois sal de la tierra. Si esta sal se evaneciera ¿con qué salarán? Para nada vale ya sino para ser hollada de los hombres».

Esta sal necesaria, que las ánimas conserva, es la doctrina de los eclesiásticos, que por aquélla conservan las ánimas del pueblo en las virtudes, y cuando ésta evaneciere ó faltare, para nada más vale. Y es necesario que sean despojados de sus beneficios, riquezas y dignidades que han de la Iglesia, por los seis príncipes, pues que son hechos lazos del diablo, lobos rapaces más que pastores, sin guardar de la Iglesia ni de su ganado. Por ende, es fuerza que sea hollado de los hombres malos que apremien así al clérigo, y le sean contrarios como si fuesen infieles y canes rabiosos. Y aún los legos serán contra ellos tan indignados, que pensarán servir á Dios en hacer sacrificio de los sacerdotes. En esta parte digo que será para los malos purificación y para los buenos aumento de virtud.

Empero, aquí se mueve una cuestión, y es si Nuestro Señor permitirá venir todas estas tribulaciones por los pecados solos de la Iglesia. A lo cual digo que no por cierto, mas también por los pecados del pueblo.

Como el mundo será rebelde contra su Dios, por tal manera quiere combatir las cercas y torres eclesiásticas. Por esta razón dice arriba que Dios mandó á los seis varones comenzar primero de su Santuario, y esto era por la gran culpa del pueblo, que es la causa de hacer malos á los Prelados y religiosos. Porque los señores temporales han comenzado á usurpar y tener para sí las rentas y bienes de la Iglesia, siendo avarientos. Será la persecución en los eclesiásticos aumento de virtud y purificación de todos los vicios, como se hizo en el martirio de los Inocentes que fueron muertos por los pecados de sus padres cuando no quisieron recibir á la Madre de Nuestro Señor, por donde le fué necesario parir al Redentor en el establo entre las bestias. A los eclesiásticos será gran dolor y tristeza cuanto á los cuerpos, pero gloria y descanso para sus ánimas, si con paciencia quisieren sufrir las tribulaciones, acusando á sí mismos.

Quédanos de ver quién es aquel varón vestido de paños blancos que tenía colgadas las escribanías en el cinto, el cual señaló con el signo *Thau* á cuantos lloraban y eran tristes. Este varón *será el verdadero Papa* (1), vestido de blanco por ser antiguo y casto, y traerá las escribanías que significan la Potestad eclesiástica, la cual tendrá este dicho Papa mientras viviere, y no algún otro. Este verdadero Papa dispensará con todos, y aun con aquellos de los seis príncipes perseguidores de la Iglesia; porque será este dicho Papa varón muy bueno, dispensando con dulzura y misericordia. Pues cuando viéreis las tribulaciones dichas arriba, podréis muy bien decir: «Ved el estado de la dignidad de la Iglesia puesto en la ruina y perdición».

Empero, este varón muy santo, ó Papa blanco, *verá la muerte del Anticristo mixto*. Acabada la persecución, llamará él á Dios, doliéndose mucho de tanto daño y el mal cometido

---

(1) Es el pastor Angélico, anunciado con este nombre por San Malaquías y otros cien profetas; pero esto se entiende sin perjuicio de que el varón vestido de blanco represente al Gran Monarca, al mismo tiempo que al Pastor Angélico, porque en este género de profecías se suele aludir con igual propiedad á más de un personaje. El hecho de marcar con el *Thau*, que es alegórico, está muy conforme con todo cuanto los profetas anuncian del Gran Monarca, mayormente habiendo de proceder éste en todo de acuerdo con el Pastor Angélico, según varias veces hemos dicho

en la Iglesia. Así quedarán entonces los eclesiásticos tan castigados, flacos y como muertos, que apenas tendrán espíritu de vida. Entonces amarán á su Criador, sirviéndole mucho de sano corazón y castos de cuerpo. Serán despojados de beneficios, quedándoles sólo vida y vestido. ¡Oh cuánto llorarán las riquezas perdidas, porque no las dieron por amor de Dios cuando lo tomaban todo en su mano!

La segunda profecía ya es con esto declarada, la cual toda trata de la caída de la dignidad eclesiástica».

(*Luz Católica*, núm. 29=18 Abril 1901).

VII

El peligro amarillo.

«La *Revue Bleue*, dice un colega, publica un interesante artículo de M. d' Estournelles de Constant, en el que este ilustrado escritor analiza la hipótesis de la sumisión de China á las condiciones dictadas por las potencias europeas.

Después de los castigos, de las garantías y de las indemnizaciones (que ha de pagar el comercio europeo)—dice el articulista—quedará China abierta á la explotación para los pueblos de Europa.

Los capitales europeos y los americanos afluirán al extremo Oriente para crear allí fábricas, y con los capitales afluirá toda la juventud desocupada que se consume en el viejo mundo, sintiendo la fiebre del trabajo.

No serán los japoneses los últimos en acudir, porque allí encontrarán el campo de acción que les conviene; y ellos serán seguramente los que ejercerán la hegemonia industrial, estimulando con nuevos capitales la organización de la victoria económica del Extremo Oriente sobre el Occidente.

Los chinos dejarán obrar á todos, y acaso crean les conviene aceptar una regeneración que llevará prosperidad á aquel país. Con los beneficios que obtengan, nos comprarán máquinas y armas, que ya aprenderán á manejar mejor que el año pasado, y de este modo se volverán contra Europa los progresos económicos de China.

Concluye M. d' Estournelles de Constant su interesante artículo, afirmando que el remedio para este gravísimo peligro que amenaza á Europa, está en un acuerdo de las potencias, para organizar sus fuerzas militares en China, moderar sus ambiciones y apetitos, calcular las consecuencias de su ac-

ción, y detener el desarrollo de la competencia china, en vez de acelerarlo.

Por nuestra parte, añadiremos que un medio muy eficaz para conjurar el llamado *peligro amarillo*, es favorecer la acción de la Iglesia católica en aquellos países donde la idolatría tiene aún, por desgracia, muchos adeptos. Los misioneros, que llevando la luz del Evangelio allí donde reinan las tinieblas de la barbarie, son el primer elemento civilizador, ya que la moral cristiana suaviza las más fieras costumbres, y enaltece el imperio de la equidad y de la justicia.

La historia así lo enseña; y en ese mismo imperio chino se han dado muy recientemente ejemplos de esta influencia pacificadora de las misiones, que son uno de los más gloriosos timbres de la Iglesia».

Variante.—En mucho tenemos el buen criterio de M. d'Estournelles, desde que leímos el luminoso juício crítico con que impugnó las Conferencias de la Haya. Estamos de acuerdo con él en juzgar lo de China, salvo en algunos puntos de menor importancia. Hace ya dos años cabales, esto es, uno y medio antes del conflicto chino, el autor de esta *Apología* expresó ya su juício en el libro *Memorias*, etc. A 7 de Marzo de 1899 dice así:

«¿Los Estados europeos se han propuesto repartirse toda la China? Sin duda alguna, á juzgar por lo que ha tiempo se hace por allá y publica la prensa por acá, en especial de pocas semanas á esta parte. Cuanto más ceda el celeste imperio, más ambiciones despierta en dichos Estados.

España no colonizó jamás por espíritu mercantil, sino por civilizar y evangelizar, pese á los naturales desmanes de algún individuo y á las críticas insanas de la envidia extranjera; los Estados modernos colonizan por fines de mercadería, por tener nuevos mercados abiertos á sus productos, y de ahí el furor de conquistas y adquisiciones que se ha despertado en toda Europa y Norteamérica. La China es un mercado inmenso: ¿había de escapar á la concupiscencia de esos Estados mercaderes?

Están dejados de la mano de Dios; están locos de ambición y de avaricia. ¿Piensan ellos que el Japón ha de mirar con indiferencia ese reparto escandaloso, que para sus productos y su integridad y sus miras es una constante amenaza? Con el Japón se cuenta poco, y el Japón es hoy capaz de mucho.

El imperio del mikado, que nos profesa odio de raza y

nos considera muy inferiores á sí, envalentonado con sus flamantes fuerzas y sus recientes victorias, no permanecerá indiferente, no, sépalo Europa, ante los constantes desmembramientos de la China. Fué ayer enemigo de ella y la venció; mañana será su aliada y la librará de la rapacidad europea, bien que para ejercer la suya. Y la culpable de esta alianza funesta será Europa, que con sus sórdidas avaricias la está provocando.

¿Que sucederá el día en que los mercados del Asia se cierren á los productos europeos en beneficio de los del Japón? Asusta pensarlo. Entonces el odio que nos tienen las razas asiáticas (de población ocho ó diez veces mayor que Europa), modernizadas y dispuestas como el Japón, se aumentará con los desmanes que allá cometemos y cometeremos, y se sentirán con valor de afrontar nuestras amenazas.

Verdad es que la instrucción militar de los pueblos asiáticos no es obra de un año, por más que ha sido rápida y sorprendente la del Japón; pero ella se hará, y un día pagaremos las rapiñas de ahora.

Europa debiera seguir otra política en Asia, no irritándola como ahora, sino debilitándola por la emigración de los naturales y por otros medios, al propio tiempo que civilizase á los restantes. Repito que un día lo pagaremos todo. De Asia han de venir Gog y Magog, esto es, la formidable invasión con que el Apocalipsis nos amenaza, y de Asia han de venir las hordas del Anticristo. Europa les está preparando los caminos.

Antes vendrá una paz europea, tan grande y fecunda como grande y mortífera habrá sido la guerra».

—Casi tres meses antes de escribir lo que antecede, á 22 Diciembre de 1898, decía el autor en el mismo libro:

«Esos países del Asia nos guardan sorpresas y llantos: más de dos conflictos nacerán de allí».

(*Luz Católica*, núm. 29=18 Abril 1901).

He aquí lo que á este propósito leemos en nuestro excelente compañero *Libertas*, de Manila:

«Existen datos evidentes de que el Japón desea acometer el proyecto de reformar el ejército chino, si bien aun no se ha atrevido á ejecutarlo con franqueza. El Japón tiene en Peking de agregado militar al Mayor General Yaman, que tan brillantes servicios hizo en la guerra chino-japonesa; y se ha corrido por más de un año, de que los que daban la instrucción al ejército chino eran oficiales japoneses. Se tiene como

cierto que pasaban de treinta oficiales japoneses los que iban con las tropas chinas, cuando se reconcentraron en Pac-ting-fu con motivo de la visita de la Corte, y que son unos 200 los que están distribuidos en el ejército chino del Norte y en las principales ciudades marítimas, habiendo ellos substituido á los europeos que estaban como instructores antes de las revueltas boxers. Se cree que el Gobierno japonés es el que los nombra, si bien pagados por China».

(*La Señal de la Victoria*, núm. 17=21 Enero 1904).

El último de los conflictos predichos por el autor es candente cuando este escrito se envía á la prensa; con él han cerrado Rusia y el Japón el año 1903, de infeliz memoria, y abierto el 1904, de infelicísimo porvenir. *La Señal de la Victoria*, núm. 18, publicó un notable artículo de Francisco sobre los conflictos asiáticos, Gog y Magog, etc. Digno es de que nuestros lectores lo tengan en cuenta.

VIII

Predicciones sobre los Estados-Unidos.

Por la prensa corre hace unos días la noticia siguiente:

«Dicen de Nueva-York que la opinión se muestra excitada por la conducta que observan los cubanos con los Estados Unidos. Los cubanos, por sí y ante sí, han convocado á su Congreso, en el que se ha aprobado una Constitución para la independencia de Cuba, y han elegido un presidente. La opinión norteamericana, al enterarse de esto, se ha mostrado irritadísima, porque los cubanos no agradecen los servicios que les prestaron los yanquis en contra de España».

Esta noticia es confirmación de otras que hace tiempo se vienen publicando sobre lo mal que llevan los cubanos la dominación yanqui, con la cual tratan de acabar y con la cual acabarán así que tengan ocasión, aunque les sea necesaria una nueva guerra. Y

cuenta con que en Europa conocemos sólo una pequeña parte de lo que pasa en Cuba.

A nosotros no nos cogen de sorpresa estos sucesos, porque los predijimos terminantemente en *Memorias, impresiones y pronósticos*, no con aires de profeta, sino fundados en la filosofía de la providencia. Parécenos muy del caso copiar unos párrafos de dicho libro, de cuya autenticidad de fechas pueden responder varias personas que nombraremos si es preciso. Empecemos por lo del 10 de Diciembre de 1898, día en que se firmó el «tratado de paz» con los yanquis. Dice así:

«Tengo para mí que los mayores tiranos, sin exceptuar á Dionisio, Tarquino y Nerón, se avergonzarían de obrar como los yanquis, porque si fueron colosales sus tiranías, hasta cierto punto las puede excusar el desconocimiento del Derecho; pero hoy que la ignoracia no excusa, hoy que la civilización y la humanidad se ponen por pretexto de todo, hoy vienen los civilizados y humanitarios salvajes de Norteamérica á disputar á todos los grandes tiranos el imperio histórico del crimen internacional, achicándolos á todos como tigres al lado de alacranes.

»Pues si yo no tuviera cuarenta razones más, esta sola me bastaría para afirmar que ese pueblo que de tal modo acaba de pisotear todas las leyes divinas y humanas con inexorable soberbia, y sórdida avaricia, y asquerosa lujuria, y frenética ira, ese pueblo sin Dios y sin honor, debe recibir pronto, *muy pronto*, un castigo tan grande como su crimen.

»Dícese que Dios es paciente porque es eterno, esto es, que guarda para la otra vida el castigo de muchos pecados, porque tiene toda la eternidad para castigar. Esto es verdad respecto de los individuos, no de las sociedades, porque las sociedades están vinculadas al tiempo, y en el tiempo deben recibir su premio ó su castigo. Sólo negando la justicia de Dios puede negarse esto.

»Castigos sociales por pecados sociales se encuentran en todas las páginas de la historia, así sagrada como eclesiástica y profana, y jamás he podido encontrar un solo pecado social sin castigo más ó menos inmediato y claro.

»Pues bien: el crimen social de la híbrida ladronera yanqui es de esos cuyo castigo no admite dilación, es el que menos puede admitirla, porque es el más definido, más claro y mayor de todos los conocidos; de suerte que su aplicación

no depende más que de lo que puedan tardar algunos inminentes sucesos que deben precederle según el plan divino. Y aun así, *en parte precederá el castigo* del lado mismo del imperio que nos arrebatan, de naciones que les empujaron ó consintieron y de su mismo estado interior».

Tres semanas después de escrito esto, los tagalos declaraban la guerra á sus nuevos señores, y escribíamos en el mismo libro á 5 de Enero de 1899:

«...Mucho mayores (que los nuestros) han de ser los castigos que están para caer sobre los Estados-Unidos, pueblo hipócrita que así promete solemnemente á los tagalos y cubanos lo que no ha de cumplir jamás, como buscó y sigue buscando en la infame calumnia pretextos de conflictos con España, que los sucesos no le dejarán madurar como desea. (Así ha sucedido). Ahora nos hace provocadores ocultos de la nueva rebelión tagala, que *les ha de costar mucho dinero y mucha sangre.*

»Dije, en efecto, el 10 de Diciembre que su castigo había de comenzar inmediatamente por el lado mismo del imperio que nos arrebataban, y ha comenzado ya en Filipinas de una manera muy grave, y *pronto comenzará en Cuba*, y luègo irá siguiendo por los demás lados que allí indiqué, hasta que ese colosal acervo de hombres signados pierda para siempre sus aires de nacion y sea borrado del mapa».

Los castigos interiores de motines, inundaciones, incendios, huracanes, explosiones y otros han llovido de tal modo desde entonces sobre los Estados-Unidos, que nunca atravesaron éstos una época tan aciaga. Los detalles de muchos de dichos castigos, publicados por toda la prensa, son verdaderamente horrorosos.

Séanos permitido, para terminar este artículo, recordar uno de los principios fundamentales de la filosofía de la Providencia ó, por mejor decir, del gobierno divino, que dará alguna luz sobre quiénes son los que probablemente han de borrar del mapa la «nación» yanqui. Dicho principio, tomado del discurso sobre Aparisi Guijarro, y repetido en esta *Apología*, es como sigue:

«El paso de pastor á rey David ó á caudillo Viriato se repite cuantas veces place al Dios de los ejércitos. Y ciertamen-

te son tantas las que le place, que el Apóstol formuló la siguiente ley fundamental del gobierno divino:

»*Dios escoge á los necios según el mundo para confundir á los sabios; á los flacos del mundo para confundir á los fuertes; las cosas viles y despreciables del mundo y las que no son, para confundir á las que son, á fin de que ningún mortal se jacte ante su divino acatamiento*».

Esos necios, flacos, viles y despreciables según el mundo, que han de salvar á España, son los Crucíferos del Gran Monarca.

(*Luz Católica*, núm. 20=14 Febrero 1901).

Sobre el mismo tema de los Estados Unidos y su castigo publicó el núm. 17 de *La Señal de la Victoria* un artículo intitulado: «La voladura del *Maine* y el castigo de los Estados-Unidos», que decía lo siguiente, empezando con estas palabras de las sobredichas *Memorias:*

«Del día son Salisbury que proclama la repartición de las naciones pobres, y Sampson, que dice con toda su brutalidad yanqui: *Un buque vale más que la vida de trescientos hombres.* Con mayor razón un gran mercado de azúcar vale más que los trescientos hombres y el buque, y por eso al *Maine* se le pone una bomba que lo eche á pique con su tripulación, salvada antes la oficialidad: así hay pretexto para colgar el muerto á España y declararle guerra y arrebatarle Cuba y lo que vale más que Cuba (esto se escribía unos días antes de la cesión de Filipinas por el gobierno de Madrid). Los yanquis y los ingleses son así...» (28 de Noviembre de 1898).

Añadía *La Señal de la Victoria* algunos pasajes de las repetidas *Memorias*, ya puestos arriba, y continuaba de este modo:

«Desde entonces, ¡Dios justo, cuántos castigos interiores y exteriores han llovido sobre la república Norteamericana! Tantos, que los yanquis empiezan á abrir los ojos, y de seguro que hoy no subscribiría el Cardenal Gibbons aquella circular desatentadísima en que se ensalzó la memoria de «los mártires del *Maine*».

Y á propósito del *Maine*. El diario republicano de Milwanke, *The Milwanke Germania*, acaba de afirmar *que se sabe de una manera cierta* que la explosión del *Maine* no fué debida en manera alguna á un crimen, sino á negligencia;

pero añade que en el departamento de Marina no se quiere hablar de eso. ¿Qué inconveniente hay en hablar, si reconocen que fué una negligencia? ¿Por ventura no merece castigo y reparación una negligencia que causó males tan inmensos y duraderos? ¡Negligencia! Si lo fué, fué una negligencia premeditada, cometida á sabiendas, satánicamente criminal: no hay dato ni síntoma que no lleve á esa conclusión. Los yanquis lo saben demasiado, y por eso no quieren que se hable de ello: la verdad les haría daño.

Pero por algo se empieza, y algo es ya que confiesen una negligencia los mismos calumniadores vilísimos que atribuyeron á crimen de España su criminal negligencia propia. La confesión ha servido á *The Gazette de Dubuque*, periódico del Estado de Jowa, para escribir lo siguiente:

«Hay que recoger esta confesión. Antes, durante y después de la guerra cubana, hemos sostenido que era injusta, y que ante la Historia los Estados-Unidos aparecerán siempre como instigadores de una guerra injusta. Nos complace comprobar que periódicos tan republicanos como *The Milwanke Germania* confiesen que teníamos razón. La guerra con España ha sido una maldición para nosotros, y no sólo es esta la opinión de los hombres honrados imparciales, sino que también las consecuencias de aquella guerra han sido una maldición para nuestro país. No podríamos contar jamás todas las infamias y torpezas engendradas por esta guerra. Mac-Kinley, que no se atrevió á hacer frente á los partidarios de la guerra, sucumbió en un atentado. La mayor parte de nuestros *generales* y de nuestros *héroes*, tales como los Dewey, los Sampson, etcétera, se han hecho ridículos por sus asnerías, que hacen ponerse de punta los pelos. Nuestra política colonial en Filipinas forma una bala de cañón atada á las piernas de nuestro pueblo. *Summa summarum*, nuestra guerra con España ha sido un crimen, cuya maldición pesa sobre nosotros».

Pesa y pesará, hasta tanto que los Estados Unidos desaparezcan del mapa en cuanto tales. Formáronse de la hez de todo el mundo civilizado cuando no había allí tratados de extradición: todos los delincuentes, todos los criminales tenían allí un asilo seguro. De igual manera se formó Roma: Roma es el modelo de Norteamérica: el imperio yanqui acabará como acabó el de Roma; pero pronto, harto más pronto de lo que puede entrever la previsión humana.

«No hay que pensar,—dice Inmunelde en sus *Memorias*,—cómo los hombres podrán infligirles el castigo: *Mihi vindicta, dicit Dominus, et ego retribuam*. Un pueblo que así se conduce, debe desaparecer para siempre, con más razón que los grandes imperios del pasado». (10 de Diciembre de 1898).

Muchos pasajes análogos hallamos en dichas *Memorias*. Dedúcese de ellos terminantemente que el principal instrumento del castigo de los yanquis será España. Ahora podrán mofarse de este vaticinio algunos tontos; pero los hombres de criterio legítimamente cristiano no dejarán de hallar alguna prueba en la profecía de la V. Sor Magdalena de Cruz, según la cual, España reinará otra vez en Filipinas. Esto no se hará sin un castigo espantoso que anonade para siempre á los Estados-Unidos».

He aquí la profecía indicada, tal como la publicó *El Buen Consejo*, semanario religioso de los Padres Agustinos del Escorial, en su número del 6 de Septiembre de 1903:

«*Profecía.*—Hacia el año mil seiscientos murió en Manila, y en olor de santidad, la monja franciscana Sor Magdalena de la Cruz, Superiora del convento de Santa Clara. A su muerte halláronse en su celda unas Memorias que la difunta venía escribiendo desde que abandonó el mundo para dedicarse á la vida claustral. Entregado el escrito á su director espiritual para su examen, vióse que contenía un sinnúmero de profecías á cuál más estupendas, y sin darles importancia alguna pasaron al archivo de Padres Franciscanos.

En la actualidad ha sido desenterrado el manuscrito, viéndose con admiración que todas las predicciones hechas por Sor Magdalena se han cumplido, y aun quedan algunas pendientes, que son objeto de gran preocupación. Como prueba, basta citar la siguiente, cuyo cumplimiento es bien conocido de todos. Dice así:

«Una nación, que aun no está formada, y que será ene»miga de la religión católica, vendrá á Filipinas, y arrojando »de las islas á los españoles, perseguirá á los frailes, consi»guiendo su expulsión del país».

Otra profecía, complemento de la anterior, indica: «que »pasado algún tiempo de la nueva soberanía, España y los »frailes volverán de nuevo á estas tierras de Oriente con ma»yor prestigio que en la época anterior».

Si la primera profecía se ha cumplido ó no, lo juzgarán los lectores, porque los hechos están bien recientes. Respecto al segundo vaticinio, el tiempo lo ha de decir».

Lo dirá, querido colega, lo dirá, y no tardará: Dios lo quiere. Ninguna profecía hemos hallado, fuera de esta, que nos anuncie claramente lo porvenir del que fué nuestro imperio; sin embargo, no podíamos ex-

plicarnos algunas, auténticas, sin dar por cierto lo que Sor Magdalena predice, y en virtud de esto anunció repetidas veces *Luz Católica* lo que tan categóricamente se ve hoy confirmado por una verdadera profetisa.

IX

Auras de patria.

"Las Américas latinas se acogerán á la madre que les dió el ser„ (P. Corbató, *Memorias, impresiones y pronósticos*, 5 de Noviembre de 1898).

"Portugal nos ha de dar motivos... para que la península forme una sola nación„ (*Ibid.* 11 de Enero de 1899).

"Aunque todo lo perdamos, breve será la pérdida, porque luego hemos de reconquistar todo lo perdido„ (*Ibid.* 1.º de Marzo de 1899).

Leemos con regocijo:

«Las noticias recibidas en los últimos correos de Cuba hacen presentir que las corrientes de aquel Gobierno y país hacia el elemento español se acentuarán cada vez más, pues tal tendencia no sólo se manifestó en el banquete que el Casino Español celebró en honor del Sr. Merchán, á quien el Senado, el presidente de la República y el Gobierno confiaron la representación oficial de su patria en Madrid, sino que declaraciones explícitas y terminantes del Sr. Estrada Palma en tal sentido lo revelan con claridad. Ese estado de la opinión explica el por qué ha sido tan bien recibido el nombramiento de una comisión delegada de la Unión Ibero-americana en la Habana.

Las mismas simpatías se van despertando en todas las repúblicas latinas de América, especialmente en la Argentina. Las hijas vuelven los ojos á la madre patria, y lo que parece más raro, esas mismas simpatías crecen cada día en Portugal. ¿Vamos camino de la unión ibero-americana? Los síntomas así parecen prometerlo».

No dudamos que en Filipinas se despertarán pronto las mismas simpatías, á juzgar por lo que pasa en aquel archipiélago. Merece que nos extendamos un poco.

Según un telegrama dirigido á *Le Rappel*, de París, el arzopispo de Manila acaba de lanzar excomunión mayor contra Aglipay y muchos adeptos á éste que han fundado una nueva iglesia «católica nacional» en las islas Filipinas.

La inauguración solemne del nuevo culto se celebró en la capital del archipiélago. No asistió á la ceremonia el exdictador Aguinaldo por serle imposible, pero envió por escrito su adhesión á la nueva iglesia. Por consiguiente, también está incurso en el anatema pronunciado por el arzobispo contra los disidentes.

Por otra parte, en las noticias que nos trae el gran diario filipino *Libertas* por el último correo, vemos que la situación de Filipinas es cada vez más difícil. La vida se hace casi imposible, los precios de los artículos de primera necesidad y el alquiler de las casas es elevadísimo. Una casa que en el centro de Manila pagaba mensualmente 50 duros durante la dominación española, cuesta actualmente 300. El cabán de arroz, que es próximamente un quintal, costaba antes cuatro duros y hoy vale 15.

Para dar idea de la conducta de esos filántropos que nos arrebataron nuestras dilatadas colonias por *humanidad*, baste decir que por todos los medios imaginables encaminan su política á la destrucción completa de la raza que puebla aquel país, sin que les detenga la consideración del crecido número de víctimas que han de ocasionar para hacer desaparecer los doce millones de habitantes que allí existen: van á su fin y nada les detiene en su empresa.

La seguridad de las personas, aun en las calles más céntricas de la ciudad de Manila, no existe, y en despoblado campan por sus respetos las partidas insurrectas, que si bien no se presentan formando un grueso ejército unido, sí lo hacen en partidas formadas próximamente de 500 hombres, pero todas ellas armadas

con fusiles modernos, con bandas de música y mandadas cada una por un coronel, con sus correspondientes oficiales y con organización perfecta.

Todo esto va produciendo los mismos efectos que en Cuba. Los filipinos empiezan á volver los ojos á España, con la cual es seguro que al fin se reconciliarán.

(*Luz Católica*, núm. 119=14 Enero 1903).

Las corrientes de simpatía han aumentado desde entonces, y donde más crecen es en Puerto-Rico. Los portorriqueños detestan á los yanquis, que los tratan como á viles esclavos, y suspiran por volver al paternal señorío de las Españas, siquiera no detesten á los gobiernos de Madrid menos que á sus verdugos yanquis.

X

Fábulas monstruosas de los judíos sobre el reinado del Mesías.

A pesar del título, declaramos una vez más nuestra opinión de que los doctores de la Sinagoga no erraron enteramente al esperar el reinado temporal del Mesías, pues leíanlo anunciado cien veces en sus libros sagrados. En lo que erraron fué en atribuír al Mesías lo que se refiere al Gran Monarca, y en creer que el Mesías reinaría temporalmente desde su primera venida, no habiendo de reinar sino en la cuarta generación. Así, pues, tomadas en sentido alegórico las fábulas del Talmud relativas al asunto, forman una tradición tan aceptable en el fondo como las églogas de Virgilio y de Pope, apàrte los errores y las fantasías que la corrupción de las tradiciones ha introducido. Aun en medio de las monstruosidades talmúdicas, descúbrense muchas analogías con lo que anuncian los profetas verdaderos. En lo que vamos

á escribir, por ejemplo, se descubren algunas muy notables, en especial la del misterioso *cuervo* con que algunos profetas representan al Gran Monarca, según hemos dicho al principio del presente número; y es más, aquí va unido con el león, que es el símbolo de España. He aquí, pues, lo que dicen los rabinos en su Talmud:

«Cuando venga el Mesías á la tierra, teniendo el poder de Dios, ningún tirano padrá resistirle. Vencerá á todos los que entonces reinen en el mundo y librará de sus tiranías á todos los israelitas que giman bajo la dominación de ellos. Reuniendo á todos los hijos de Israel, los llevará en triunfo á la tierra de Canaán, donde hallarán los vestidos más preciosos, que se confeccionarán por sí solos y se ajustarán á todas las medidas. Hallarán también todos los manjares que se puedan apetecer, y el país los producirá cocidos y bien dispuestos. Gozarán allí de un aire puro y templado que los conservará en robusta salud y prolongará su vida por un tiempo más largo que el de los primeros patriarcas.

Pero esto es nada en comparación del festín que les dará el Mesías, pues entre otras viandas milagrosas, serán servidos aquel toro prodigioso que está engordando desde el principio del mundo y come á diario toda la yerba que crece en mil montañas; aquel pez maravilloso que ocupa un mar entero; y aquella ave colosal que al extender sus alas obscurece al sol. (1) Es menester que todas las acciones del Mesías sean tan exraordinarias como él.

Tendrá en su palacio, en señal de su grandeza, *un cuervo* y *un león* de los más raros. El cuervo del Mesías tiene una fuerza prodigiosa: una rana, grande como una manzana de sesenta casas, fué un día devo-

(1) Según el Talmud, esta ave dejó caer una vez uno de sus huevos, y el huevo, al estrellarse en la tierra, derribó trescientos grandes cedros é inundó con su líquido sesenta villas.

rada por una serpiente, y el cuervo del Mesías se comió la una y la otra tan fácilmente como la zorra se come una pera, dice el rabino Bahba, que se da á sí mismo por testimonio ocular del hecho.

El león del Mesías no es menos sorprendente: habiendo oído hablar de él un emperador romano, y tomándolo por fábula, mandó al rabino Josué que se lo hiciese ver. No pudiendo el rabino desobedecer semejante orden, púsose en oración; y habiéndole dado Dios el permiso de enseñar el animal, fué á buscarlo á los bosques de Ela, donde éste moraba. Mas así que el animal llegó á mil cuatrocientos pasos de Roma, púsose á rugir tan furiosamente, que todas las mujeres en cinta abortaron y los muros de la villa se vinieron al suelo. Cuando estuvo á mil pasos, volvió á rugir, y el estruendo hizo caer los dientes á todos los ciudadanos, y hasta el emperador cayó rodando de su trono, por lo cual rogó á Josué que recondujese á toda prisa el león á su bosque; y así se hizo».

A pesar de lo que se descubre en el fondo de estas monstruosidades, hay para desternillarse de risa. Talmud y Corán allá se van.

(*Luz Católica*, núm. 64=24 Diciembre 1901).

APÉNDICE GENERAL

APÉNDICE GENERAL

¿Se nos entenderá de una vez?

Nos escribe un religioso merecedor de toda nuestra consideración:

«Admitiendo la existeneia del espíritu profético de la Iglesia, ¿tengo obligación de creer tal ó cual profecía particular?—Admitiendo como ciertamente revelada tal ó cual profecía particular, ¿tengo obligación de creer la interpretación de esa misma profecía, hecha por una persona particular?—Respetando todas las opiniones, y sin que la mía sea irreformable, creo que no».

Y cree bien, pero es necesario explicar un poco los términos, que los poco versados se arman en eso una confusión babélica.

Admitiendo la existencia del espíritu profético en la Iglesia, pues no es católico quien no la admite, no hay obligación de creer tal ó cual profecía particular, cuando la Iglesia no la acepta como divinamente inspirada; pero si la acepta, como sucede, v. gr., con las Revelaciones de Santa Brígida, todo católico debe aceptarla también, siquiera no como cosa de fe; y cuando la Iglesia no la haya aceptado, pero tampoco desechado, hay obligagión de respetarla, ya que no de aceptarla, si la hermenéutica la halla conforme con sus reglas críticas, máxime cuando la profecía ó revelación tiene en favor suyo el común consentimiento de los Doctores ó la aprobación de gran parte de ellos.

Además, no es justo tomar aisladamente las pro-

fecías una por una, cuando son muchas las que predicen un mismo acontecimiento; porque si alguna de ellas no parece muy conforme á las reglas hermenéuticas, y aun dado caso que el espíritu propio del profeta dejara en todas algún punto vulnerable, el conjunto puede ofrecer la evidencia irresistible que cada una no tiene. Esto sucede en las relativas al Gran Monarca y sus tiempos. Ninguna obligación hay de creer cada profecía de estas en particular; pero siendo quizá más de doscientas las reconocidas, y coincidiendo todas, ¿es justo menospreciar el conjunto y atenerse sólo á tal ó cual? ¿Hay razón en que pueda fundarse la negación de la idea general de todas, aunque se nieguen detalles? ¿Es posible que sean falsas tantas profecías relativas á lo mismo, y corroboradas literalmente por las del Canon bíblico, que hay obligación de aceptar y creer?

Aun prescindiendo de todo esto, no sabemos cómo pueden admitir el espíritu profético de la Iglesia algunos semi-escépticos que, so pretexto de no tener obligación de admitir profecías particulares, no admiten ninguna, porque todas son particulares, esto es, cada una pertenece á un individuo. Seguramente exigen que á una voz pronuncie las profecías toda la Iglesia en masa.

En cuanto á la interpretación de la profecía particular que se acepta como ciertamente inspirada, no hay *obligación de creer* al intérprete privado; pero hay *obligación de no despreciarle sin leerle como es de ley;* y si tiene autoridad reconocida en la materia, y da razones más ó menos firmes, y comenta según pide la sana crítica, podrá no ser de obligación el aceptar su comentario, pero tampoco es de obligación el no tener por irracional ó necio á quien concluya contra los comentarios por prevenciones de partido, porque no le gusta el comentador, ó porque no le da la gana de leerlo.

Lo más racional, cuando se hallan razones en pro y en contra, es suspender el juicio y respetar á los que juzgan flacas las razones contrarias. Eso hemos aconsejado siempre á nuestros lectores; jamás hemos pretendido imponer nuestra opinión á nadie; hemos publicado lo que nos ha parecido oportuno; hemos expuesto nuestras razones; no hemos dogmatizado ni pedido á nadie que nos crea ó nos siga; pero sí hemos pedido, con derecho, no ser rechazados sin conocer nuestras razones.

Es más; todo lo que desea el que más interesado puede estar en estos asuntos, es que se suspenda el juicio hasta que la evidencia de los hechos lo lleve á una conclusión. No pide ser creído; pide no ser impugnado contra lógica en perjuicio de la Causa; desea ser discutido por personas competentes, no por presuntuosos ignorantes que niegan ó afirman sin saber discutir nada elevado; y más bien que convencer, por lo que atañe á su persona, tiende solamente á que se suspenda el juicio hasta mejor ocasión.

Convencimiento desea respecto, v. gr., de la cuestión del Gran Monarca en sí misma; pero no de la personalidad de éste, pues una vocación tal puede perderse por falta de correspondencia, ó pasar á otro por haber atendido el Señor la súplica del interesado que así se lo pide, ó por otras razones largas de exponer; de modo que, aun admitiendo que tal ó cual hombre es hoy el llamado, no puede asegurarse que este mismo será mañana el salvador.

Hemos leído en apreciables colegas juicios muy favorables del folleto *Observaciones apologéticas*, y ninguno nos ha sido tan grato como este de *La Verdad*, de Castellón, siquiera por falta de atención haya incurrido en algunas inexactitudes respecto del autor y el objeto de dicho folleto.

«El opúsculo respira, dice, sinceridad por todas sus páginas, y si no logra convencer el ánimo del lector acerca lo *so-*

brenatural de la misión del P. Corbató, obliga por lo menos á suspender el juicio hasta que hable Dios, que es quien mueve y modera toda acción providencial en su Iglesia. El autor habla con gran humildad de sí mismo, pero con gran entusiasmo sobre la *Causa* que cree ha de salvar la Religión en España».

Gracias muy sinceras á nuestro estimado colega: ha dicho la verdad. Ese y los demás escritos del autor «obligan, por lo menos, á suspender el juicio hasta que Dios hable»: ¿qué más deseamos nosotros para propagar con fruto nuestra Causa? La Causa, bien dice el colega, la Causa es lo que ahora importa al autor y á sus hermanos, la MILICIA DE LA CRUZ, la cuestión del Gran Monarca en sí misma, etc. etc., no la cuestión de personalidad, expuesta solamente para probar que no es locura ni ilusión la vocación del autor, y nunca con el afán de convencer y hacer prosélitos.

Justo es que tengan presentes estas declaraciones, tantas veces repetidas, esos pobres hombres que van gritando por ahí, para suplir con malicias y mentiras su total carencia de razón, que el autor de la *Revelación de un secreto* se ha proclamado Gran Monarca. Si por aquella obra lo dicen, cometen la mayor de las injusticias y mantienen una mentira infame, pues además de no ser el intento de la obra sino el que acabamos de decir; además de haberla escrito para exponer su vocación al juicio y sentencia de los superiores; además de no haberla dejado publicar sino obedeciendo á su confesor y al deseo de sus hermanos y á una verdadera necesidad de la Causa; además de expresar en ella, repetidas veces y con sinceridad evidentísima, cuánto temor le inspira su vocación, cuántas penas le causa y cuán contra sus espontáneos deseos la sigue, dice en las páginas 344 y 345 estas palabras categóricas, repetición sustancial de lo que otras veces ha dicho ya:

«¿Es seguro todo esto? *Con respecto á mí*, NO, porque yo pido constantemente al Señor que se digne relevarme, y cabe sospechar que al fin me atienda. Por eso tantas veces he ofrecido al Señor mi vida en beneficio de la Iglesia y de la Patria, y ofreciéndola sigo y seguiré hasta que se digne aceptarla y sacarme de este valle de lágrimas, donde no he de cosechar el prometido fruto sino trabajando y luchando y padeciendo de un modo no conocido por los que ven en la grandeza del tal Monarca un motivo de ambición.

»Cúmplase en mí la voluntad de Dios; pero si la divina Majestad me mandara escoger, pronto un desierto sería mi morada; porque como escribía San Jerónimo á Rústico, *mihi oppidum carcer est, solitudo paradissus.*

»Cuando los hombres aman, quisieran poner en un palacio. Dios, por el contrario, para hablar al alma amada, llévala á la soledad: *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.* ¡Esta sí que es dicha y no la de ceñir corona!

»Si fuera lícito, por cualquier plato de lentejas vendería yo esa primogenitura. No me asustan las penas ni los trabajos, porque tengo confianza ciega en la divina Bondad; yo me asusto de mí mismo, temo desagradar á Dios, temo no corresponderle con escrupulosa fidelidad...»

¡Originalísima proclamación es esta, hermanos!

Pues ¿y lo del plebiscito? En más de una ocasión ha expresado que, primariamente, el Gran Monarca ha de ser proclamado por la divina Providencia, mediante los acontecimientos; y secundariamente, por un plebiscito, tal como lo describe en las páginas 61 y 62 de *Observaciones apologéticas*, terminando de este modo:

«...Dios lo hará pronto por medio de uno, sea quien quiera; y este uno, regentando el sumo poder, llevará á cabo el proyecto sobredicho (del plebiscito), y él mismo será libremente elegido rey por la Nación; y este rey, llámese como se llame, será el Gran Monarca. *Tal será el principio del Gran Monarca. Sé lo que digo; ni una palabra retracto*».

La autoridad viene de Dios; pero el derecho de elegir al sujeto que debe ejercerla pertenece al pueblo. El plebiscito indicado será una aplicación fidelísima de este principio fundamental, y se acabarán para siempre nuestras fatales contiendas de dinastía.

Pero ¿cómo llegará á la regencia del sumo poder

el mismo á quien el pueblo elegirá después libremente? Por las armas. Antes tendrá que desaparecer seguramente, y muy pronto quizá; pero *también desaparecerán otros, y de diferente manera.* Cuando España toda sea un estrago y no haya quien la salve; cuando los que ahora piensan que van á vencer la revolución se vean derrotados á los pies de ella, acudirá á salvarla el que desde ahora la salvaría si contara con fuerzas; dará un grito, enarbolará la Bandera de la Cruz, y le seguirán los que no le seguirían ahora.

Su triunfo será rápido; y cuando haya barrido del Poder á los tiranos, dará una Constitución fundamental que cortará todos los abusos pasados, incluso muchos que pasan por tradiciones, y la Nación la aceptará libremente por medio de sus legítimos procuradores en Cortes; después de lo cual, se verificará el plebiscito y será elegido monarca el pacificador mismo. Esto es lo que sucederá; y á quien se burle, aconsejámosle pida á Dios que le alargue la vida hasta 1906, porque á sus burlas substituirán entonces las divinas alabanzas.

Todo esto es afirmación del mismo que años ha predijo el plebiscito. Y quien predice una proclamación universal futura, de un sujeto no determinado aún, y después de haber pacificado y restaurado á España, ¿ese se proclama á sí mismo Gran Monarca desde ahora? ¡Cuánto se afanan algunos infelices en multiplicar mentiras y calumnias que un día les llenarán de vergüenza!

Hemos ido satisfaciendo con lo dicho á las observaciones de varios amigos, que no por ellos, sino por nuestros émulos, que andan previniendo á unos y embaucando á otros con mentiras y sandeces, deseaban todas estas explicaciones. Otras dos se nos piden, y á la una no queremos contestar. Diremos solamente que versa acerca de la supuesta falta grave en que ha incurrido el calumniadísimo autor de la *Revelación de un secreto*, al gorificarse á sí mismo con semejante obra.

Repetimos que no queremos contestar á una especie tan burda y fuera de juicio, porque sería casi rebajarse: si eso ha sido glorificarse, bendita sea una glorificación que han hecho de sí mismos todos los enviados de Dios, con San Pablo á la cabeza.

La otra observación versa sobre las armas. Nos preguntan algunos si, abrazando la Regla de la MILICIA DE LA CRUZ, se les podrá obligar algún día á tomar las armas. Respondemos terminantemente que no, como no abracen la Regla suplementaria que para la rama militar de nuestra Congregación se dará cuando sea hora. Y basta, hermanos, que hay moros en la costa.

Algunos amigos nuestros desean saber también si estamos ya preparados, en vista de la revolución inminente, y otros dan por cierta nuestra preparación. Moralmente estamos preparados para todo, materialmente no, y sería inútil que quisiéramos prepararnos ahora. Téngase en cuenta lo que hemos dicho al hablar del modo como el predestinado llegará al sumo poder. Para que él pueda empezar la Cruzada, es necesario un gran castigo que abata y desengañe á muchos banderizos que ahora lo estorban todo por confiar demasiado en sus fuerzas, y esto vendrá infaliblemente. Léase el estudio sobre el IV libro de Esdras, artículos XII y XIII, y se verá claro lo que queremos decir y lo que será.

La cuestión más batallona y repleta de sandeces y malicias que se nos propone esclarecer, es si el Gran Monarca, siendo sacerdote, contraerá matrimonio, y si lo procura ya desde ahora como propalan no pocos embusteros, etc., etc.

Aunque parezca extraño, también á eso vamos á responder en capítulo aparte.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 19=4 Febrero 1904).

¿Será casado el Gran Monarca?

¿Y qué nos importa á nosotros esa cuestión? ¿Por ventura no nos bastan las presentes cuestiones susci-

tadas por la malicia del siglo, que todavía hemos de entender en esa, tan excéntrica, tan vidriosa, tan inútil, tan mortificamente para unos y grata á las malicias de otros? Pero de lo que no vale una paja han hecho algunos tal monta, que mal de nuestro grado, debemos ocuparnos en quitarles de la cabeza el nublado sol de sus intempestivos escrúpulos.

Creemos haber demostrado en *Luz Católica*, y por consiguiente en esta *Apología*, que el Gran Monarca, quien quiera sea, será Sacerdote. El que no lo tenga por demostrado, sin duda no ha leído bien, ó no ha podido ó sabido comprender la incontrastable eficacia íntima de nuestras razones. Las repetimos y confirmamos una por una, expresando categóricamente la conclusión rigurosa de todas ellas: *el Gran Monarca será ó es ya Sacerdote.*

Respetaremos la opinión contraria, siempre que se funde en una razón aceptable; pero conste que hasta hoy todo han sido vociferaciones y mermeladas contra nuestras opiniones y afirmaciones; de suerte que ni una razón se nos ha opuesto jamás, ni siquiera una, por esos pescadores de tontos y prevenidos que todo lo ganan á río revuelto.

Decimos mal; una razón contraria se les ha ocurrido, no para ofrecerla á nosotros ni exponerla siquiera en un mal periódico, sino para hacer el gasto en tertulias y corrillos de verbosos desocupados: razón archiincontrastable, archiestupenda, archicolosal, que de los corrillos se coló á otras partes y empezó á divulgarse, cuando todavía *Luz Católica* no había expuesto ni la quinta parte de sus argumentos.

La razón es que *el Sacerdote no puede contraer matrimonio*: así; afirmación seca y absoluta. Y los muy linces discurren de esta manera:—Si el Gran Monarca fuera casado, quizá le tolerarían los «anti-clericales»; pero siendo Sacerdote y no pudiendo, por lo tanto, casarse, es seguro que no le tolerarán, porque no se

han de acomodar ellos, y tampoco nosotros, con un régimen de sacristía. Un monarca vestido de pantalón y frac sería aceptado por la nación; pero ¿con sotana? Quite V., hombre, que no estamos aquí para teocracias de esa índole. Por su estado matrimonial pertenecería al elemento civil como los demás ciudadanos, aunque fuera clérigo, y eso ya tendría un pase; pero quedándose cura mondo y lirondo... Vamos, que no han de estar los españoles en humor de dejarse regir por un monarca de corona hecha por la navaja de un peluquero. Siendo todo esto así, ¿á qué nos vienen esos tontos de *Luz Católica* afirmando que va á surgir un Gran Monarca, y que éste será Sacerdote?

He ahí de cuerpo, digo, de lógica presente la gran razón; y como no tenga pies ni cabeza, ni pizca de sentido común, y siendo hija de la malicia en un concepto y de la ignorancia en cuarenta, *Luz Católica* no se ocupó nunca de ella formalmente. Debía, sin embargo, prevenir á sus lectores, porque la estulta razón corría, corría mucho, y por esta necesidad, aunque sin formalizar la respuesta, dijo lo que era menester, cada una de las dos ó tres veces que accidentalmente se le ofreció oportunidad. Lo necesario era insistir en el sacerdocio del Gran Monarca; he aquí el resumen de todo cuanto dijimos sobre este punto, sin haber afirmado nunca que haya de ser casado.

Cristo es Sacerdote *secundum ordinem Melchisedech*, esto es, Sacerdote y Rey. Samuel y otros Jueces de Israel fueron Sacerdotes y Monarcas. Los Sumos Pontífices son Sacerdotes y Reyes. Casimiro I de Polonia fué diácono, monje y Rey. Bermudo I fué también diácono y Rey. Ramiro II fué monje, Sacerdote, Obispo y Rey. El Cardenal Cisneros fué fraile, Sacerdote, Obispo y Rey de hecho, aunque no de título ni de honores. Los Obispos de Urgel son tales, y además príncipes de Andorra. Las Tradiciones españolas propugnadas por nuestros clásicos políticos, abren á los

Sacerdotes los consejos de la corona y los hermanan con la corona misma. Los cánones no han dicho nunca la más mínima palabra en contra, ni pueden decirla. Luego según la Iglesia, la Tradición y la Historia, el Sacerdote puede sentarse en el trono real. Hablan los hechos, y *de facto ad potentiam, valet consecuentia.*

Los profetas vienen para lo futuro en confirmación de los hechos; la filosofía del gobierno de la Providencia acude en defensa de los profetas, y la razón natural deduce de todo esto, con rigurosa lógica, que el Gran Monarca ha de ser Sacerdote.

¿Casado? Casado ó no; eso importa ahora menos de nada; lo que importa es saber que será ó es ya Sacerdote. Mas supuesto que se toma su celibato por razón para negar que así ha de ser, justo es recordaros, amigos, que aunque no haya de ser casado, podría serlo, como lo fueron San Pedro, Casimiro, Ramiro y Bermudo. ¿Qué valen contra los hechos vuestras tontas razones? ¿Por ventura la Santa Sede no puede conceder ya las dispensas que concedió á Ramiro y Casimiro á petición y en bien de sus respectivos Estados?

Pasaron á la historia las bizantinas contiendas de algunos teólogos sobre si el Papa puede ó no puede dispensar los votos monacales, hasta el extremo de autorizar el matrimonio de un religioso de profesión solemne. Lo autorizó más de una vez: luego puede. Por añadidura, León XIII desvaneció ya cualquier duda al decretar que, *in artículo mortis*, se legalice el matrimonio de los religiosos que vivieren en concubinato: luego el Papa tiene facultad para conceder lo que algunos teólogos negaron. La Iglesia que hizo la Disciplina puede modificarla cuando y como le convenga.

Cierto que, fuera del artículo de muerte ó evidente peligro de condenación eterna, no lo concederá sino en algún caso análogo al de Ramiro y al de Casimiro; mas ¿por ventura no será análogo, y quizá más apremiante, el caso del Gran Monarca? Puede á éste repugnar el ma-

trimonio, puede no haber soñado nunca en semejante cosa, y sin embargo, tenerse que rendir un día á los justes deseos de sus vasallos y á la necesidad de sus Reinos, y contraer legítima y santamente un estado que nunca deseó ni soñó.

Concretemos más. A Inmunelde han representado algunos de sus buenos amigos que hubiera sido mejor no tocar nunca esa cuestión de matrimonio, porque ha extrañado á más de cuatro lectores y alimentado malicias enemigas, pues algunos deducen que Inmunelde *lo que busca es casarse* (sic). ¡Dios les perdone!

Se dijo dos ó tres veces lo que fué necesario decir para confundir necedades y desvanecer dudas, sin más objeto que ese, como lo demuestran la letra y el espíritu de las tres ó cuatro fraces únicas pertinentes al caso, y nunca se hizo capítulo de esa cuestión como hacemos aquí: lo poco que se ha dicho ha sido incidentalmente, hasta en la misma profecía valenciana sobre *lo rat penat*, que supone el matrimonio del Gran Monarca con una parienta suya.

Lo que nosotros podemos asegurar con toda certeza es que Inmunelde no piensa en semejante estado, aunque no dejaría de pensar si conociera ser esa la voluntad de Dios. Esta divina voluntad quiere cumplir en todo, no la suya. ¿A qué calentarse ahora la cabeza, así sea en el concepto más honesto, metiéndose en una materia que probablemente degeneraría hoy en gravísimo peligro para el alma, y en la que sólo Dios ha de resolver por medio del tiempo y los sucesos?

Inmunelde sabe lo que ha de acontecer en este particular; pero no se preocupa, ni lo ha publicado aún. Todo lo que ha dicho es que, supuesta la necesidad de contraer aquel estado, el ser Sacerdote no obsta; pero respecto de la necesidad en sí misma, ó de si realmente será casado el Gran Monarca, ni él ni ninguno de sus hermanos ha dicho todavía una palabra, ni hay por qué decirla. Lo que Dios quiera, eso

será; y queriéndolo Dios, huelgan todos los demás quereres y están demás los preopinantes.

Después de todo, si sólo hemos aludido á lo posible, ¿por qué los dicharacheros se van á lo real? Si todavía no hemos dicho, porque no podemos, quién será mañana el monarca aclamado por plebiscito, bien que sabemos quién es *al presente* el llamado, ¿por qué razonan ellos como si realmente, según nosotros, el segundo y nadie más hubiera de llegar á lo primero?

También sabe Inmunelde lo que ha de acontecer en este particular, y eso sí que le preocupa; pero tampoco lo ha publicado, antes bien ha dicho siempre que, por mil razones ya expuestas, el llamamiento de Dios puede cambiar de sujeto, pues para Dios nada y nadie hay necesario.

Las indiscreciones de unos y las malicias de otros, que nos obligan á tocar las precedentes materias, acreditan á sus autores de poco delicados y poco hechos á considerar ciertas cosas con casto pensamiento. Supongamos que el Sacerdote llamado del Señor ha triunfado ya, y ha sido aclamado por plebiscito directo ó representado por Cortes legítimas, y la voz de su pueblo y el bien de sus Estados le obliga, contra sus deseos, á contraer matrimonio, y el Padre Santo lo autoriza y bendice con libérrima voluntad, y en efecto el Sacerdote monarca lo contrae. ¿Qué? ¿ya no hay más qué decir, para que tanto malicien algunos carnales? ¿Es lo mismo matrimonio contraído que consumado? ¿No tenemos, por ventura, ejemplos santísimos de reyes santos que han vivido con sus esposas en perfecta continencia, como hermanos, como ángeles?

Sólo Dios sabe lo que de esto será; pero pues hay tan hermosos ejemplos, razón es no olvidarlos al tratar sobre si el Gran Monarca será casado ó dejará de serlo; y sepan los maliciosos y los excesivamente curiosos, que tienen obligación de no hablar ni pensar tan á la

ligera, sino más limpiamente, con un poco más de pudor, ó por lo menos de decencia.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 20=11 Febrero 1904).

1904-1905

I

No habrán olvidado nuestros lectores la visión de Martín ni estas palabras del Santo Cura de Ars:

«Los primeros años del siglo XX serán nefastos. La Religión será perseguida durante los años 1, 2, 3 y 4. Después, Dios pondrá su mano, y la paz será devuelta á la Iglesia».

Todas las profecías relativas á nuestra época coinciden en esos años de persecución, de lucha y de victoria. Esdras nos condujo al conocimiento de una particularidad notable, y es la caída de Alfonso XIII por obra de la república masónica, como ya dimos á conocer á nuestros lectores cuando nadie lo soñaba.

Nos parece... por no decirlo de otro modo, que el reinado de Alfonso XIII no llegará al año 1905, en el cual debe triunfar el ejército de la Cruz; triunfar y empezar la obra de la verdadera restauración en España.

Aciago será el año 1904: la impiedad se irá apoderando poco á poco de todos los puestos de gobierno, y cuanto más suba, más guerra hará al Catolicismo. Por fin escalará el poder supremo, y dando entonces rienda suelta á todos sus odios, no perdonará medio de acabar con la Religión y llenará de ruinas la Iglesia y la Patria. Nunca fueron combatidas con tanto furor, nunca se vió tanta desolación y tanto estrago.

Culpa será en gran parte de los que confiesan con los labios la divina Providencia, pero la niegan con sus obras, y sin embargo pretenden salvarlo todo. No quieren aceptar la solución que la Providencia señala

ya clarísimamente; no quieren más solución que la de sus parcialidades; parece como que á Dios mismo quieren imponerla...

Su desengaño será espantoso. *Cuando el objeto de sus parcialidades haya desaparecido*, se convertirán y acudirán á las filas de los verdaderos Cruzados. Entonces nos mirará el Señor con ojos de misericordia, y España se salvará por la Cruz, y con la Cruz regenerará después al mundo.

Tal es el sucinto resumen de las predicciones de Inmunelde, quien á su vez las aprendió en la filosofía de la Providencia y en las profecías de muchos Santos. Los que leyeron atentamente, v. gr., sus comentarios y su estudio sobre el IV libro de Esdras (1) saben cuán fundado es lo que acabamos de decir, y que sólo á nuestros tiempos es aplicable la visión del mismo Esdras, acerca de Sión. Conviene repetir unos párrafos de dicho estudio. Explicados los múltiples sentidos bíblicos del nombre de Sión, dice Inmunelde:

«El pueblo sucesor del Judáico, que el Mtro. Salazar y el P. Murillo nos han probado en esta revista ser España, así como es en el nuevo Israel ó Cristiandad lo que en el antiguo pueblo de Israel fué la Judea; así como, según el mismo Esdras, ha de recibir el ducado de Abraham, de Isaac y de Jacob que en primera herencia tuvieron los judíos; así como, según el profeta Abdías, *Sepharad* ó España poseerá la herencia de los judíos y desde Sión juzgará al monte de Esaú; así debe tener su Sión en el mismo orden de ideas en que es sucesora del pueblo de Judá. La Sión española es la Tradición religioso-política de las Españas, es su Catolicismo político, origen de nuestras grandezas pasadas y futuras; compárese con lo que hemos dicho de la Sión judáica.

»Por los pecados de Sión, esto es, del pueblo formado por la *ley salida de Sión* (Mich. IV, 2), llora Esdras y pide á Dios misericordia, reconociendo que Sión ha sido desolada en castigo de tantos pecados. . . . .
. . . .

(1) Véase el estudio en este tomo, cap. XII

»Cuando de esta suerte ha derramado Esdras su corazón ante el Señor en varios capítulos, se le representa una visión que describe largamente, empezando así:

»Cuando estas cosas decía en mi corazón, fijé la mirada y »vi á la diestra una mujer que lloraba á grandes voces y con »gran dolor de ánimo, rasgadas sus vestiduras y cubierta de »ceniza la cabeza. Y dejando yo los pensamientos en que me »ocupaba, me convertí á ella y le pregunté: ¿Por qué lloras y »por qué haces tan gran dolor? Y me respondió: Déjame, »señor mío, que llore mi desgracia y aumente mi dolor, por»que tengo el corazón muy amargado y estoy muy humilla»da». (IX, 38, 41).

»Cuéntale la mujer el motivo de sus amarguras; *fué estéril durante treinta años (nota bene)*, y por último, oyendo el Señor su oración, dióle *un hijo á quien mantuvo con mucho trabajo y en quien fundaba grandes esperanzas; y cuando este hijo, ya hombre, contrayendo matrimonio y preparada por ella la boda, se aproximó á su tálamo, cayó muerto. Entonces la madre, abandonados todos los que intentaban consolarla, huyó de noche y se fué al campo de Ardath, donde Esdras la halló, y prometió á éste no volver á la ciudad, sino permanecer allí sin comer ni beber, y ayunando y llorando hasta la muerte.* Esdras se indigna al oír este relato, y exclama:

«¡Oh imbécil sobre todas las mujeres! ¿no ves nuestro »llanto y las cosas que nos suceden? Sión nuestra madre »hállase profundamente afligida y humillada con gran humi»llación, y llora con gran llanto. Y ahora que todos lloramos »y nos entristecemos, ¿ahora te entristeces tú por un hijo?». (X, 5-7).

»Sigue Esdras reprendiéndola y exhortándola á que se vuelva á Jerusalén, mas ella se niega á dejar el campo de Ardath. Esdras le añade una larga relación de los males que Sión está padeciendo, para que vaya á consolar á sus conciudadanos, mas ni por esas la mujer se mueve. De repente esta mujer se transforma, brilla su rostro, hermoséase toda, da un grito terrible que conmueve la tierra, desaparece súbito, y surge en su lugar una ciudad *edificándose sobre grandes fundamentos*. Esdras teme; pero á su invocación acude el ángel Uriel y le dice:

«Vió el Señor recto tu camino, porque sin intermisión te »entristecías por tu pueblo y llorabas mucho por Sión... ESA »MUJER QUE VISTE ES SIÓN... Por eso te dije que permanecieras »en el campo (de Ardath), donde *no hay casa edificada*, pues »sabía yo que el Altísimo empezaba á mostrarte estas cosas... »No temas, pues, no se turbe tu corazón, antes bien entra y »examina el esplendor y la grandeza del edificio, cuanto tus

»ojos sean capaces de ver, y luego oirás cuanto tus oídos son »capaces de oir». (X, 39-56).

¿Aparecen claros el desengaño de los indicados arriba, su conversión y su cooperación al triunfo? Todavía añadiremos algo en mejor ocasión: es importantísimo este punto.

II

El P. Bernardo María Claudio Clauti, de la Orden de los Mínimos, fallecido en 1849, fué gran santo y gran profeta. Pío IX mandó abrir el proceso de su beatificación, en el que se establece la autenticidad de varios milagros suyos y la realización de varias de sus profecías. Una de las que están por cumplirse dice así:

«Acordaos bien de cuanto os he dicho hasta hoy... Los males llegarán al colmo; y cuando todo parezca perdido, cuando la mano del hombre nada podrá remediar, entonces pondrá Dios la suya y lo arreglará todo en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, de la mañana á la tarde. A todos producirá este cambio tanta alegría de corazón, que les parecerá estar gustando las delicias del paraíso. Ni siquiera los impíos podrán menos de confesar que todo se ha cumplido por intervención divina».

De la rapidez de este cambio dan fe muchas otras profecías. Nos viene á la memoria la del venerable Soufrand, que dice:

«El tránsito del mal al bien será como el virar de una barquilla. En el momento en que se grite: *¡todo está perdido!*, se deberá añadir: *¡todo está salvado!*»

Para que así suceda, basta la intervención especial de la divina Providencia, sin necesidad de milagro. Algún profeta dice expresamente que será muy providencial el cambio, pero no un milagro. Podrá no serlo el hecho en sí mismo; pero en nuestra firme opinión, habrá más de un milagro ordenado al desenlace.

Con todo esto, ya saben nuestros lectores que no debemos pedir ni esperar milagros, no siendo cuando

los reclama la causa pública de la fe: si ésta los reclama, pueden pedirse; mas en nuestro caso, basta la fe en la acción de la divina Providencia y la recta oración al Señor para que dé el triunfo á la Iglesia y á la Patria por medio de sus Cruzados.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 15=7 Enero 1904).

III

¿Por qué no publica *La Señal de la Victoria* mayor número de profecías que el actual? nos preguntan varios lectores.

Por multitud de razones, y una es porque preferimos *hic et nunc* los previsores naturales á los profetas inspirados.

De éstos se burlan hoy en España casi todos, hasta los católicos, exceptuados nuestros constantes lectores y otros que coinciden con nosotros sin habernos leído; de los sabios previsores suelen hacer algún caso, y natural es que nosotros, para confirmar nuestras razones y pronósticos, demos la preferencia á lo que dichos incrédulos admiten, y sobre todo la demos á lo que vaticinan ellos mismos.

Otras veces hemos hecho notar esta anomalía; cualquiera de los tales menospreciadores de profetas vaticina sobre lo porvenir, y aunque diga más falsedades que Sedecías el abofetador de Miqueas, á sí mismo se juzga profeta grande como los cuatro Mayores; pero si de los hechos presentes deduce con acierto los inmediatos futuros y le decís que tal ó cual profeta los anunció de siglos atrás, quédase con su sentencia y ríese del profeta. De quien no se ríe es de profetastros, de agoreros, de astrólogos ateos, etc., ó por lo menos los cita á título de curiosidad, cosa que no concede á los verdaderos profetas. Spencer, v. gr., es más afortunado que San Francisco de Paula.

En pocos días hemos leído infinidad de burdas pre-

dicciones acogidas por parte de la prensa católica con motivo del nuevo año; si las hubiéramos reunido, no cabrían en todo este número. Cierto que algunos colegas las dan á mero título de curiosidad; pero ni eso conceden á las verdaderas, como ya hemos dicho. Otros, entre burlas y veras, dejan comprender que no las desprecian enteramente, sino que confían su veracidad al tiempo. Y ¿cuáles son esas predicciones? He aquí tres ó cuatro para muestra: no queremos citar los colegas de donde las tomamos, porque ningún favor les haría.

IV

«*¡Vivir para ver!*—Un escritor inglés de gran reputación, Mr. Wiliam Stanley, ha publicado con el título de *The Case of the fox* un libro llamado á producir sensación. Examina lo que será el mundo en 1950, y he aquí los principales sucesos que predice.

Desde 1930, frente á los Estados-Unidos de América, cuyo poder se habrá hecho formidable, se alzarán los Estados-Unidos de Europa. La capital de esta nueva confederación será París, que recibirá el título de «capital del mundo». En París se reunirá el Parlamento de la Humanidad, asamblea permanente que dará las leyes á la vasta comunidad europea. Pero las discusiones se harán *en inglés*, pues este idioma será la lengua universal.

Cada uno de los antiguos Estados, Inglaterra, Alemania, Francia, etc., tendrá una Asamblea legislativa especial encargada de arreglar los asuntos interiores. Pero todos estos Estados, Inglaterra inclusive, se habrán convertido en Repúblicas desde mucho antes.

Mr. Stanley profetiza que la tierra entera se hallará entonces dividida en varias grandes federaciones, á saber:

1.° Los Estados-Unidos de Europa. 2.° los Estados-Unidos del Sudoeste de Asia, comprendiendo las Indias,

Persia y Arabia. 3.° Los Estados-Unidos del Asia Oriental, con Rusia y el Japón. 4.° Los Estados-Unidos del Asia del Norte (las posesiones rusas). 5.° Tres grandes Estados en Africa. 6.° Los Estados de la América del Norte con el Canadá y Méjico. 7.° Una confederación de la América del Sur. 8.° Una confederación australiana.

Respecto á los grandes Estados que Mr. Stanley anuncia, nos parece que es crear muchas naciones para tan poco tiempo».

También va rodando por algunos periódicos una predicción de Spencer, á quien llaman *sabio* y *profeta* sin escrúpulo alguno. He aquí lo que le atribuyen haber pronosticado:

1.° El Socialismo vencerá, pese á sus más ardientes detractores, enseñoreándose del mundo entero. 2.° Esta victoria significará el desastre mayor y la desgracia más grande que han visto los siglos. 3.° A esa situación angustiosa sucederá un imperialismo brutal que ahogue con la fuerza las espansiones socialistas».

Asímismo hemos hallado varias veces las predicciones de Madame Ida, adivinadora parisiense que *profetiza* (sic) hipnotizada por su marido. A la verdad, esta pitonisa tiene algunas reminiscencias de las profecías verdaderas, y no sería mucho que en algún caso lo fueran las suyas, pues existe una gran multitud de ejemplos análogos, hasta en personas inspiradas ordinariamente por el demonio; lo cual saben todos cuantos han estudiado, siquiera medianamente, la teología mística.

Así pues, si no es todo admisible, tampoco es todo despreciable lo que predice Madame Ida, porque en algunos puntos conviene con los profetas verdaderos; lo despreciable es que acepten sus predicciones los que no publican jamás una profecía cualquiera de los Santos. Pongamos, pues, parte del diálogo sostenido por

la pitonisa con un periodista parisién, que por las trazas es Gastón Mery.

--«El proximo año ¿será bueno?

—No; No habrá ninguno tranquilo hasta el de 1907. Tanto en el próximo como en los dos siguientes ocurrirán frecuentes disturbios, algunos gravísimos. Habrá un cambio radical en Francia; pues de allí lejos, de los países fríos, vendrá un hombre rubio, fuerte, que se hará el amo de todo esto.

—¿Haciéndose presidente de la República?

—Para empezar, sí; pero después será más, mucho más. Luégo habrá otro gran suceso.

—¿Una guerra?

—Si; pero no inmediata.

—¿Y la de Rusia con el Japón¿

—No la veo... Será más tarde la guerra que yo veo allá, para principios de 1905. Además veo cosas negras, muy negras. Veo también á grandes grupos de gente que son encerrados...

—¿Encerrados? ¿Quiénes?

—No lo sé... No lo puedo decir... Sólo veo negro...»

Madame Ida no continuó; dijo que se sentía fatigada, y el periodista tuvo que quedarse con las ganas de saber qué eran «aquellas cosas negras».

«Pero no es sólo Mme. Ida, añade un diario católico, la que profetiza horrores: otro reporter, francés también, se dirigió á otro señor llamado Jacob, también profeta él, y judío por añadidura, como se deduce de su nombre, en demanda de noticias relativas á lo que sucederá durante el próximo año. Y vean ustedes lo que ha dicho al periodista el judío Jacob:

«Los Estados-Unidos, Rusia y Alemania irán á la greña dentro de poco; los anarquistas de acción, ó sea los más inofensivos, harán de las suyas en España; el emperador de Rusia experimentará un serio disgusto, al ser víctima de un atentado que conmoverá al orbe;

el presidente de la República norteamericana, Mr. Roosevelt, será *escachifollado* (así lo ha dicho el judío Jacob) igualmente; otro emperador, el de China, será, como los anteriores, otra víctima de las turbas anarquistas.

Creemos que nada dejarán de desear los futuros años, si, como es de suponer, aciertan los profetas».

¡Los profetas! Pero ¿cuándo el diario aludido hizo caso de los verdaderos profetas? Saúl no creyó al profeta Samuel, y se fué á consultar á la pitonisa de Endor. Balam no creyó al ángel, y tuvo que creer á su burra. Los reyes de Israel no creían á los profetas de Dios, y obedecían á los de Baal. Allá se andan con ellos esos periodistas...

V

¡Eso de profecías es cosa de frailes! hemos oído exclamar á algunos; y en efecto, por regla general, sólo en alguna que otra revista de Ordenes religiosas hallamos profecías de vez en cuando, como la de Sor Magdalena de la Cruz que hemos puesto en el cap. X, art. VIII.

Con todo esto, los enemigos de profecías se meten á profetas no pocas veces, aunque sea, v. gr., descubriendo una *novedad* que nosotros venimos repitiendo años ha. Sirva de ejemplo un colega guipuzcoano, que á 21 de Diciembre último, hablando de la crisis del gabinete Maura, decía:

«La crisis está en puerta y se necesita casi un milagro para que pueda demorarse hasta que queden aprobados los presupuestos. La solución, ó mejor dicho, la disolución de este estado de cosas se acerca á pasos de gigante.

»¿Qué vendrá después? La tempestad, pero fuerte, terrible, arrolladora. Y en seguida... la calma; esa calma venturosa de que tanto necesita España, y por la cual suspiramos los verdaderos patriotas».

Cuatro días después, ó sea el propio día de Navidad, añadía el mismo colega:

«Tenemos la convicción más completa y absoluta de que el aspecto político de España habrá cambiado radicalmente antes que el universo católico celebre una vez más la conmemoración del nacimiento de Jesús.

»Y téngase en cuenta que, aun cuando no alardeamos de profetas, hemos visto confirmados por lo general nuestros vaticinios en política. ¿Nos equivocaremos ahora? *Estamos seguros de que no*».

Bien seguros estábamos nosotros siempre que predijimos esas cosas, y el buen colega nos llamaba ilusos, fanáticos, etc. También nos daba esos calificativos un colega catalán que ahora va aprendiendo. A primero del corriente decía, tan claro como pudo decirlo *Luz Católica*, ó un providencialista propugnador del Gran Monarca, ó un desengañado del partido del propio colega:

«Pero como por encima de todos los cálculos humanos están los designios de la Providencia rigiendo la marcha de los pueblos, sólo Dios sabe quién reinará y gobernará en España el día 25 de Diciembre del año que hoy empieza. No nos calentemos, por tanto, la cabeza buscando el favorecido, pero procuremos que los acontecimientos que han de sobrevenir, como consecuencia de la disolución de los partidos eclécticos, nos encuentren preparados á todo».

Estamos conformes. ¿Y para venir á nuestra opinión y á nuestra sentencia mantuvieron el diario catalán y el guipuzcoano aquella infame campaña de mentiras, calumnias y odios, contra *Luz Católica*, contra el Padre Corbató, contra el Españolismo todo? ¡Cuánto trabajo inútil! Pero... inútil es también confiar en ellos; mañana dirán todo lo contrario.

Y el caso es que todos cuantos piensan cuerdamente sobre las cosas de España van viniendo á lo que *Luz Católica* anunció desde su aparición y por lo que sus redactores fueron declarados soñadores, ilusos, visionarios y qué sé yo. Hasta los poetas. En *La Verdad* de Murcia leíamos hace poco estos versos:

«Yo no sé lo que vendrá
tan pronto como esto acabe;

pero tengo para mí
como cosa muy probable,
que si no viene algún hombre
de esos que de tarde en tarde
manda Dios á las naciones
para que todo lo cambien,
nuestra historia de este siglo
será el *requiescat in pace*».

(*La Señal de la Victoria*, núm. 16=14 Enero 1904).

VI

Hace ya tres años cumplidos, cuando la mayoría de los católicos se las prometía muy felices, cuando la república parecía dormir el sueño de la tumba, cuando el primer chispazo de la nueva campaña sectaria no había estallado aún con *Electra*, cuando el trono de Don Alfonso parecía muy firme, cuando la persecución religiosa no había empezado en Francia, cuando en todo el mundo parecía estable la paz, Inmunelde escribía en el núm. 14 de *Luz Católica* aquel profético artículo *Unión por Cristo*, del cual son estas palabras:

«Sabed que estamos en vísperas de un cataclismo universal.... En España mismo vamos empujados á una república impía, cuya aparición será como la señal del desquiciamiento definitivo de las naciones. Dúdelo quien quiera; yo le aseguro que pronto lo verá si vive, aunque las apariencias le induzcan á tenerme hoy por iluso... Católicos, el desbordamiento del infierno es cuestión de un tiempo muy corto. ¿Qué haremos entonces, si no estamos unidos? Beberemos sangre, sangre, de la cual Dios nos pedirá cuenta.... Cuándo esto acontezca y nos coja desprevenidos, acordaos de que un hombre obscuro lo anunció á tiempo, pidiendo la unión por Cristo».

Desde entonces Inmunelde repitió á cada paso estas predicciones, de las que periódicos y lectores en gran número se burbalaban. Tres meses después de aquel memorable artículo, á 17 de Abril de 1901, hablando *El Correo Español* de lo que podría hacer el nuevo

Parlamento francés acerca de la persecución religiosa que ya se iniciaba en Francia, decía:

«Este parlamento nuevo irá á donde ó leven los judíos internacionales que dirigen el cotarro y tiran del ronzal. Eso pasará, y no es necesario ser profeta para adivinarlo. Pero *en España no pasará más;* NOSOTROS LO FIAMOS (1). En el extranjero irán tan lejos como se quiera; *aquí* NO ES POSIBLE. No pondrán sus manos sacrílegas en lo que ponen su intención y su lengua. *No acabarán la obra....* POR LOS CARLISTAS».

¡Ojalá hubieran impedido los carlistas el actual predominio de los sectarios! ¡Ojalá impidieran la revolución de sangre y de ruínas que nos asalta ya! ¿Qué más desearíamos nosotros? Pero en el orden de la divina Providencia no es lo porvenir conforme se marca en los planes políticos de los hombres. Es necesario un gran desengaño, y vendrá. La carta de Inmunelde *A mis hermanos carlistas* ha de acabar de cumplirse plenamente. ¿Qué más? ¿Recuerdan nuestros lectores los comentarios de Inmunelde al libro IV de Esdras? Decíase allí terminantemente que Alfonso XIII durará poco en el trono; que antes de caer él, habrá desaparecido del gobierno todo catolicismo; que poco á poco se irá convirtiendo la monarquía en república; que al fin la república masónica triunfará; que la acompañará un desorden horrible; y que después vendrá la restauración. Pues bien; van á ver nuestros lectores repetido todo esto por *El Correo Español*, que con el título de *Monarquía republicana* publicó hace poco más de un mes el siguiente artículo de fondo, al parecer no muy conforme con las promesas copiadas arriba.

VII

«Dicho sea con verdad, no deben estar muy satisfechas las instituciones de los liberales que aspiran á substituir en el Poder

(1) A estas palabras respondía Inmunelde ocho días después: «*En España pasará mucho más;* lo fiamos nosotros, que somos tan buenos fiadores como *Eneas*». (*Luz Católica*, n. 30, pág. 472).

á los conservadores, porque estarán ya fatigadas, y hasta melancólicas, que diría Moret, de tanto como repiten los elementos de la nueva conjunción la especie de que son monárquicos *per accidens*, que tienen el propósito de empujar á la Monarquía hasta la linde de la República, y traducir en leyes y en procedimientos de gobierno la sustancia, ya que no sea posible la forma, de esta institución.

Por de contado que la intención no puede ser, ni más noble, ni más levantada. Dieen ellos:—Hay aquí una masa y algunos personajes republieanos. Que esa masa crece y esos personajes gozan de crédito en el país, no puede negarse después de las dos últimas elecciones. Siguiendo las cosas por el camino que van, saldremos á derrota por eleccion. ¿Cómo eliminar este peligro? De una manera muy sencilla. Pasándonos, moralmente, con los republicanos.

Continuará la Monarquía, es decir, continuará el trono, la lista civil, el Cuerpo de alabarderos, el Cuarto militar, los días de gala y de media gala, la Salve de Atocha.....; pero gobernaremos como gobernarían los republicanos, con la mayor cantidad de liberalismo, atando muy corto á la Iglesia, y á los Curas y á los Frailes; llegando, si las circunstancias nos ayudan, por una parte, á la realización de aquel ideal «la Iglesia liebre en el Estado galgo», y por otra, á que no haya más voluntad, ni más criterio que la de los ministros responsables..... que no responden de nada.

La treta estará mejor ó peor imaginada; pero se nos antoja que en la práctica, si es que llega á practicarse, los resultados serán completamente negativos, tan negativos como los de la propaganda democrática socialista del Sr. Canalejas, la cual avivó los gérmenes del republicanismo, y acabó de matar, en donde se hizo, los ya enfermos y apocados de la Monarquía parlamentaria.

Y es natural y lógico que así suceda, porque no se recoge trigo cuando se siembra maíz, ni se recolectan limones cuando se plantan algarrobos. Si desde las alturas se arrojan á los surcos de la opinión ideas republicanas, cosecha favorable para los republicanos se obtendrá, y de ninguna manera ventajosa para los dinásticos; porque si se gobierna al modo republicano, con soluciones y procedimientos republicanos, reconociendo por los que tratan de utilizarlos que son los mejores; si se aprovechan las esencias, ¿por qué no aprovechar, de la misma manera, la forma? ¿Por qué ha de conservarse de la Monarquía lo peor, lo aparatoso, lo que más cuesta, lo que tiene la inutilidad de lo brillante, y la brillantez de lo inútil? ¿Qué razón aconsejaría la prolongación de un semejante estado de cosas?

Dice el Sr. Montero Ríos y los que como él piensan, que la Monarquía representa para ellos el honor; honor muy singular debe ser éste que permite á los dinásticos colocar á unas instituciones bajo una bandera que es la negación de esas instituciones; honor singular el que consiente que los hombres gobiernen con el programa y con los procedimientos de sus enemigos; si eso llega á realizarse, no creerá nadie que los que así obran tratan de salvar ante todo y sobre todo la Patria, sino la lista civil, y en tal empresa podría contarse, casi con los dedos de la mano, los españoles que les acompañaran».

VIII

Perfectamente, compañero; mas... ¿qué viene después? Lo repetiremos otro día; no olvide entretanto el colega estas palabras de su homónimo catalán, que debe tener muy presentes:

«Encima de todos los cálculos humanos están los designios de la Providencia rigiendo la marcha de los pueblos..: No nos calentemos, por tanto, la càbeza buscando el favorecido».

No ha disminuído la oportunidad del artículo que acabamos de copiar; en una ú otra forma, viene la prensa católica repitiendo diariamenie lo mismo, porque á gritos están diciendo los sucesos candentes que todo esto se lo lleva el demonio de la masonería, para que luego reluzca la espada de San Miguel.

Electra sigue; últimamente se ha llamado Nozaleda; pronto se llamará revolución, y enseguida régimen del crímen. Repasad en vuestra memoria los últimos sucesos y retened aunque no sea más que algunos detalles. ¿Qué os dicen?

Pallarés grita que vendrá á Valencia en el mismo tren que el Arzobispo electo; otro voceador de mitin, olvidando que Pallarés quiere ir en aquèl tren, berrea que éste no llegará á Valencia; otro brama que de Nozaleda hará siete y de cada fraile tres; *El Radical* incita al asesinato del P. Nozaleda y al degüello de los frailes; *El Pueblo* no le va en zaga y promete una hecatom-

be de valencianos, si llega á venir el P. Nozaleda; otros varios periódicos lo repiten y aplauden, añadiendo de su cosecha criminales excitaciones; otros más hipócritas, como *Diario Universal*, lo copian sin protesta alguna; en los mitins sigue predicándose guerra y exterminio, matanza de frailes, incendio de iglesias, odio á Cristo; *Heraldo de Madrid* blasfema como un demonio y le hacen coro no pocos trapos impresos como es él; todos los órganos liberastros sueltan su ronca trompetería contra Nozaleda, contra el «clericalismo», contra las instituciones; la monarquía es atacada en los mitins y hasta en los teatros; la prensa repite impunemente los *couplets* ó epigramas revolucionarios que en los teatros se prohiben; los partidos recuerdan á Bizancio y Cádiz, disputando y tirándose á matar cuando el enemigo está asaltando las murallas; por todas partes mana podredumbre y surgen escándalos y se oyen gritos subversivos contra la Iglesia y la monarquía, vivas á la república, aplausos al crimen y al desorden; es más, no falta quien hila delgadito y sospecha que existe cierta misteriosa atracción, cierta corriente fatal de simpatía entre el oro inglés y algunos bolsillos republicanos, ni quien prevea con fundamento que al par de la república viene una desastrosa guerra civil, y con ella la intervención extranjera y el desmembrameinto de nuestro territorio, y el desorden más espantoso, y el mayor desenfreno de la brutalidad demogógica, hasta que surja un hombre providencial que enarbole la Cruz y lance los Cruzados á la guerra santa.

Ningún síntoma hay en lo presente que no sea presagio de una revolución inminente y frenética, que hará caer para siempre en el fango el trono fabricado por la hipocresía parlamentaria, cuyos gobiernos son ya impotentísimos para contener la avalancha, empujada por el huracán de la masonería que impunemente está dando sus órdenes á la prensa liberastra, para que

todos los impíos escriban y amotinen obedeciendo á la misma consigna.

«Cuando suceden estas cosas, decía muy bien *El Siglo Futuro* á 11 de los corrientes, anuncian *el principio del fin*, esto es, aquel desorden en las funciones de la autoridad pública que precede á los grandes cambios históricos. Y esto no se compone atendiendo á lo particular y accidental y abandonando lo fundamental y general, como ahora hacen los gobiernos, sino haciendo todo lo contrario, única manera de que hasta lo particular se salve, porque es de sentido común que el conjunto vale más que el detalle, y que el detalle se puede salvar si se salva el conjunto».

Ni el conjunto ni el detalle ni partícula del presente orden ó desorden se ha de salvar; estamos ya muy adentro del *principio del fin,* y lo repetimos, es firme opinión nuestra que no ha de llegar el año 1905 para la actual Monarquía. *Mane, thecel, phares*...

Cuentan ahora los periódicos que el Fiscal del Supremo va á dirigir una circular en la que se indicará á los fiscales que hay periódicos que sistemáticamente y sin motivo alguno atacan é insultan groseramente á la Religión Católica, y que si estos periódicos no varían de conducta, deben ser suprimidos. Se dirá también en la circular que siendo la Religión Católica, Apostólica y Romana la religión oficial del Estado, no se permitirá que se insulte á ella ni á sus ministros en ningún acto público. Todo esto lo fundará el señor Maluquer en artículos del Código penal vigente.

¡Es tarde, Sr. Fiscal! Guarde V. ese Código para lo que ha valido; para proteger á los altos criminales... ¡Sí, es muy tarde; si tal circular se diera, no serviría sino para que rebramase con creciente furor la bestia revolucionaria. Sí, es muy tarde; ya no hay perdón para ese régimen maldito, por mucho que sus hombres quieran arrepentirse.

«Derribado Antíoco Epifanes de su extremada soberbia, comenzó á entrar en conocimiento de sí mismo, estimulado del azote de Dios, pues crecían por momentos sus dolores; y como ni él mismo pudiese ya sufrir su propio hedor, dijo así:—

Justo es que el hombre se sujete á Dios y que un mortal no pretenda apostárselas con Dios.—Mas *este malvado rogaba al Señor, de quien no había de alcanzar misericordia»*. (II Machab., IX).

Grandes promesas hizo al Señor, hasta la de «hacerse judío é ir por todo el mundo ensalzando el poder de Dios»; pero «en fin, herido mortalmente este homicida y blasfemo, del mismo modo que él había tratado á otros, acabó su vida en los montes con una muerte infeliz». *(Ibid)*.

IX

No somos nosotros los únicos que de estas materias nos ocupamos en concepto profético y providencialista; ocúpanse también otros en España y el extranjero. Los que discurren acerca de lo mismo por la mera luz que dan los sucesos presentes para deducir de ellos algo acerca de lo futuro, son innumerables: no privan los profetas, pero todos van á parar á lo que anunciaron los profetas.

Sigamos, pues, prefiriéndolos á éstos, para que en sus propias redes queden prendidos.

Dos días después de publicado nuestro anterior artículo, ó sea á 31 de Enero último, la revista de los PP. Agustinos titulada *El Buen Consejo* decía lo siguiente:

«*Profecías de 1904.*—A juicio de la *Italia Reale,* el año 1904 promete escasos bienes á las naciones europeas, amenazándolas en cambio con abundantísimos males.

»Será el año de la implacable persecución en Francia, donde los sectarios jacobinos han llegado al paroxismo de la rabia.

»Será el año que presencie el tremendo fracaso del gobierno parlamentario en Italia, donde Giolitti juega, en nombre de la monarquía, la última partida contra el socialismo.

»Será el año de las perpetuas crisis en España y en Hungría, naciones en las que el parlamentarismo camina derechamente hacia la bancarrota.

»Será el año en que se recrudezcan las internas luchas fratricidas en Austria, demostrada, como ya lo está, la imposibilidad de que se restablezca la paz entre las múltiples nacionalidades que constituyen el Imperio, no ligadas ya por los estrechos lazos de la Religión Católica.

»Y acaso sea también el año de una guerra espantosa, cuyos primeros rumores llegan á nosotros desde las regiones del Extremo Oriente.

»Pero consideramos por otra parte—añade el periódico italiano á que nos venimos refiriendo,—que en el mundo existe un faro luminoso, cuyos espléndidos fulgores no experimentan intermitencias, y continúa hoy, como hace veinte siglos, derramando torrentes de claridad sobre los pueblos y sobre los gobiernos.....

»La divina Providencia nos ha deparado un Papa á la altura de las circunstancias, y el Jubileo de la Inmaculada Concepción, celebrado por un tan gran Pontífice, parece constituír una promesa de mejores días».

X

Mas... ¿será verdad que antes de estos días mejores han de venir días muy malos? Para nosotros huelga esta pregunta; pero nos la inspira un colega. Aquel mismo colega, según el cual, en España no pasaría nada, porque el partido de él lo fiaba, aquel mismo que poco ha dijo lo contrario en el artículo copiado arriba, aquel mismo vuelve después á su primitivo *fiamiento* y nos repite que en España no pasará nada.

Y no lo promete amenazando con las armas, como en él parecía natural, para obtener por ellas una restauración á tiempo, sino diciendo que obligará al gobierno á cumplir con su deber, para que sea un gobierno digno. ¡Qué desencanto!

Con motivo de las recientes manifestaciones sectarias que so pretexto del nombramiento de un Arzobispo sacaron á la superficie los intentos revolucionarios de los acatólicos, decía el colega en su primer fondo, á 27 de Enero:

«No han logrado, ni lograrán, sus propósitos, y es una tontería el que se suban á la parra y amenacen con no sabe-

mos cuáles espantables sucesos, y con próximas, inminentes revoluciones. *Si hay Gobierno digno de serlo, no pasará absolutamente nada;* y si no hubiese Gobierno y quisieran imponernos á los católicos, los que no lo son, por violencia, sus caprichos ó sus desahogos sectarios; si el Gobierno se ausentara del cumplimiento de su deber, *no faltaría quienes le llamaran á él* y obligaran á todos á cumplirlo».

Dicho por tal colega, nos parece muy significativo esto que en otro nos parecería muy cándido, ó muy tonto. Cuando no se habla más que de revolución, cuando hasta los mismos dinásticos han dado en la flor de proclamarse tan revolucionarios como en tiempo de la *Gloriosa*, se expresa muy de otra manera el que no tiene interés en mantener la corona en las sienes de quien la ciñe. Ni siquiera los dinásticos del régimen se expresan de ese modo, como lo han probado Moret y Canalejas en sus recientes excursiones, y varios Diputados monárquicos en el Congreso.

«La evocación de la revolución de Septiembre, dice un colega católico, hará surgir en la mente del público el recuerdo de cuanto sucedió en España el 29 de Septiembre de 1868. Tanto más cuanto que, con un poco de literatura, hasta en las mismas Cortes se habla de separaciones y ausencias que exige la revolución, y sin literatura en la prensa y en el meeting se combaten las instituciones vigentes y se pide que desaparezcan».

Acerca de las *separaciones y ausencias* indicadas, decíamos nosotros mismos hace poco en las columnas de otro colega:

«Y hasta se susurra que hay proyectos de mudanzas forzosas de domicilio y escenas de aposento... ¿Que no? Pues vean ustedes qué indica el siguiente recorte de un colega madrileño: «Se acentúan los rumores sobre el próximo viaje al extranjero, de una muy elevada persona del mundo oficial, y que desea no se la considere influyente en las cuestiones de alta política para el régimen del Estado. También se habla de próximos acontecimientos familiares en augustos aposentos».

»¿Comprenden ustedes? ¿Sí? Pues yo también... Hemos vuelto á los días de D.ª Cristina de Borbón, la cual hizo por las mismas causas *un viaje al extranjero;* y á los de D.ª Isabel,

que hizo el mismo viaje no mucho después que empezó á reinar su hijo».

El tal *viaje* es un síntoma gravísimo de la inminencia de la revolución, lo mismo que los acontecimientos familiares—y prematuros—en augustos aposentos. Todos lo ven, hasta los más expuestos á ceguera, y de ahí que los liberales de toda casta quieran congraciarse ya con la revolución. *La Epoca*, v. gr., escribía estos días pasados:

«Lo que define la significación de un partido es su tendencia general, y esa tendencia ha sido siempre liberal entre los conservadores. Partido liberal fueron con Cánovas, viniendo á continuar la historia de España y haciendo que la restauración española fuera una excepción entre los hechos históricos semejantes: partido liberal han sido con el Sr. Silvela, que declaró en pleno parlamento que era forzoso respetar la libertad hasta para el error, por ser aquélla la base del derecho moderno; partido liberal son hoy; y el presidente del actual gobierno, Sr. Maura, á quien se quiere tildar de clerical y reaccionario, militó á las órdenes de Sagasta, colaboró en las reformas democráticas, introdujo siendo ministro de Ultramar reformas en el régimen de Filipinas, que fueron combatidas por los partidarios de las Ordenes religiosas, y, como diputado, se opuso á que el Congreso cerrara sus puertas al señor Morayta. ¿Son estos antecedentes reaccionarios y clericales?»

No, señor, son revolucionarios, que es lo que *La Época* trata de insinuar, no atreviéndose á decirlo tan descarnadamente como Moret en Sevilla.

Cuando el Sr. Moret que, como nadie, se plega y acomoda á las circunstancias, y al modo de algunas aves consulta la dirección del viento antes de echarse á volar, ha vuelto á poner su pensamiento en el programa de la revolución de Septiembre, ese es, sin duda alguna, el rumbo que ve tomar á las cosas, y hay que convencerse de que la revolución está más cerca de lo que algunos imaginan y á algunos conviene.

La lástima es que, cuando venga, no serán sus víctimas únicamente los que la están trayendo, sino también los que con sus discordias de bandería están

impidiendo la contrarrevolución. ¡Cuánto han de llorar sus presentes cegueras y sus pasiones de partido!

XI

Vendrá, pues, la revolución; vendrá el tremendo desengaño de los que ahora pudieran cortarle el paso y por egoísmos de partido no se lo cortan. En nuestros pobres comentarios al IV libro de Esdras, que publicó *Luz Católica*, describíamos, parafraseando al profeta, lo que hará esa revolución en España. He aquí unos trozos, omitidas por brevedad las notas:

«Y sucedió: que antes que el Gran Monarca, con rugidos de concitado león, acabase de echar en cara al águila de la monarquía sus execrables vicios de gobierno, la cabeza de la revolución masónico-libertaria, teniendo de su parte la fuerza bruta de todos los impíos conjurados contra Dios y la Patria y todo orden, devoró los últimos restos de la monarquía y avasalló con furiosa violencia todo cuanto podía servirle de estorbo..... ¿Quién osaba entonces defender siquiera el último rastro del mezquino bien que hubo en las pasadas sombras y conatos de gobierno? Nadie se atrevía á luchar por el triunfo de las ideas llamadas moderadas ó conservadoras, y menos de las regeneradoras, como se luchó en tiempo de las cuatro *alas*, cuando la revolución convirtió la monarquía española en el más inseguro, mísero y desvirtuado de los reinos, llenándolo de impiedades y latrocinios, de tumulto y confusión, de revoluciones y sacrilegios, de ruinas y de sangre.

«El cuerpo del águila, lo que un día fué monarquía gloriosa, reino de santos, de sabios y de héroes, nación incomparable y pueblo dominador del mundo, ardiendo estaba con el fuego de la impiedad más desenfrenada y brutal, convirtiéndose en cenizas y escoria. El universo quedó espantado de tanta iniquidad y desorden; los españoles amantes de su Fe y de su Patria estaban consternados, conturbados, no sabiendo qué partido tomar; toda la nación era un infierno de desorden y de llantos, interrumpidos por los aplausos de los sectarios de Luzbel. Yo quedé tan espantado de esta horrible visión, fué tal el sacudimiento y la turbación que produjo en mi espíritu, que súbitamente volví á mis sentidos, cesó la inspiración, cesaron mis visiones proféticas, y trasportado y fuera de mí por la vehemencia de la impresión, dije con gran amargura á mi propio espíritu:

«He aquí que tú me has sugerido esto porque andas escudriñando los caminos del Altísimo. Todavía padezco fatiga de ánimo y grán abatimiento de espíritu, y apenas en mí queda fuerza, gracias al mucho temor que he padecido esta noche».

A estas visiones sigue en el texto profético la lucha y el triunfo del mismo que las tiene, esto es, de Esdras, del Cran Monarca. Cómo triunfará, ya queda dicho en este *Apéndice*, y con el mismo profeta en el capítulo XII, art. XII.

Acerca de su lucha y de su victoria podríamos extendernos mucho más; pero nos parece inconveniente. Lo que sigue después, las guerras exteriores del Gran Monarca, su triunfo en Europa, sus conquistas en América, Asia y Africa, la pacificación universal, la influencia del mismo en la reforma de la Iglesia, etcétera, etc., son materias de otra obra que con la ayuda de Dios publicaremos. Lo que sí nos parece oportuno para terminar la presente, es un capítulo de nuestros mismos comentarios á Esdras sobre la Constitución que dará el Gran Monarca apenas haya triunfado en España, esto es, antes de verse obligado á la guerra con enemigos exteriores. Sigue á continuación.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 21=18 Febrero 1904).

Del lugar de los Reyes.

«Después de Alfonso XIII, según la profecía que vamos comentando, viene la ruína total de la Monarquía; el Gran Monarca va á llegar, y el Profeta, estudiando lo causa primordial ó fundamental de esta ruína, causa que según él mismo nos dirá, será removida por el Gran Monarca, vé que no aparece el *lugar* de las doce alas ó Reyes (1); lo cual repite una y otra vez con marcada insistencia. ¿Qué significa, pues, el *lugar* de los Reyes? Muchas acepciones tiene esta pa-

(1) Son los doce reyes españoles, desde Fernando el Católico hasta Fernando VII, ambos inclusive.

labra, y todas pueden convenir á la recta interpretación de esta profecía.

El Diccionario de la Academia da al sustantivo *lugar* las siguientes acepciones, desde la 5.ª: «Pasaje, texto, autoridad ó sentencia; expresión ó conjunto de expresiones de un autor, ó de un libro ó escrito. Tiempo, ocasión, oportunidad. Puesto, empleo, dignidad, oficio ó ministerio. Causa, motivo ú ocasión para hacer ó no hacer una cosa». Todas estas acepciones se hallan también en la Sagrada Escritura, y algunas más. Veámoslo brevemente.

Lugar por estado, cargo. rango, etc.. «Figam illum paxillum in *loco* fideli». (Is. 22, 23 y 25). «Accipere *locum* ministerii hujus». (Act. 1, 25).—Por ocasión, medio, facultad, etc.: Nolite *locum* dare diabolo. (Ephes. 4, 27). Non invenit paenitentiae *locum*». (Hebr. 12, 17).—Por texto, pasaje, ley, autoridad, etcétera: «Ut revolvit librum, invenit *locum*». (Luc. 4, 17). «*Locus* autem Scripturae erat hic». (Act. 8, 32). «In *loco* ubi dictum est eis». (Rom. 9, 26).—Por santidad de vida, obras santas y todo aquello con que se sirve á Dios. «Confide in Deo et mane in *loco* tuo». (Eccli. 11, 22). «Esto es, añade Cornelio á Lapide, *in labore tuo*, en tu obra ó trabajo, pues por *locus* se entiende el género de vida en que alguno trabaja sirviendo á Dios». Así también, por empresa, obra, progreso santo. «Fortitudo et gaudium in *loco* ejus». (1. Par. 16, 27). «Ascensiones in corde suo disposuit, in *loco* quem posuit». (Ps. 83, 7).—Por el reinado ó conjunto de cosas que constituyen el poder ó mando, como son leyes, derechos, fuerza, etc.: Tollent nostrum *locum* (Joan. 11, 48).—Por ley, costumbre; etc. «Non est in *loco* nostro consuetudinis». (Gen. 29, 26).

Así, pues, perder el lugar, no aparecer el lugar, quitar el lugar y otras expresiones semejantes, significan unas veces dejar de existir, otras haber cesado ó degenerado la obra ó ley de que se habla, otras no

hallarse ésta en las crónicas, y aun otras se personaliza el lugar por prosopopeya, y se dice que éste no conoce al sujeto. «¿Quis est *locus* intelligentiae?» (Job, 28, 12). «Quaeres *locum* ejus, et non invenies». (Ps. 36, 10). «Movebo candelabrum tuum de *loco* suo». (Apoc. 2, 5). «Non cognoscet amplius *locum* suum». (Ps. 102, 16). «Neque ultra intuebitur eum *locus* ejus». (Job. 20, 9).

De lo dicho aparece claro que por *lugar*, en lenguaje bíblico, no solo se entiende un puesto material, sino también moral, lo mismo que en castellano: y muy especialmente por este lugar moral se entiende la obra á que nos consagramos ó debemos consagrarnos, no cualquiera obra, sino alguna especial á nuestro cargo, estado, vocación, etc. Por lo tanto, el *lugar* de los Reyes puede tomarse en todas las acepciones sobredichas, pero más especialmente en la acepción de empresa, obra, código ó ley fundamental, donde hallen las profundas huellas del legislador los venideros, donde se perpetúe su fama, donde viva su nombre ó su memoria á través de las generaciones, como cuando de un sabio decimos que no ha muerto, sino que vive en sus escritos. Tal es el sentido que da Esdras á la palabra *lugar* de los reyes, abarcando en ésta casi todas las demás acepciones, es decir, expresando en una palabra lo que á nosotros nos cuesta dos mil expresar.

Son de recordar al mismo propósito estas palabras de San Gregorio Magno: «*Sumus locus bene regitur quum is qui praeest, vitiis potius quam fratribus dominatur*. Bien desempeñado es el sumo lugar, cuando el príncipe domina más bien sobre los vicios que sobre los hermanos». *(in Mor.)*. Y no basta dominar algún vicio con leyes particulares, para que éstas merezcan el nombre de lugar, sino que deben ser universales ó fundamentales, de suerte que sean como los fundamentos políticos del edificio nacional para que éste

dure á través de los siglos. Por eso dijo Aristóteles: «El juicio del legislador no debe concretarse á lo particular ni á lo presente; debe ser de lo universal y de lo futuro». (1 Rhet. c. 1).

No es mucho que á una sabia ley fundamental se la llame *lugar* del rey que la dió, cuando el mismo Aristóteles dice que la ley es el príncipe á quien debemos obedecer y el duque á quien conviene seguir. «Lex est princeps cui obedire debemus; est dux quem sequi congruit» (3. Polit.). Moisés, en el Exodo, llama á ley *señal* y *monumento:* «Quasi signum in manu tua, et quasi monumentum ante oculos tuos». (Exodo, 13, 9).

Pues bien; Esdras, cuyas visiones van luego á parar á las leyes fundamentales que dará el Gran Monarca, todo lo ve ordenado á este gran desenlace: de ahí que el motivo de las revoluciones de España sea en su texto la no aparición del lugar de las alas ó reyes, esto es, la no existencia de una constitución fundamental de la sociedad española, capaz de precaver estas revoluciones y ocurrir á las mudanzas que las necesidades de los tiempos imponen establecer sobre los fundamentos antiguos; de una constitución fundamental solidísima, no tanto consistente en leyes de sucesión como de buen gobierno y buen vasallaje, donde se diera al monarca un poco menos y á la nación un poco más, con lo que fueran moralmente imposibles los desbordamientos demagógicos, ó por lo menos impotentes.

Muchas leyes fundamentales hay en los Códigos españoles; pero no la gran constitución de que necesitamos y que el Gran Monarca establecerá. Cierto que nuestros antiguos Códigos son excelentes modelos de legislación y que el Fuero Juzgo fué copiado por varios Estados; mas lo que prueba esto, no es que exista la deseada constitución, sino que los otros pueblos carecen de ella más que nosotros, aunque con

menos culpa, porque merced á la vocación de España, somos los más obligados á tenerla.

Y decimos que carecen más que nosotros, porque aquí la tenemos ya, siquiera informe, esparcida y diluída en la historia y en la escuela de la Tradición auténtica. Setanti, Márquez, Saavedra Fajardo, Fernández Navarrete, Quevedo, Feijóo, Capmany y otros cien autores eminentes que por derecho de conquista hicieron nuestro al inmortal autor *De Regimine Principum*, expresan en diferentes formas la verdadera aspiración secular de España en punto á dicha constitución, y en ellos, en ellos, no en las nuevas costumbres de corte, y menos en averiados y ampulosos políticos modernos, hay que estudiar cuál es la Tradición española, tal vez enteramente desconocida del noventa y nueve por ciento de cuantos se llaman tradicionalistas, y mal comprendida de casi todos los restantes.

Pero los que mejor interpretaron las aspiraciones de la España tradicional y á quienes más deben estudiar y seguir los españolistas, son tres célebres clásicos que nos dió la compañia de Jesús: los Padres Mariana, Rivadeneira y Nieremberg, cuyas doctrinas, si se convirtieran en constitución político-social, España sería la nación más grande y feliz de cuantas hubo y habrá en el mundo. Bien lo notaron los liberales, en especial acerca del Padre Mariana, á quien adulteraron horriblemente en favor del liberalismo, según demostró victoriosamente contra Pí y Margall y otros el sabio P. Garzón, en su obra *El Padre Juan de Mariana y las escuelas liberales*.

Pues esta constitución fundamental de la sociedad política española es la que no hizo ninguno de nuestros grandes reyes antiguos. Quizá por ningún concepto se les pueda imputar á pecado esta falta, dadas las circunstancias de sus tiempos, porque entonces el arraigo de la Fe Católica suplía por toda constitución,

y de la Fe Católica partían todos nuestros códigos legislativos y en ella terminaban; pero siendo distinto el orden religioso del orden civil, y exigiendo éste gobernantes y leyes distintos aunque subordinados al primero, nuestros Reyes, con ser los más populares y demócratas de la tierra, hubieran debido atender algo más á nuestros eminentes escritores políticos, para ceder un poco de las pretensiones monárquicas en beneficio de sus mismos vasallos.

Los que menos pueden objetarnos sobre lo dicho son nuestros hermanos carlistas, porque D. Carlos VII, que en mejores días tuvo ideas grandiosas y vislumbres casi proféticos, en su manifiesto *A las potencias* halló de menos la repetida constitución y prometió establecer una que fuese «á la vez española y definitva». Y poco después, en su *Diario*, dijo que esta empresa «no era continuación de otra, sino *nueva*».

La empresa nueva, el establecimiento definitivo de las Tradiciones fundamentales antiquísimas, es privilegio reservado al Gran Monarca, ó mienten los grandes profetas que á una voz dicen que *hará leyes nuevas;* lo cual Esdras confirma tan particularmente como verán nuestros lectores. La profecía del P. Ricci, General de la Compañía de Jesús, publicada por Peladán, dice, como vimos en el número 16 de *Luz Católica*, (pág. 245, col. 1.ª): que el Gran Monarca «hará leyes nuevas y *dará una* NUEVA CONSTITUCIÓN *á la sociedad*».

Juana de Arco.

La oportunidad de la Providencia.

La divina Providencia, siendo infinitamente sabia y previsora, es también infinitamente oportuna.

Attingit a fine usque ad finem fortiter: se extiende

del mayor ángel del cielo al ínfimo gusano de la tierra, del mayor astro al mayor átomo, abraza espacios, leyes, tiempos, gobernando con tal fortaleza sus criaturas todas, que ninguna se sustrae al cumplimiento de la divina voluntad; pero *disponit omnia suaviter*, esto es, tan suavemente conduce sus criaturas á cumplir con los divinos propósitos, que mueve las causas libres á obrar sin necesidad y las necesarias sin violencia. Todo lo dispone *in numero, pondere, et mensura;* da á cada cosa su tiempo, á cada movimiento su oportunidad, á cada acción su punto. Es esencialmente oportuna: la razón filosófica lo demuestra, y donde no llega la razón, la fe lo establece.

Merecían gran castigo los pecados con que Francia entró en el siglo XV, especialmente los de su corte, y el Señor la castigó.

Próxima á sucumbir se hallaba en tiempo de Carlos VII: humanamente no había remedio para ella; ejércitos desalmados iban de victoria en victoria, sembrando la desolación y la muerte; no había en toda Francia capitán que no hubiese perdido su esperanza; faltaba valor, faltaban iniciativas, porque todo se consideraba ya inútil: el único recurso de los franceses leales á su Patria y á su Rey era levantar los ojos al cielo, confiando el éxito á la divina Providencia, y la divina Providencia, cumplido el castigo, les envió un socorro tan oportuno, que los salvó.

Aquel socorro, viniendo claramente de Dios providentísimo, no había de ser como suelen darlo los hombres, sino como Dios acostumbra: para derrotar los más formidables ejércitos, aun sin milagro, bástale al Señor el más flaco de los instrumentos. Lo que no fué vencido, ni siquiera quebrantado, por el soberbio poder de las armas francesas, una niña providencial lo venció: la flaqueza de aquel pobre instrumento

pudo más que todo el poder de Francia, de Bretaña, de Borgoña y de Inglaterra.

Jeannette, Juanita, como la llamaban en su pueblo, aquella humilde Juanita tan retirada, tan silenciosa, tan pacífica, tan pura, de tan dulce trato, de tan pobre hogar y de tan oscura condición, aquella insignificante doncellita de Domremy era el instrumento escogido por la divina Providencia para salvar la Francia abatida y abatir la soberbia de sus enemigos victoriosos.

Once años tenía la incomparable niña, al decir de varios de sus biógrafos, cuando por primera vez le fué revelada su misión. San Miguel Arcángel fué el encargado de formar aquel coranzonzuelo según las miras de la Providencia. Siete años duraron estas comunicaciones sobrenaturales, resistiéndolas Juana al principio, no comprendiendo con claridad su misión, y rindiéndose por último á la evidencia del llamamiento; pero sólo al llegar el momento oportuno descubrió Juana su vocación, y le allanó los caminos la misma Providencia que la llamaba.

Secretum meum mihi, secretum meum mihi, mi secreto para mí, repiten con Isaías los enviados de Dios, mientras no llegue el tiempo de declararse tales; y cuando llega, descubren su secreto con tanta naturalidad como si contaran un ensueño tenido la noche antes, y con tanta humildad como si se tratara de un asunto sin importancia. Pero descubren solamente lo preciso, fiando lo demás al testimonio que de ellos dan sus obras. *Ab operibus credite*, mis obras declaran quién soy, creed por ellas, dijo á los judíos el divino Maestro; el cual á nadie descubrió claramente que fuese el Hijo de Dios; y si alguno le confesó tal, como San Pedro, ó calló Él sobre su Divinidad, ó mandó callar á quien la confesaba.

No es para los enviados de la Providencia un placer el guardar su secreto, antes bien les causa pena,

gran pena á veces, merced á su deseo de que todos conozcan los amorosos designios de la Providencia y la adoren y se hagan dignos del remedio que de parte de Ella vienen á traerles después del castigo, y con esto sean pronto remediados; pero temen por un lado ser tenidos en más de lo justo por los creyentes y que no se dé á Dios toda la gloria, y por otro temen exponer los dones de Dios á la ignorancia de los profanos y á las burlas de los necios.

No poco atormentó esta pena á Juana de Arco, como consta del Decreto sobre el heroísmo de sus virtudes. Impenetrable fué su secreto mientras no llegó el día oportuno de manifestarlo; y aun entonces lo manifestó de tal manera y dió tan pocas pruebas de su providencial misión, que su propio padre decía á los hermanos de ella: «Si Juana intenta alguna vez lanzarse á semejante locura, ahogadla; y si vosotros no os atrevéis, yo mismo le daré muerte».

¡Cuánto hizo padecer á la tierna Doncella la guerra implacable que su padre y su madre hacían á la voluntad de Dios y los durísimos tratos á que la sometían, para frustrar aquella misión que ellos juzgaban locura de una mala hija deseosa de aventuras y mundanerías!

Pero ¿qué puede la cruel necedad de los hombres contra la fortaleza de los enviados de Dios? Juana burló la vigilancia de sus padres; sin saberlo ellos fué presentada por un tío suyo á Baudricourt, gobernador de Vaucouleurs, á quien varios autores suponen dispuesto á entregar la plaza al enemigo, si éste por allí se acercase.

Recibióla el gobernador con gran desprecio; Juana regresó á casa de sus padres cruelmente desairada, pero no desanimada, que no por semejantes contradicciones se desaniman los enviados de la Providencia. Pasado algún tiempo, y otra vez sin saberlo sus pa-

dres, volvió con su tío á presentarse al gobernador Baudricourt, quien no la recibió mejor que la primera vez; pero se acercaba la hora oportuna de acudir en auxilio de Francia perdonada: Juana se presentó por tercera vez, y entonces contra viento y marea se allanaron las dificultades. Baudricourt, soldado sin esperanza en las armas, acabó por ponerla en el valor de una niña, y ésta fué enviada al rey con una pequeña escolta. Juana había cumplido 17 años de edad.

¡Qué de cóleras y llantos hubo en casa de los padres de la heroína, apenas se supo que Juana había ido á Vaucouleurs para presentarse al gobernador! Todos los vecinos de Domremy, censurando con maldicientes lenguas las «locuras» de aquella tierna doncella que hasta entonces había sido un modelo, procuraban consolar á los desolados padres. Entretanto, Juana vencía la incredulidad de Baudricourt y corría á salvar á Francia, porque la hora oportuna de la acción de la Providencia había sonado ya.

Veni, vidi, vici, pudo decir mejor que César; llegar ella á presencia del rey, fué vencer la incredulidad de los grandes y convencer á los prevenidos Doctores que examinaron lo sobrenatural de su misión; llegar á Orleans fué salvarla y destrozar los ejércitos de los enemigos coligados; ir á Reims fué pasear de victoria en victoria la bandera de la flor de lis; «porque no depende de numerosos ejércitos la victoria, dijo el Macabeo, sino que del cielo viene la fortaleza».

Carlos VII acudió á Reims y fué consagrado. Juana de Arco le devolvió realzada la corona que había perdido.

Con este acto acabó la misión de la heroína, según ella misma declaró paladinamente. Los enemigos de Francia quedaban tan abatidos con las victorias de la providencial capitana, que para acabar con ellos no era ya menester el brazo extraordinario de la Providencia; las reanimadas tropas de Carlos eran suficien-

tes: y como Dios no hace cosas inútiles, retiró de Juana su auxilio extraordinario.

Pero la fidelidad de la heroína á su vocación merecía del Señor un gran premio. ¿Cómo le daría el Señor aquel premio? Como su Divina Majestad acostumbra. *Ego quos amo arguo et castigo.* Yo arguyo y castigo á los que amo; ó como dijo el Apóstol, *Deus quos diligit corripit.*

La virtud sobrenatural no puede ser premiada con bienes naturales: su premio son los sobrenaturales, los eternos. Por eso el Señor priva á los justos del bienestar de este mundo, les da trabajos, con lo cual los acerca más á sí, y les hace merecedores de mayores premios en la otra vida. Juana merecía un premio inmediato, grande como el cumplimiento de su misión, y lo tuvo: era muy del divino agrado aquella flor de los jardines celestiales, y no debía permanecer más tiempo en el pedregoso erial de este mundo que todo lo aja; la Providencia manifestó otra vez su oportunidad infinita, consintiendo lo que sucedió en seguida.

Aunque la misión de Juana había terminado, se la obligó á ir delante para exterminar los últimos restos del enemigo: allí empezaba su premio. Cayó prisionera, fué vendida á los ingleses, sometida á un tribunal de jueces malvados y corrompidos como el de los sacerdotes judíos que condenaron al Redentor; doctores y clérigos y abades y obispos la condenaron á morir quemada por hereje, hechicera, apóstata, revolucionaria, y atentadora al pudor de su sexo vistiendo militarmente.

¡Cuán oportunamente cayó prisionera la heroína, para que la malicia de los hombres, sirviendo á los designios de la Providencia, que consiente el mal para mayor bien, la enviase pronto á recibir en el cielo el premio debido á sus heróicas virtudes! Carlos VII, ingratísimo, nada hizo por librarla del poder de sus verdugos. Así lo consintió la Divina Providencia para

que nada retrasase la subida de la heroica doncella á recibir la triple recompensa de su virginidad, de su patriotismo y de su martirio. Besando el Crucifijo y pidiendo á Dios perdón para sus verdugos, voló su inocente alma al cielo en forma de blanca paloma que fué vista de los espectadores.

Un español y valenciano, el Papa Calixto III, rehabilitó la infamada memoria de la sin par heroína, después de minucioso proceso, y desde entonces los admiradores de la providencial doncella de Orleans pudieron esperar que en los fastos de la milicia del Dios de los ejércitos sería inscrito el nombre de una nueva Santa, la heroina de Orleans, tan pronto como llegase la oportunidad temporal de la Providencia eterna.

La oportunidad ha llegado; pero no es de un día, sino de una época. A medida que los cristianos, dominados por la corriente del modernismo, van apartando sus ojos del Gobierno de la divina Providencia y poniéndolos confiados en los recursos de su ingenio, de su política, de su riqueza y de su número, la Iglesia, desde 1894, va descubriendo gradualmente los tesoros providencialistas que encierra la memoria sin igual de Juana de Arco, para que los hombres vean dónde está el único remedio de los males presentes y venideros.

Contadísimos son hoy los católicos que en verdad buscan ante todo el remedio en la acción de la divina Providencia; contadísimos los que tienen esperanza firme de recibir al tiempo oportuno el socorro de un caudillo enviado por el Dios de Juana de Arco; cada grupo tiene su jefe, no quieren otro, se burlan de los providencialistas que con seguridad absoluta esperamos el enviado de la Providencia, sea quien sea; y nos llaman ilusos, y nos calumnian, y cada día están más ciegos...

«Cuando sobrevienen males como estos de que hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial suscitando á un hombre (ó una Juana), *no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, á quien confiere el cargo de procurar el restablecimiento de la salud pública»*.

Del inmortal León XIII son estas palabras; de la Iglesia Católica es esta doctrina: ¿hay católico que se atreva á burlarse de ella? Pues ¿por qué se burlan de cuantos nos atenemos á esa doctrina, tantas veces confirmada por la filosofía y por la historia de la Providencia con misiones como la de Juana de Arco? ¿Es que se agotaron el poder, la providencia y la oportunidad del Dios de Juana de Arco? ¿Es que Dios no cuida ya de los pueblos como en los días de Juana de Arco?

«Es que el hombre providencial es nuestro jefe; y el nuestro; y el nuestro»; responden los providencialistas de boca y deístas de corazón, multiplicando los hombres providenciales á uno por grupo, ellos que realmente en sus obras parece no cuentan para nada con la acción de la Providencia. Uno ha de ser el hombre providencial: ¿quiere tal ó cual partido que sea el suyo? Enhorabuena: dénos una prueba, una señal que convenza ó por lo menos haga suspender el juicio contrario. ¡Una siquiera! ¿Dónde está? Nadie la presenta: todos lo afirman, ninguno lo prueba... y es porque los providencialistas banderizos no son los providencialistas de Dios.

Si la divina Providencia no nos hubiera de enviar, para levantar en Jesucristo lo caído y lo que va á caer, otro hombre de más prendas y mayor fe y mejor vida que algunos de los decantados providenciales tienen al presente, en verdad que sería lícito dudar de la Providencia de Dios.

Armas, armas y hombres, número y dinero, aparatos y relumbrones es lo que generalmente se busca para vencer... Todo eso tenía Francia, con un Car-

los VII no desterrado, sino en posesión de su reino; y á pesar de Carlos VII y de sus grandes recursos, Francia fué de derrota en derrota hasta que la Providencia le dió á Juana de Arco para que la salvase. Llegará aquí el momento oportuno, y se verá, con terrible desengaño de muchos, que el hombre providencial ha de aparecer como aparecen los enviados de Dios, como apareció Juana de Arco. Saldrá de la oscuridad, de la pobreza, del abatimiento, de la calumnia, de la persecución: para obrar cosas grandes, escoge Dios instrumentos muy pequeños.

Ahora bien; ¿no es uua oportunidad especialmente providencial el haber declarado la Iglesia el heroísmo y la misión providencial de Juana de Arco, cuando tan inminente es una revolución sedienta de sangre y furiosa enemiga de Dios y de la Patria, cuando los partidos que la ven venir se cuidan mucho de armamentos y batallones y muy poco ó nada de la acción de la Providencia? La Iglesia parece decirles:

«Ahora que el castigo de los pecados políticos y sociales va á llegar al colmo, ahora que las Potencias se han armado hasta los dientes y formado ejércitos de millones de hombres y escuadras como nunca pavorosas, ahora que tan poco se fía en la Providencia y tanto en las miserables fuerzas del poder humano, ahora yo os presento á la providencial Doncella de Orleans, para que sepáis de dónde ha de venir la salvación á los pueblos. Dios es quien castiga: ¿cómo es posible que vuestra fuerza, así reunáis la del mundo entero, sea capaz de contener el castigo de Dios? Cuando os haya castigado bastante, por encima de vuestras necias teorías y vanas esperanzas y perturbadoras soberbias aparecerá el remedio que quiera concederos el Dios de los ejércitos, y sabréis que los pensamientos de Dios no son como vuestros pensamientos, ni sus enviados como los queréis vosotros».

Si la Iglesia no dice literalmente estas palabras,

en el Decreto sobre las virtudes de Juana de Arco dice estas otras que son mejores y que, aunque dirigidas á Francia, cada nación puede tomar para sí, y España con mayor motivo:

«En otro tiempo, Francia debió su salvación y su rango á la Doncella de Orleans. En las circunstancias de profunda turbulencia que atraviesa al presente, aprenda á pedir con confianza la paz y la justicia por mediación de aquella á quien la Iglesia decreta hoy, con tanto gozo y esperanza, la gloria de la heroicidad».

¡Divina oportunidad de la Providencia infinita hablando por su Iglesia! Ya tienen los españolistas, los amantes de la católica España, una intercesora más á quien dirigir la plegaria del amor patrio herido. Todavía no se pueden tributar á la Venerable Juana de Arco los honores del culto público; pero mientras no sea beatificada, cada uno puede dárselo privadamente y pedirle que interceda con el Dios que la predestinó á libertar la Francia, para que aparezca pronto en esta desgraciada España el hombre providencial que ha de libertar de las sectas á España, á Francia, á Europa y al mundo.

(*La Señal de la Victoria*, núm. 20=11 Febrero de 1904).

Regi sæculorum. immortali, et invisibili, soli Deo honor et gloria.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

INDICE DE LA SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XI.—El Imperio del Gran Monarca.

CAPÍTULO XII.—Estudio sobre el IV libro de Esdras.

CAPÍTULO XIII.—El origen del Gran Monarca.

CAPÍTULO XIV.—Disquisiciones varias sobre el Gran Monarca.

CAPÍTULO XV.—Aparición del Gran Monarca.

CAPÍTULO XVI.—El mejor General San Miguel.

CAPÍTULO XVII.—La mejor bandera la Cruz.

CAPÍTULO XVIII.—Cristo Rey, el Gran Monarca y nuestros tiempos.

CAPÍTULO XIX. La democracia de la Cruz.

CAPÍTULO XX.—Varios

APÉNDICE GENERAL

200

Precio de este tomo: · Ptas.

PARA LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES

DE

LA SEÑAL DE LA VICTORIA

que estén al corriente con la Administración, vale sólo

Ptas.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS


P. Corbató
Apología del Gran
ca
C. V.
1.219